



quintessence

DIEZ GRANDES CUENTOS CHINOS

YU TA FU · LAO SHEH · LU SIN · MAO TUN



COLECCION QUIMANTU PARA TODOS



YU TA - FU
LAO SHEH
LU SIN
MAO TUN

**DIEZ
GRANDES
CUENTOS
CHINOS**



*Versión española de
Luis Enrique Délano
y Poli Délano*

PROLOGO

En mayo de 1918, la revista Juventud Nueva lanzó en sus páginas un cuento llamado Diario de un loco y que firmaba Lu Sin. Además de constituir una quemante denuncia del sistema feudal imperante en China, era la primera obra de ficción en la literatura china moderna. Exactamente un año más tarde germinaba en todo el país un movimiento que había de producir los más profundos cambios culturales. Nacido de una causa política, como una patriótica reacción antiimperialista, el Movimiento del 4 de Mayo de 1919¹ trajo nuevos vientos ideológicos y nuevas concepciones del arte que habrían de llamar a los jóvenes intelectuales a "romper las redes de la his-

¹Nació como violenta protesta del pueblo chino contra el Tratado de Versalles, que otorgaba al Japón las concesiones alemanas de Shantung.

toria pasada, destruir la prisión de las viejas ideas" (como Li Ta-chao predicara desde Juventud Nueva en 1916), produciendo en el campo de la literatura una verdadera revolución que se manifestó tanto en los nuevos contenidos que los escritores incorporaron a sus obras (nacionalismo, sentimiento antifeudal, temática obrera), como en la nueva forma, el uso y fomento de la lengua vernácula. Lu Sin quebró la tradición con su Diario de un loco; los escritores surgidos del 4 de mayo se lanzaron de cabeza tras el descubrimiento, librando una lucha sin cuartel contra aquellos escritores feudales que, como Lin Shu, se oponían al uso del vernáculo y a quienes el propio Lu Sin llamó "asesinos del presente y del futuro".

Del Movimiento del 4 de Mayo surgieron, pues, numerosas agrupaciones y sociedades de escritores y artistas que tenían ideas y objetivos similares. Surgieron también periódicos y revistas en vernáculo que presentaron a nuevos escritores que escribían de una nueva forma, en un nuevo lenguaje y sobre nuevos temas, y que, además, buscaban bases teóricas firmes en las cuales sustentarse. Afirma Ting Yi en su Short History of Modern Chinese Literature que, según estadísticas fidedignas,

entre 1921 y 1925 hubo "alrededor de ciento treinta asociaciones artísticas y literarias, cien periódicos y cerca de mil nuevas obras literarias y traducciones".

Los cuatro autores presentados en esta selección son producto vivo del Movimiento del 4 de Mayo. Los diez cuentos elegidos fueron escritos en la misma época y dan una visión coherente de lo que era entonces la sociedad china.

Yu Ta-fu prefiere hablarnos de la suerte de los intelectuales pobres que, en su desesperada búsqueda de medios de vida, no tienen ni "derecho a amar". Lao Sheh enfatiza, en *La luna creciente*, el desamparo, el mísero destino de la mujer en la vieja sociedad feudal, a quien le estaban cerrados todos los caminos, salvo el de la prostitución. Lu Sin —considerado el "padre de la literatura china moderna"— va desde la protesta implacable y amarga a un realismo irónico y suave y a la mitología. Mao Tun —el más político de los cuatro autores— nos presenta a los gangsters de Shanghai, a los especuladores de la Bolsa, a la nueva juventud.

Hace diez años, en 1959, estaba yo trabajando en Pekín para la Editorial de Lenguas Extranjeras. Había llegado a China

ignorante de su cultura, de su historia, de su realidad. No conocía sino algunos títulos del occidentalizado Lin Yutang y una que otra de las novelas costumbristas de Pearl Buck. Allá, pues, impulsado por el interés que ese gigantesco país despierta en quienes han tenido la suerte de vivir en él, me lancé a bucear en todo cuanto se publicaba de literatura china, vieja y nueva, en los idiomas accesibles. Fue así como cayeron en mis manos las inolvidables novelas breves de Lu Sin —Sacrificio de Año Nuevo, La verdadera historia de A. Q. y tantas otras—; los cuentos, dramas y novelas de Lao Sheh; su Rickshaw Boy, que tuve la ocasión de traducir; las historias de Mao Tun y su novela Midnight, sobre Shanghai; los nostálgicos y a veces desesperados cuentos de Yu Ta-fu... Fue así como comencé a seleccionar cuentos aparecidos en revistas, antologías o colecciones. Los leía todos, y los buenos, los mejores, los iba guardando, los iba traduciendo y archivando. Los diez cuentos de este volumen son una muestra. No están aquí representadas las últimas promociones y ni siquiera lo que dos de los cuatro autores que sobrevivieron a la Liberación (Lao Sheh y Mao Tun) han creado durante la nueva etapa que vive la sociedad china.

Los cuentos que representan la nueva vida, eliminadas ya muchas de las lacras que durante tanto tiempo impidieron el progreso de China, los dejo para otra ocasión. Ahora me conformo con presentar a estos cuatro cuentistas —poco conocidos en español—, que son, me atrevería a decir, cuatro clásicos de la literatura contemporánea.

Poli Délano

YU TA - FU

YU TA-FU nació en 1896 en la provincia de Chekiang. En su juventud viajó a Japón para estudiar literatura en la Universidad Imperial de Tokio. Junto con el poeta y dramaturgo Kuo Mo-jo y con otros intelectuales que se hallaban en Japón, fundó en 1920 la Sociedad de la Creación, que desempeñó un importante papel en el desarrollo de la nueva literatura china. Es autor de varias novelas, entre las que se cuentan *La oveja perdida* y *Huida*; de libros de cuentos: *Cenizas frías*, *El pasado* y *Hierbas silvestres*, y de una serie de *Diarios*. En sus obras predomina la nota melancólica que tiñe los cuentos presentados en esta selección.

En la década de los años 30, después de haber enseñado literatura en dos universidades, cayó en la bohemia. Murió en Indonesia asesinado por la policía japonesa, en 1945, después de la rendición del Japón.

INTOXICANTES NOCHES DE PRIMAVERA

Durante seis meses estuve en Shanghai sin trabajo y debido a esta cesantía me cambié tres veces de vivienda. Primero residí en un sucucho de la calle del Pozo Bullente, una cárcel sin guardias, donde jamás brillaba el sol. Con la excepción de unos cuantos feroces sastres con aspecto de maleantes, los inquilinos de esta prisión sin vigilancia eran en su mayoría intelectuales desconocidos y dignos de compasión. Por eso es que le puse al lugar la "Grub Street" Amarilla¹. Después de un mes, más o menos, subió repentinamente el arriendo y me vi obligado —con mis pocos libros llenos de hojas dobladas— a mudarme a un hotelucho que conocía, cerca del Hipódromo. También aquí me topé con cierto tipo de presiones que me hicieron

¹"Grub Street": antigua calle de Londres, donde vivían muchos escritores de poco éxito. (N. de los T.)

mudarme. Esta vez encontré un cuartito en el barrio bajo, frente a Jihsinli, en la calle de la Abolladura, al extremo norte del Puente del Jardín.

En este lado de la calle de la Abolladura las casas no se elevaban sobre los siete metros. El piso que yo habitaba era sumamente pequeño y bajo. Si estando de pie hubiese querido estirar los brazos y bostezar, mis manos habrían atravesado el techo gris y polvoriento.

Entrando desde el callejón por la puerta principal, se llegaba primero a la pieza del patrón. Aquí, abriéndose paso entre montones de andrajos, tarros y botellas viejas y otras basuras, había que alcanzar una desvencijada escala inclinada contra la pared. Era el único camino para ir al oscuro agujero —un metro cuadrado— que conducía al segundo piso, que no era en verdad más que un solo piso chico y sombrío dividido en dos compartimientos. Yo ocupaba aquel donde se hallaba el hoyo; el otro lo tenía una mujer que trabajaba en la compañía N de cigarrillos. Debido a que ella tenía que pasar por mi "pieza" para llegar a la suya, mi arriendo mensual era unos cuantos pesos más barato.

Nuestro patrón era un hombre avejentado, de espaldas gachas, que bordeaba los cincuenta. Su rostro descolorido tenía un brillo oscuro y aceitoso. Sus ojos eran de

tamaño desigual, y sus pómulos, filudos y salientes. Las arrugas de la frente y la cara estaban impregnadas de un carboncillo que a pesar del lavado matinal parecía indeleble. Se levantaba entre las ocho y las nueve todos los días y, después de un golpe de tos, salía de la casa con un balancín y dos cestas de bambú. Generalmente regresaba a las tres o a las cuatro de la tarde con las mismas cestas vacías. De vez en cuando volvía con su carga, el mismo tipo de cosas que tenía diseminadas por su pieza: andrajos, botellas rotas y toda clase de basuras. En estas ocasiones solía comprarse un poco de vino y, sentado al borde de su cama, lo bebía solo, lanzando maldiciones en un lenguaje incomprensible.

Conocí a mi vecina de piso la misma tarde en que me mudé. Como a las cinco, cuando el rápido crepúsculo primaveral ya había caído, encendí una vela y comencé a ordenar los libros que me había traído del hotel, poniéndolos en dos montones, uno grande y otro más chico. En el grande coloqué dos marcos de cuadros de veinticuatro pulgadas. Habiendo vendido todos los muebles que tenía, este arreglo de libros y marcos debía hacer las veces de escritorio en el día y de cama por la noche. Luego me senté en el montón más chico, de frente al escritorio, y encendí un cigarrillo. Mientras estaba ahí, mirando la vela y fumando, escuché un ruido leve bajo

la puerta-trampa, a mis espaldas. Me di vuelta, pero sólo pude ver la sombra de mi propia cabeza. Los oídos, sí, me dijeron claramente que alguien venía subiendo. Miré con ahínco a la oscuridad y ante mis ojos apareció un rostro ovalado y muy pálido. Supe de inmediato que se trataba de mi compañera de piso. Cuando vine a tratar por el cuarto, el viejo patrón me advirtió que además de él vivía en la casa una obrera. Yo había arrendado la pieza sin pensarlo dos veces. En primer lugar me gustaba el precio bajo del arriendo y, en segundo, me complacía el hecho de que no hubiera una dueña de casa ni niños. Cuando la vecina entró en mi cuarto, me levanté y la saludé con una venia.

—Buenas tardes —dije—. Acabo de mudarme. Espero que nos llevaremos bien.

Ella no respondió, pero sus grandes ojos oscuros me miraron escrutadoramente. Luego llegó a su puerta, le quitó la llave y entró en su cuarto. Es todo cuanto vi en ese primer encuentro, pero algo me dijo que se trataba de una joven criatura indefensa. Algo en sus rasgos pálidos y en su figura pequeña y delgada parecía indicar que se trataba de un alma desolada y lastimosa. Sin embargo, en ese tiempo tenía yo mismo excesivas preocupaciones como para gastar demasiada compasión en alguien que, al menos, aún tenía trabajo, de modo que volví a sentarme en el mon-

tón chico de libros y me quedé allí inmóvil, mirando la luz de la vela.

Pasó una semana desde mi llegada al barrio bajo. Todos los días cuando mi vecina partía al trabajo —se iba antes de las siete y regresaba después de las seis— me encontraba sombríamente sentado sobre mi montón de libros, mirando la llama de la vela o la lámpara de aceite. Quizás fue la constancia con que yo mantenía este hosco hábito lo que despertó su curiosidad. Porque un día, cuando subió la escala y yo, como siempre, me levanté para darle paso, se detuvo y me miró fijo:

—¿Qué es lo que lee con tanto afán todo el tiempo? —me preguntó con voz tímida y balbuceante. Hablaba suave, en puro dialecto de Suchow, pero el sentimiento que esta encantadora lengua me producía es imposible de describir, de modo que me limitaré a traducir sus palabras al habla corriente. Lo que dijo me hizo enrojecer. El hecho es que aunque pusiera ante mí una cantidad de libros extranjeros, mientras permanecía así, sentado, pétreo, día y noche, mi mente se hallaba en tal estado de confusión, que no leía ni una sola palabra. A veces dejaba que mi imaginación llenara el espacio entre las líneas con formas y figuras extrañas; otras, me

quedaba simplemente mirando las ilustraciones y de inmediato mi fantasía evocaba las más fantásticas imágenes. En verdad en aquel tiempo me aquejaban el insomnio y la desnutrición y mi estado no era en absoluto normal. Más aun, puesto que la única cosa que poseía en el mundo —la túnica guateada que tenía en la espalda— estaba harapienta hasta lo increíble, no había podido salir durante el día, y puesto que en mi oscuro cuartucho, que no daba paso a la luz del sol, tenía que usar la vela o la lámpara de aceite todo el tiempo, mis ojos y mis piernas también se hallaban debilitados por el desuso.

—En verdad no estaba leyendo —dije confuso—. Pero parecería tan absurdo estar sentado como piedra. . . Por eso pongo los libros abiertos frente a mí.

Me dio una mirada burlona y entró en su cuarto, siempre con la expresión asombrada.

Sería falso decir que había descuidado por completo la idea de un trabajo, o que en verdad no hubiera hecho nada. En ciertos momentos sentía la mente más despejada y había traducido varios poemas ingleses y franceses y varios cuentos alemanes de más o menos cuatro mil palabras desde que estaba ahí. El resultado de mis esfuerzos lo había enviado a unas firmas editoriales nuevas. Siempre echaba la correspondencia en la oscuridad de la noche,

cuando nadie más estuviera rondando. No tenía esperanzas de conseguir un verdadero trabajo y pensaba que lo único que podía hacer era tratar de usar mi cerebro disecado. Si me acompañaba la suerte y mis traducciones encontraban acogida entre los editores y se publicaban, me llegarían unos cuantos yinyuanes.

II

Viviendo en cualquier lugar de las tristes concesiones extranjeras de Shanghai, uno difícilmente advertía el paso de los días o el cambio de las estaciones, y en la barriada donde estaba la calle de la Abolladura yo sólo me percataba de que mi andrajosa túnica se iba haciendo más y más pesada día tras día, hasta que de pronto me di cuenta de que la primavera debía de estar ya bastante vieja, como reza el dicho.

Pero yo —con mi cartera magra— no me hallaba en condiciones de ir a ninguna parte. Todo cuanto estaba en mis manos hacer era seguir sentado junto a mi lámpara, día y noche, en la pieza oscura. Un día me encontraba allí, como de costumbre, cuando llegó mi vecina con dos paquetes pequeños. Al pararme con el objeto de dar-

le paso, dejó uno de ellos sobre mi escritorio y dijo:

—Es un poco de pan de pasas para usted. Cómaselo mañana. Compré también unos plátanos. ¿Quiere venir a mi pieza y compartirlos conmigo?

Le tuve el paquete mientras abría la puerta y me conducía a su cuarto. Habíamos sido vecinos alrededor de dos semanas y al parecer había llegado a considerarme un hombre honesto y respetable. El temor y la sospecha que mostrara su rostro la primera vez que hablamos habían desaparecido. Al entrar en su cuarto pude percatarme de que afuera aún no oscurecía. Declinantes rayos de sol llegaban por una ventana que daba al sur, y vi que tenía una cama hecha con dos tablones, una mesita de laca negra contra la pared, un baúl de madera y un piso redondo. No tenía mosquitero, pero dos limpias colchas de algodón cubrían la cama. Una cajita de lata sobre la mesa guardaba posiblemente sus cosas de tocador; estaba salpicada con manchas de grasa. Recogió algunas prendas de vestir sueltas que había sobre el piso y me invitó a sentarme. Me sentí un poco turbado por el alboroto cálido y hospitalario con que me acogía.

—¡Somos vecinos tan cercanos! Por favor, no tenga ceremonias conmigo —le dije.

—No las tengo. Pero usted siempre se

levanta cuando yo llego para dejarme pasar. De veras me siento muy reconocida.

Diciendo esto, deshizo el paquete, me ofreció un plátano y peló uno para ella. Mientras comíamos, se sentó en la cama:

—¿Por qué se lo pasa sentado ahí, en lugar de salir a buscar trabajo?

—Quiero trabajar y he buscado en todas partes, pero no he hallado nada.

—¿No tiene amigos?

—Sí que tuve amigos. Pero en estos tiempos de vacas flacas no manifiestan mucho interés por verme.

—¿Ha estudiado algo?

—Sí. Pasé algunos años en una escuela extranjera.

—¿Dónde está su familia? ¿Por qué no se va a casa?

A esas alturas sus preguntas me hicieron ver de pronto lo que en realidad me estaba pasando. En los últimos seis meses, más o menos, me había estado simplemente consumiendo día a día y ya había olvidado hasta cosas tales como ¿quién soy, qué estoy haciendo, estoy triste o feliz? Mi mente estaba llena de todas las dificultades por las que había atravesado durante estos meses, de modo que sólo pude mirarla con torpeza, incapaz de decir una palabra. Mi expresión debe de haberla hecho creer que yo era un paria sin hogar. También en su rostro se reflejó un dejo de tristeza y soledad.

—¡Entonces usted es como yo! —dijo en un suspiro, y cayó, como yo, en el silencio. Vi que sus ojos se estaban humedeciendo e intenté cambiar de tema.

—¿Qué hace en la fábrica?

—Empaquito cigarrillos.

—¿Cuántas horas trabaja?

—Comenzamos a las siete y terminamos a las seis, con una hora libre para almorzar... Diez horas diarias. Nos pagan por hora y tenemos que cumplir la cuota o nos multan.

—¿Cuánto pagan entonces?

—Nueve yinyuanes al mes. Tres yinyuanes por diez días.

—¿Y cuánto gasta en alimentarse?

—Cuatro yinyuanes al mes.

—Si no pierde nada de tiempo, le quedan entonces cinco yinyuanes para traer a casa, ¿no? ¿Le alcanza eso para pagar el arriendo y vestirse?

—¡Por supuesto que no! Y el capataz es tan... —se estremeció—. Detesto la fábrica. ¿Usted fuma?

—Sí.

—Ojalá que no fumara. Pero si tiene que hacerlo, por favor no fume los cigarrillos de mi fábrica. Es tanto lo que la odio; odio todo lo que hay en ella.

Comprendí lo hastiada que estaba y no se me ocurrió qué decirle. Terminé el plátano y le eché una ojeada al lugar. Tam-

bién aquí estaba oscureciendo. Me paré, agradecí y regresé a mi cuarto.

Por lo general, debido a lo exhausta que la dejaba el día de trabajo, mi vecina se acostaba poco después de llegar; esa noche la escuché trajinar en su pieza durante mucho rato. No se acostó hasta después de la medianoche. Desde esa ocasión siempre conversábamos algunas palabras a su regreso: así supe todo lo referente a ella.

Se llamaba Chen Erh-mei y su familia era de Suchow, aunque ella había crecido en uno de los pueblos en las afueras de Shanghai. Su padre trabajó también en la fábrica, pero había muerto el otoño anterior. Cuando estaba vivo, compartían este mismo cuartucho mísero y se iban juntos al trabajo todos los días. Ahora estaba completamente sola. El primer mes después de la muerte de su padre se iba llorando todo el camino hasta la fábrica, y por las tardes volvía también con las mejillas húmedas de lágrimas. Tenía apenas diecisiete años y no contaba con hermanas, hermanos ni familiares directos. Nuestro viejo patrón de abajo había arreglado por su entera cuenta el funeral y el entierro, para lo cual, antes de morir, su padre le había entregado quince yinyuanes.

—Es un viejo bueno —me dijo—. Nunca ha mostrado malas intenciones con respecto a mí, por lo cual he podido seguir trabajando igual que antes de morir papá.

Pero uno de los capataces de la fábrica sí que es un tipo malvado. Sabe que mi padre ha muerto y está tratando de aprovecharse de mí.

III

El tiempo parecía haber cambiado. En los últimos días el mal ventilado y turbio cuartucho que constituía mi único mundo se había puesto estrecho y caluroso como un húmedo horno de vapor. Tan opresivo era, que me mareaba y me producía náuseas. En ciertas épocas del año, especialmente hacia fines de la primavera, mis nervios solían llevarme casi hasta la locura. Comencé ahora a salir y dar largas caminatas solo, por la noche, cuando ya las calles quedaban tranquilas. Vagando solitario bajo la estrecha franja de ese cielo azul oscuro, miraba las estrellas y dejaba que mi pensamiento remontara en fantasías. Eso era bueno para mi salud. Durante estas intoxicantes noches de primavera, cuando me sentía arrebatado, solía vagar hasta cerca del alba antes de volver a la cama. Descubrí que después de estas vagancias agobiadoras, podía dormir hasta el mediodía, a veces hasta más, en realidad, casi hasta la hora en que llegaba Erh-mei

del trabajo. Después de estas horas de buen sueño empecé a sentirme como una persona nueva. Por lo general, nunca lograba comer más de media libra de pan, pero desde que comencé mis ejercicios de medianoche, el apetito mejoró hasta que me encontré comiendo el doble. Aunque esto significaba un severo golpe a mi presupuesto, mi cerebro, nutrido por estas raciones aumentadas, fue capaz de concentrarse mucho mejor. Luego de esos vagares nocturnos y antes de acostarme, logré escribir un par de cuentos al estilo de Edgar Allan Poe. Al releerlos me pareció que no estaban mal. Después de numerosas correcciones y de pasarlos en limpio, los envié. No podía evitar una leve esperanza en ellos, pese a que ninguna noticia me había llegado de las traducciones que enviara tiempo atrás. A los pocos días de enviar los cuentos, me olvidé también de ellos.

En cuanto a mi vecina Erh-mei, sólo la veía ocasionalmente cuando llegaba del trabajo, ya que cuando partía, en la mañana, yo estaba, por lo general, profundamente dormido. Por alguna razón, su actitud hacia mí había vuelto a aquella primera, de temor y sospecha. A veces me lanzaba unas miradas penetrantes, como si sus ojos límpidos y oscuros quisieran entre reprocharme y advertirme.

Ya habían transcurrido tres semanas desde mi cambio a la barriada. Una tarde,

cuando acababa de encender la vela y leía una novela que había comprado de segunda mano, Erh-mei subió apresurada la escala y se detuvo frente a mí.

—¡ Hay un cartero abajo y lo busca a usted! Trae una carta por la que usted tiene que firmar.

La expresión de temor y sospecha en su rostro se manifestó más que nunca. Parecía estar diciendo: "Ah, lo han descubierto". Molesto por esta actitud suya, le dije severamente:

—¿Una carta? ¿Quién me va a escribir? No puede ser para mí.

Mi reacción indignada la hizo sentirse triunfante.

—Baje usted mismo a ver —dijo fríamente—. Sólo usted sabe lo que habrá hecho.

Mientras decía esto, oí la voz del cartero desde abajo, gritando impaciente:

—¡ Carta certificada!

Al recibir la carta, mi corazón empezó a saltar. Una de mis traducciones había sido aceptada por una revista y me enviaban un giro postal para cobrar cinco yinyuanes. Mi cartera estaba ya muy vacía y esto significaba que podría pagar el arriendo a fin de mes y guardar algo para sobrevivir unos cuantos días. La necesidad que tenía de esos cinco yinyuanes era más grande de lo que nadie hubiese podido imaginar.

La tarde siguiente fui al correo y cobré mi giro. Breves momentos en la calle bajo un sol fuerte y me hallé empapado de transpiración. Miré a la gente a mi alrededor, luego me miré yo mismo y sentí vergüenza. Las gotas de sudor me caían como lluvia de la cabeza y el cuello. Cuando vagaba por las noches, no había sol y la nocturna brisa fresca de primavera, mientras recorría callejones después de la medianoche, no era tan incompatible con mi andrajosa túnica guateada, la única prenda que poseía. Pero ahora corría la media tarde de un cálido y soleado día de primavera y yo, como un tonto, no me había percatado de ello, sino que andaba por la calle con el mismo viejo atavío. Naturalmente que cuando me comparé con mis semejantes en la calle, adaptados a los cambios de la estación, me sentí abochornado. En ese instante olvidé por completo el arriendo que en pocos días debía pagar, así como los escasos contenidos de mi cartera, y lentamente me dirigí hacia las tiendas de ropa de la calle Cha.

Yo, que no había salido a la luz del día en tanto tiempo, sentí ahora, por un momento, como si hubiese entrado en el paraíso al ver todo el inquieto movimiento y los *rickshaws* bajando presurosos por la calle con jóvenes y damas elegantísimos, las lujosas y deslumbrantes vitrinas de las sederías y de los joyeros, y escuché el zum-

bido de las voces humanas, de pasos y campanas y cuernos. Olvidé mi propia existencia mezquina y tuve deseos de cantar y de brincar tan alegremente como mis semejantes. Sin darme cuenta, comencé a tararear una viejísima melodía de alguna ópera de Pekín. Pero este nirvana pasajero fue de súbito sacudido por las agudas notas de una bocina cuando intentaba cruzar la calle para doblar por Cha. Alcé la vista y me encontré con que un tranvía se precipitaba sobre mí mientras su gordo conductor, asomándose, me miraba indignado.

—¡Puerco! ¿No tienes ojos? Bien merecerías que te mataran. Por lo demás, tu vida no vale más que la de un perro amarillo.

Salí de mi aturdimiento mientras el tranvía pasaba rugiendo entre una nube de polvo. No sé por qué me eché a reír en una irónica carcajada. De inmediato me di cuenta de que los transeúntes me miraban asombrados y me alejé con la cara muy roja.

Entré a una serie de tiendas, pregunté los precios de algunas túnicas listadas y ofrecí lo que podía pagar. En todas las tiendas por igual, los vendedores parecían entrenados por el mismo patrón. Mirándome ceñudos, uno tras otro me preguntaron:

—¿No estará bromeando, verdad? Si

no tiene para comprarse nada, mejor no nos moleste.

Seguí entrando de tienda en tienda hasta que llegué a un local muy chico y bastante alejado calle abajo. Me había dado cuenta de que sería imposible obtener una túnica listada por lo que yo podía pagar, de modo que compré una túnica corriente de algodón azul y me la puse ahí mismo.

Con la vieja túnica guateada envuelta en un paquete, caminé a casa silencioso.

“Ahora, sea como sea, el dinero no me alcanzará para nada, así es que bien puedo echar una cana al aire”, me dije. Recordé el pan y los plátanos que Erh-mei había querido compartir conmigo y me encaminé a una confitería y compré un yinyuán de chocolates, queques y otras golosinas. Mientras esperaba que el vendedor me hiciera el paquete, recordé que hacía más de un mes que no me bañaba y decidí ir a darme un buen baño.

Cuando volví a la calle de la Abolladura bañado y con mis dos paquetes —el de comestibles y mi túnica vieja—, ya las vitrinas se habían iluminado y circulaban pocas personas por la calle. La brisa fresca del atardecer me hizo tiritar dentro de mi túnica delgada. Una vez en mi cuarto, encendí la vela y miré a la puerta de Erh-mei para descubrir que no había regresado todavía. Tenía mucha hambre ya, pero no

quería abrir el paquete; quería compartir con ella las golosinas. Cogí al azar un libro y traté de leer, pero a cada rato me sorprendía tragando saliva para contener mi hambre. Tuve la sensación de esperar siglos, y la fatiga acabó por dominarme. Erh-mei no llegaba y me quedé dormido encima de los libros.

IV

Me desperté con los pasos de Erh-mei en la escala. Advertí que se habían consumido dos pulgadas de vela. Cuando le pregunté la hora, me dijo :

—Acaba de sonar la sirena de las diez.

—¿Por qué ha vuelto tan tarde hoy?

—Nos hicieron trabajar de noche porque han subido las ventas. Nos pagan extra, pero me agoto demasiado.

—¿Y no puede, entonces, rechazar el sobretiempo?

—No. No hay suficientes obreros. No puedo negarme.

De pronto resbaló una lágrima por su mejilla. Pensé que lloraba de cansancio y sentí no sólo una profunda simpatía, sino además cierta conmoción al descubrir que era aún tan niña. Abrí el paquete y le ofrecí

mis delicadezas. Mientras ella comía, le dije consoladoramente:

—No está acostumbrada al trabajo nocturno; por eso se siente tan cansada. Cuando uno se acostumbra es otra cosa.

Se sentó tiesa en mi escritorio improvisado y estuvo mordisqueando un chocolate, pero sus ojos se volvieron a mí varias veces, como si ella quisiera hablar.

—Algo le pasa a usted, ¿no? —dije—. Vamos, dígame qué es.

Se produjo una pausa embarazosa y luego principió, vacilante.

—Hace tiempo... , eh... , que quiero preguntarle algo. Usted ha estado saliendo todas las noches ahora último. ¿Se ha mezclado con tipos malos?

Me causó mucha sorpresa esta idea suya. Al parecer, desde que comencé a salir por las noches, sospechaba que me había metido con ladrones y pandilleros. Al notar que sus palabras me alelaban, pensó que sus sospechas eran justas y que me había descubierto. Siguió hablando. Aunque desafiante, su tono era amistoso.

—¿Es necesario que coma tan ricas cosas y se compre ropas nuevas? ¿No sabe que lo que está haciendo es muy arriesgado? ¿Y si lo prenden? ¿Cómo podría enfrentar a la gente? Pero no nos preocupemos de lo ya pasado. Sólo pretendo que empiece a reformarse desde ahora...

Sin poder pronunciar palabra, me que-

dé mirándola con la boca abierta. Eran tan extrañas e inesperadas sus ideas, que no supe cómo explicarle. Guardó silencio unos minutos y luego siguió:

—Piense en sus cigarrillos, por ejemplo. Si deja de fumar, puede ahorrar unos cuantos centavos. Ya le he dicho que no debe fumar, especialmente si los cigarrillos son de mi fábrica. Pero usted no hace caso.

De nuevo resbalaron por sus mejillas unas lágrimas. Yo sabía realmente que su llanto era por pensar en su odiada fábrica, pero mi corazón no me permitía pensar así: prefería creer que era por mí que lloraba. Me mantuve quieto durante un rato, meditando, mientras ella se calmaba poco a poco. Entonces le expliqué de dónde provenía el dinero, y le conté el origen de la carta certificada que me había llegado el día anterior y que había salido a cobrar el giro y las cosas que había comprado, y le hablé de mi insomnio y de por qué tenía que salir a caminar por la noche. Aceptó sin dudar lo que le dije y cuando terminé de hablar sus mejillas estaban rosadas. Mirando al escritorio, dijo suavemente:

—Ah, fue injusto que lo reprendiera. Por favor, disculpe lo que le dije. Pero es que su comportamiento era tan raro, que pensé lo peor. Eso que usted dijo, eso que vendió en cinco yinyuanes. . . , ¿no podría hacer una todos los días?

Me sentí conmovido por su simpleza, pero a la vez me sacudió una emoción inconcebible. Anhelé estirar los brazos y abrazarla; sin embargo, la razón me controló severamente, diciendo: "Sería un crimen. ¿No conoces acaso tu propia situación? ¿Quieres envenenar a esta niña simple y pura? Demonio, demonio, en este momento no tienes derecho a amar".

Cerré los ojos unos segundos, mientras mis emociones luchaban con mi razón, hasta que venció la razón. Cuando los volví a abrir, el lugar me pareció de pronto más iluminado. Le sonreí con gentileza y le dije:

—Se hace tarde. ¿No será mejor que se acueste? Tiene que trabajar mañana. Le prometo que desde hoy dejaré de fumar.

Se paró obedientemente y se fue a su cuarto con una sonrisa de felicidad.

Encendí otra vela y me senté a pensar con calma las cosas.

"Los frutos de mi trabajo me trajeron, hoy por primera vez, estos cinco yinyuanes, pero ya gasté tres. Sumados con el que me quedaba, me dejará sólo veinte o treinta centavos cuando pague el arriendo. ¿Qué voy a hacer?"

"Quizás podría empeñar mi túnica vieja, pero no creo que ninguna casa de empeños se interese.

"Es una pobre chiquilla, pero ¿y yo? Mi situación es aún peor. Ella no quiere trabajar y está obligada a hacer sobre-

tiempo. Yo quiero encontrar trabajo y no lo logro.

"Quizás podría conseguir algún trabajo manual. Oh, oh, pero mis inútiles músculos no servirían ni para tirar un *rickshaw*.

"Podría matarme, supongo... Lo habría hecho tiempo atrás, si hubiera tenido el valor. Sin embargo, el que esta idea se me haya metido en la cabeza en estos momentos críticos, demuestra que aún no he perdido todo el valor para hacerlo.

"Jo, jo; ¿qué fue lo que me dijo hoy el conductor del tranvía?

"¡Perro amarillo! Bueno, es un lindo término.

"....."

Mi mente repasó una gran cantidad de ideas sueltas e inconexas, pero no encontró medio alguno para sacarme de mi actual estado de pobreza. Sonó la sirena de una fábrica cercana; seguro que era medianoche. Me levanté y me puse mi vieja túnica harapienta, apagué la vela y salí a dar mi paseo.

Estaba quieto. Los demás habitantes de la barriada dormían. Frente a mí, en los modernos bloques de Jihsinli, aún había algunas ventanas iluminadas con luces de colores. Los acordes de una balalaica y los jirones de un suave canto melancólico eran arrastrados por la noche helada, quizás desde alguna joven rusa blanca que cantaba para vivir. Arriba, nubes gris-blancas

cubrían el cielo, apilándose pesadamente, como cadáveres en descomposición. Por aquí, por allá, donde se abría una grieta en las nubes, titilaba de tarde en tarde una estrella, pero hasta los mendrugos de cielo oscuro a su alrededor parecían tristes y sombríos.

15 de julio, 1923.

SANGRE Y LAGRIMAS

Después de diez años en el Japón, mi carácter ha cambiado casi del todo. Aunque durante las vacaciones de verano, o como consecuencia de alguna enfermedad, haya regresado a veces a China, mi espíritu sencillo no puede comprender la sociedad china, que es demasiado oscura y demasiado complicada.

Un otoño en que las ondas de calor abrasaban y que en las orillas del río de Kientan el rumor de las cigarras se desvanecía en los espesos bosques, volví a mi país natal para cuidarme. Era precisamente la época en que diversos movimientos estaban de moda: en los diarios y las revistas se discutía frecuentemente sobre ellos. Apenas llegué a casa, numerosos escolares fueron a pedirme mi opinión política, considerándome como un personaje nuevo. Me alegró mucho ver sus actitudes tan entusiastas, pero a la primera pregunta perdí la cabeza.

—¿En qué doctrina cree usted?

No pude responder y continué fumando mi cigarrillo. Aspiré profundamente, luego solté con lentitud un humo gris, con un movimiento de la boca indiqué a mis amigos las pequeñas volutas de humo y les contesté sonriendo:

—He ahí mi doctrina.

—¿Qué piensa del comunismo? —dijo uno de ellos, un instante más tarde.

De nuevo no pude responder. Tomé un cigarrillo y se lo ofrecí a mi interlocutor, que lo encendió. Sin embargo, no se desentendió de su pregunta. Me reí.

—Ya le he contestado. ¿No comprende?

—¡No bromea! No me ha dicho ni una sola palabra.

—¿Quién se lo dio? —dije indicando el cigarrillo que tenía entre los dedos.

—Usted.

—¿Eso no es comunismo?

Se echaron a reír. Conversé con ellos. Eran todos alumnos de escuelas primarias. Me sentía muy bien mirando sus pequeñas caras tiernas y blancas y a menudo les decía que se quedaran a almorzar. Sin embargo, no se mostraban satisfechos, porque yo no les hablaba de las doctrinas que se debatían por esos días en las revistas japonesas.

Una noche que la brisa se elevaba refrescante, mi madre, mi abuela y yo, des-

pués de cenar, permanecemos en el patio, sentados, mirando las estrellas y la Vía Láctea. A media voz, mi madre me dijo, a manera de reproche:

—¿Has estudiado inútilmente tanto tiempo en el extranjero? ¿Qué es lo que has aprendido? Tú conoces al joven Li, nuestro vecino de la derecha: es cinco años menor que tú y nunca ha ido al extranjero; escuela secundaria de Hangchou, pero conoce ya muchas doctrinas de ilustres hombres contemporáneos, que nos expone de vez en cuando. Este verano le ofrecieron un puesto, justamente por su conocimiento de las doctrinas. ¡Su padre me dijo que está ganando cincuenta yinyuanes al mes!

Me afligí mucho al oír esto, pues lo único que yo hacía era pedirle dinero a mi pobre madre; negocios brillantes, ni uno solo. Por ejemplo: exponer un argumento, mostrar una doctrina o escribir unos artículos en los diarios o revistas. Y por eso ningún compatriota conocía mi nombre, ningún compañero me recordaba; y ahora mi madre, la única persona que tenía confianza en mí, comenzaba también a dudar. Con los ojos fijos en el cielo sombrío, pensé volver al Japón. Tal vez se dio cuenta de mi tristeza, porque me dijo, en un tono más suave:

—*Tha*, ¿quieres un pedazo de pastel? Hoy hice que prepararan. . .

Yo no tenía apetito, pero si lo recha-

zaba, ella se habría quejado y tal vez se habría reprochado por la reprimenda. Respondí, pues, que quería un pedazo.

Inmóvil, continué mirando el cielo mientras ella iba a buscar el pastel. Una estrella se deslizó.

II

El otoño siguiente fui a Pekín, donde permanecí tres meses en casa de mi hermano mayor. Un día que visitaba a uno de mis conterráneos, estudiante de la Universidad X, que vivía en un hotel, conocí a dos de sus jóvenes compañeros. Después de preguntarme mi nombre, me tendieron sus tarjetas. Uno se llamaba Tcheng y era un hermoso muchacho de dieciocho a diecinueve años. Su tarjeta tenía impresos cuatro títulos: "Comunidad Socialista, Subjefe de la Sociedad Cooperativa, Comisario de la Asociación de Elocuencia y Estudiante de Economía Política de la Universidad X". El otro se llamaba Hu, natural de Kiangsi, de unos treinta años; era grueso, de rostro oscuro. Tenía dos títulos: "Humanitario y Estudiante de Literatura".

A la primera palabra me preguntaron:

—¿Cuál es su doctrina, señor?

Como no la tenía, les contesté sonriendo:

—Soy todavía estudiante y no he profundizado ninguna doctrina; no estoy, pues, en pro ni en contra de ninguna.

—¡No puede ser! —dijo Hu muy serio—. Es una vergüenza, sabe, no tener doctrina. La mayor parte de nuestros compañeros tienen una doctrina. Si no me considera demasiado temerario, permítame que le presente una. Acaba de nacer una doctrina totalmente nueva: el Internacionalismo. Tendrá muchas ventajas si cree en ella.

Con aire sonriente, Tcheng, el hermoso muchacho, le reprochó:

—Es necesario que él mismo escoja su doctrina. Por lo general, cuando elegimos una creencia, tenemos que examinar primero cuidadosamente nuestro medio y nuestros intereses. Usted emplea una doctrina porque cree que va a ser la de la época. Pero la situación cambia y entonces tal doctrina puede meterlo en un atolladero. Si usted ha escogido por sí mismo esa doctrina, no tendrá nada que decir, mientras que si alguien lo ha influido, usted le hará grandes reproches. Como ve, es peligroso escoger doctrina a través de otros.

Al oír estas palabras, sentí que me invadía el respeto por quien así hablaba. ¡Tan joven aún y ya podía referirse a ex-

periencias semejantes! Permanecí indeciso. La alegría y los remordimientos me abrumaban al mismo tiempo. Por una parte, me regocijaba que hubiera en China jóvenes tan avanzados, y, por la otra, me espantaba mi enorme ignorancia. “¡En el extranjero”, me dije, “he pasado metido en una biblioteca, como en una cárcel, seis a siete años, y no sé nada!”

Mientras miraba la cara roja y blanca del señor Tcheng, entró un joven jorobado. No era posible adivinar su edad a través de su rostro, tan pálido como una hoja de papel, ni por su cuerpo, magro y breve. Usaba anteojos de miope. No miraba hacia adelante y examinaba a la gente por encima de sus gafas. En esa forma me había echado una mirada; mi corazón se agitó. Me parecía que con esa mirada quería decir: “¡Bien poca cosa este muchacho que no tiene doctrina!”

Mi conterráneo me presentó. Me dio una ojeada más y luego sacó una tarjeta del bolsillo de su ropa gris. La recibí y leí: “Kiang Tao, Promotor del Arte de la Vida, natural de Tchekiang”. Al ver el nombre de la provincia, me sentí conterráneo suyo.

—Señor Kiang —le dije—, ¿estudia usted también en la Facultad de Letras de la Universidad X?

Me miró por el rabillo del ojo y murmuró con una voz que parecía un maullido:

—Sí, sí. . . ¡La nueva literatura china es demasiado estúpida! ¿Leyó el artículo que publiqué hoy en *La Mañana*? ¡Hay que estimular el Arte de la Vida! Hay que mostrar simpatía a los proletarios. Puesto que los occidentales hablan de la literatura de la cuarta clase, ¿cómo podríamos nosotros darles alcance si no es plantando los jalones de la quinta o de la sexta clase? Por otra parte, los jóvenes chinos de hoy exigen una literatura en la que haya sangre y lágrimas. ¡Nos maldecirán si no hablamos del Arte de la Vida!. . .

Los ojos del señor Hu brillaron. Furioso, saltó:

—¡Kiang Tao! Lo que tú llamas Arte de la Vida forma parte del Humanitarismo. El arte de la vida se revela en el campo del arte del Humanitarismo. Cuando hablas de él, no sugieres en absoluto el padre de la doctrina y sólo apoyas tu argumento en una pequeña cuestión, lo cual es bien reprochable. Por lo demás, no debes poner en tu tarjeta las palabras Arte de la Vida, porque eso no ha llegado aún a constituir una doctrina. En todo caso, tienes que poner "Humanitario". ¡Corrígela en seguida!

Su discusión duró más de dos horas. El sol bajaba de la montaña. Me apresuré a volver, por temor de resfriarme en el camino si tardaba demasiado. Los oí discutir a más y mejor mientras atravesaba el patio para salir. Me hallaba temeroso y amaba

la paz. Seguí por una calle polvorienta, iluminada por la última luz del sol, mientras pensaba: "Señores doctrinarios, amables y respetables, espero que no lleguen ustedes a golpearse".

III

Llegué a casa de mi hermano mayor y lo encontré jugando con mi sobrino y mi sobrina. La luz suave de la lámpara armonizaba con la atmósfera del hogar burgués, acariciando tiernamente sus rostros llenos de risa. Temeroso de importunarlos, me deslicé y fui a sentarme junto a mi cuñada, que, bajo la lámpara, tocaba el piano. Al verme se interrumpió.

—¿Dónde fue esta tarde? —dijo.

—Al Hotel S.

—¿Y por qué tantas horas de parloteo?

—Había dos estudiantes de la Universidad X que discutían doctrinas. Tuve que escucharlos y no pude escabullirme más temprano.

Mientras mi cuñada hacía servir la comida, yo pensaba: "¿Por qué soy tan estúpido? ¡Diez años de estudio y ni siquiera tengo una doctrina! ¡Qué desgracia! ¡Un

hombre como yo no le servirá nunca para nada a la sociedad china!”

...Durante toda una noche de septiembre estuve contemplando la luna en el parque en ruinas de Yuan Ming Yuang. Se apoderó de mí la lasitud y me adormecí a pleno aire. Así fue como me resfrié y tuve que guardar cama varios días. Cuando sané y me disponía a partir para el Japón, leí por casualidad esta noticia en *La Mañana*:

“Entre los estudiantes que parten al extranjero este otoño, los más destacados son los señores Hu y Tcheng, alumnos de la Universidad X. El señor Hu es promotor del Humanitarismo. Desde hace largo tiempo sus discursos son muy admirados. El rector M. T., que lo estima mucho, lo envía, a costas del Estado, a los Estados Unidos para que profundice sus estudios. Podemos estar seguros de que sus esfuerzos serán coronados por un éxito brillante. En cuanto al señor Tcheng, muy joven todavía, pero pleno de ambiciones, se ha perfeccionado en Economía Política y estamos seguros de que, a su regreso, podrá contribuir a mejorar nuestra economía social”.

Hace ya tres años que ocurrió eso. Hasta ahora no he oído hablar de esos jóvenes. Es probable que esos dos señores

estén estudiando la doctrina más hermosa y más nueva surgida en Norteamérica.

Cuando se llega a la edad madura, los sueños de la juventud son rotos por la realidad. Mi vida bohemia en el extranjero terminó en julio. Y vuelvo solo a Shanghai con un diploma en la mano. Los que me dan la bienvenida son los empleados de los hoteles. Los rechazo. Llevando yo mismo la vieja maleta, bajo del barco. Cuando llego al bulevar, una multitud de tiradores de *rickshaw* se me abalanza. Los rayos del sol me han dado dolor de cabeza, mi anemia cerebral vuelve de repente, a causa de la turbación que me provocan los compatriotas de la cuarta clase, algunos de los cuales me empujan hacia adelante, mientras los otros me rechazan hacia atrás. Dos sombras negras vuelan por encima de mí, como dos montañas cuyo peso me oprime la cabeza. Ya no sé lo que viene después.

En mi sueño oigo pasar a mi lado a una multitud tumultuosa. El recuerdo de mi infancia me vuelve a la conciencia. Me dormía en brazos de mi madre; a medianoche ella me despertaba y me ponía un trozo de pastel en la boca. Mis ojos volvían a cerrarse. Oía murmurar a mi madre. De nuevo me sumía en el sueño.

Mis ojos se abren. Siento mi ropa completamente húmeda. Miro hacia todos lados y me veo tendido aún en la calzada. El sol besa el lomo de la montaña. Poca gente

en la calle. Algunos rastros del sol poniente que subsisten en los barcos fluviales del Wangpú reflejan en el agua su sombra, formando imágenes onduladas. La vieja maleta está todavía junto a mí.

Me levanto y me siento en tierra. Sólo después de reflexionar un momento comprendo cómo he regresado a mi país natal, cómo he bajado del barco, lo miserable que soy y cómo me han embrollado dos tiradores de *rickshaw*.

Me pongo de pie, miro en torno de mí, pero no veo a nadie. Al cabo de un instante oigo un ruido por detrás. Aparece un *rickshaw* en el que va un japonés vestido a la europea. Luego baja en la puerta de una compañía de navegación.

Tomo, pues, ese *rickshaw* y me dirijo hacia un pequeño hotel de la calle Cuarta. Allí me hospedo. Cuando abro mi maleta me estremezco de tal modo que mis venas parece que van a helarse: un rollo de billetes, con el que me proponía vivir algún tiempo en Shanghai, ha desaparecido. Sólo queda el papel que envolvía el dinero. Registro la maleta hasta el fondo, pero no encuentro nada. Después de comer visito a un conterráneo que tiene una tienda en Sheliolipu. Hay que andar un largo camino, bajo la luz de los faroles, pero al fin llego a su casa. Hablamos primero de cosas indiferentes. Luego, cuando le expreso mi deseo de que me preste algo de dinero, me

echa una mirada perforante, con las cejas fruncidas. Si hubiera habido un hoyo en la tierra, me habría metido de inmediato en él. Baja la cabeza, reflexionando. Al fin saca de su bolsillo dos yinyuanes.

—La tienda marcha mal. ¡ Los comerciantes somos ahora muy pobres!

De buenas ganas le hubiera tirado esos dos yinyuanes a la cara. Pero como no tenía dinero ni para el tranvía, los acepté, a pesar mío.

IV

No obstante mis deseos de volver a la casa paterna, debo permanecer en Shanghai, porque no tengo para los gastos de viaje. Una noche, hacia las nueve, al salir de una taberna donde he tomado un plato de sopa, con sesenta centavos que me han pasado en el monte de piedad por un viejo abrigo, me encuentro por casualidad, al volver la calle Tercera, a uno de mis contreráneos, antiguo estudiante de la Universidad X. Me llama. Me estremezco, porque siempre estoy temiendo que me tomen por un vago a causa de mi ropa sucia y gastada. Levanto la cabeza y lo reconozco. Aunque avergonzado, estoy contento.

—Ah —dice—, hace ya sus buenos dos

años que no lo veía. Usted parece haber envejecido. ¿Está enfermo? ¿Dónde vive?

Me pongo colorado hasta las orejas, porque no tengo dirección alguna. No queda ya ropa en mi maleta, que escondo bajo el altar de un templo situado en la calle Kin-Nan. En el día voy al Parque de Weipeitukiao a ver jugar a los niños europeos. En la tarde me voy al barrio más animado de Se Ma Lu. Cuando me viene la lasitud, escojo un rincón y me adormezco. Y ahora mi conterráneo rico me pregunta mi dirección: ¿qué responderle? Muy confundido, saco de mi propio desconcierto algunas palabras y a mi vez le pregunto la suya.

—Vivo en el hotel de Y-Pin Siang. Me iré el lunes a Hangchou.

Caminamos juntos. Hemos llegado a la plaza desnuda del campo de carreras y me invita a ir a su hotel. Si fuera con mis ropas astrosas a un hotel donde las luces ciegan los ojos, a mi conterráneo se le caería la cara de vergüenza. Rehúso, pues.

—Como hace tanto calor, es preferible que nos paseemos fuera.

Muchas veces estoy a punto de pedirle dinero prestado. Pero, avergonzado por mi educación superior, no puedo hablar de ello. Al fin le pregunto con el más grande coraje:

—¿Qué hará usted la próxima semana?

—Tengo ya un cargo en Hangchou,

donde gano ciento veinte yinyuanes al mes. Probablemente estaré allí la semana próxima. ¿Y usted?

—¿Yo? ¡Mi situación es sorprendente! No sólo no tengo empleo para el semestre próximo, sino que ahora mismo no tengo con qué comer.

—¿Conoce a Kiang Tao?

—No.

—Es compañero mío. Es muy rico ahora. El Arte de la Vida, del que es promotor, está muy a la moda. Vaya a verlo.

Allí mismo me da una tarjeta y me dice su dirección. Me recomienda que vaya a visitar a Kiang Tao al día siguiente, a las seis de la tarde.

Temprano, al día siguiente, voy al sitio de que me ha hablado mi conterráneo. Después de una larga búsqueda, encuentro el edificio indicado. Miro atentamente a izquierda y derecha y me grabo en la memoria los alrededores. Regreso sobre mis pasos y me dirijo hacia el campo, al norte de Se Tchuan Lu. Vago sin objetivo alguno durante cinco o seis horas. El hambre me hace entrar en una taberna campestre, donde me como siete albóndigas. Vuelvo a ponerme en camino lentamente y me dirijo hacia la casa de Kiang Tao. El sol refulgente me lanza sus rayos sin piedad. Gruesas gotas de sudor se fijan en mi frente. Tengo las ropas mojadas. Cuando llego a mi destino son apenas las cuatro y media.

Golpeo a la puerta. Una sirvienta de dieciocho a diecinueve años me conduce al salón y me dice que espere. Transcurre media hora. El cansancio me ha ganado y me duermo en una silla. No sé cuánto tiempo después alguien me sacude. Mis ojos se abren y veo de pie ante mí a un joven de rostro pálido y espalda curvada. Su costumbre de mirar por encima de los anteojos me hace reconocerlo.

—¿Es usted, señor Kiang? —digo cortésmente—. Me parece haberlo visto antes.

—Mi nombre es Kiang Tao. Es posible que me haya visto. . . Doy tantas conferencias. . . Quizás en una de esas conferencias.

Su voz de gato me hace recordar la escena a la que había asistido tres años antes. Luego de prodigarle algunos elogios, le doy a conocer mi intención. Me echa una mirada con el rabillo del ojo.

—En Shanghai hay ahora más candidatos que empleos. Incluso numerosos estudiantes que han vuelto de Europa se hallan sin trabajo; *a fortiori* los que han estudiado en el Japón. Por otra parte, muchos de mis compañeros tampoco tienen empleo. Yo soy también un humanitario, pero dadas las circunstancias no puedo hacer nada. Su conterráneo está actualmente en buena situación. ¿Por qué no va a verlo?

Le digo mis dificultades. Con su voz aguda, continúa:

—Para el bolsillo, no es difícil ganar unos centavos. ¿Sabe usted escribir cuentos?

Acuciado por la necesidad, me vuelvo más y más audaz.

—Sí.

—Bien. Escriba un cuento y tráigamelo. Vale más que cuando empiece a hacerlo se halle en un estado de bienestar.

—¡Eso es imposible! Cuando no puedo ni siquiera ganarme la vida, ¿de dónde podría sacar semejante sentimiento?

—Los hechos son una cosa y la doctrina es otra. Para que sus cuentos se vendan bien, hay que seguir las corrientes del pensamiento. Lo mejor es escribir la vida de un obrero y demostrar lo desgraciado que es, maltratado por el capitalista. Es preciso que su cuento contenga sangre y lágrimas para emocionar a los lectores.

—Sí, sí. Tiene usted razón.

Me despido. Mientras camino por la calle iluminada por los débiles rayos del sol poniente, siento un dolor secreto que no me es posible disipar. Me seco algunas lágrimas. No me quedaban más que veinte centavos. ¿Si comprara con ese dinero papel y un pincel? ¿Pero podré escribir, traspasado de hambre? Si compraba algo de comer no tendría papel en que escribir. Después de reflexionar, tomo un tranvía que me lleva al hotel de Y-Ping Sian, donde vive mi conterráneo. Temiendo que los

mozos del hotel no me dejen entrar al verme tan mal vestido, tomo un aire altanero y voy directo a la oficina. Pregunto en inglés el número de la pieza de mi conterráneo, porque para asombrar a los demás hay que hablar una lengua extranjera. Subo al piso. Mi conterráneo está ausente. Siempre en inglés, le pido al mozo que me abra la puerta, entro y me siento ante el escritorio. No veo papel. Llamo de nuevo al mozo y le pido papel, tinta y un pincel. Escribo, pues, un cuento de tres mil palabras, en el que hablo de un tirador de *rickshaw*. Vive en una casa más pequeña y más sucia que un corral de cerdos. El propietario quiere subir el arriendo. El pobre protesta y se querella con él. Interviene el policía, encuentra culpable al pobre y amenaza con meterlo a la cárcel. Este, aunque está furioso, no tiene nada que hacer. Sale de su casa y se pone a beber como un loco en una taberna. Cae la noche. Borracho, tropieza en la calle, rueda y allí se duerme. Un automóvil pasa sobre su pierna derecha estirada y la quiebra. El dolor lo despierta, estalla en sollozos ante su pierna cortada y cubierta de sangre. ¡He ahí algo donde hay "sangre y lágrimas"! Realmente es literatura de la cuarta clase. Así, pues, tomo como título *Sangre y Lágrimas*.

Mi conterráneo no ha regresado aún cuando yo termino el cuento. El reloj da

las nueve. Tengo hambre. Salgo majestuosamente del hotel llevándome mi composición. De paso compro un pedazo de pan y luego subo a un tranvía.

Al cabo de un instante llego a casa de Kiang Tao. Le entrego mi manuscrito. El lo lee de inmediato, silenciosamente, bajo la lámpara.

—La idea de este cuento es buena. Pero no está bien escrito. Tome, aquí tiene un yinyuán.

Asombrado, recibo el dinero y me voy. Me parece que me he convertido ya en un cuentista. Mi mano aprieta la moneda y mi corazón salta. Cuando paso ante un restaurante cerca de la estación, entro y como con gran apetito. Sólo salgo a una hora avanzada. El cielo me parece más alto, la tierra más vasta. Los edificios giran a mi alrededor. Me pregunto dónde voy a pasar la noche.

Shanghai, 4 de agosto de 1922.

EL PASADO

Ha venido la brisa. Las hojas caen, dando vueltas con un suave rumor. Aunque éste sea un puerto del sur, se siente igualmente la tristeza del invierno. Ella y yo hemos comido a la orilla del mar, en el tercer piso de un restaurante.

Esta mañana hacía buen tiempo y a mediodía bastaba con llevar simplemente un traje forrado. Pero entre las tres y las cuatro de la tarde, jirones de nubes grises que venían del norte cubrieron el sol y pronto se levantó el viento.

Estos últimos tiempos vagabundeo, a causa de mi salud, de ciudad en ciudad a la orilla del mar, en el sur. Abandoné el norte a mediados de octubre y en noviembre me hallaba en la capital de la provincia de C. Justamente en esa época había guerra en esa provincia y la capital estaba peligrosamente amenazada. Me trasladé, pues, al puerto de H. y allí me quedé al-

gunos días. Como la vida era muy cara, me vi obligado a dejarlo y me embarqué para el puerto de M.

La ciudad de M. fue el primer puerto abierto a los extranjeros. Los edificios, por su aspecto medieval, reflejan muy bien la época en que se produjo ese cambio. Rodeada por tres de sus lados por un mar verde y cortada en el medio por una colina de aspecto sinuoso, esta ciudad tiene muchas casas europeas de colores tristes. Como hay no pocas personas ricas y garitos, se ven numerosas casas rodeadas de jardines, aunque el comercio no es allí muy próspero. A lo largo del bulevar que bordea la costa hay dos corridas de higueras. Todos los paseantes que se sientan a descansar bajo esos árboles tienen aspecto de satisfacción. Se debe precisamente a la depresión comercial que los emigrados del sur de Europa instalados aquí no presenten un aspecto atareado y huraño. Esta exacta impresión de decadencia que surge de todos los rincones de la ciudad lo induce a uno a establecerse allí con calma. Poco después de mi llegada, me decidí a quedarme largo tiempo, sin sospechar que mi encuentro con Lao-san¹ iba a ser causa de mi partida.

Fue en realidad toda una aventura. Una tarde que lloviznaba, al salir del hotel,

Tercera hija. (N. de los T.)

bajé de la colina del oeste para ir a comer en un restaurante. Cuando pasaba por una calle apartada, ante una casa europea, una joven salió de ella. Probablemente me había reconocido antes de atravesar la reja de la casa, porque aunque yo iba algunos pasos delante, de pronto me llamó:

—Señor, usted que va delante... ¿No es usted el señor Li?

Esa voz tenía algo familiar. Me volví de inmediato y vi un rostro blanco bajo un paraguas negro. El velo de la noche había caído ya y me era imposible distinguir toda la cara, pero esos ojos brillaban de tal modo que mi alma experimentó una sacudida. Murmuré:

—Usted...

—Tal vez no me reconoce. ¿Se acuerda de la fiesta de Año Nuevo que pasamos juntos en Ming-Te-Li, en Shanghai?

—¡Ah, tú eres Lao-san! ¿Pero qué haces aquí? ¡Qué raro me parece!

Mientras hablaba y sin darme cuenta, me acerqué a ella y cogí su mano izquierda cubierta por el guante.

—¿Dónde vas? —dijo ella—. ¿Desde cuándo estás aquí?

—Voy al centro, a comer. Llegué hace algunos días. ¿Y tú? ¿Dónde vas tú?

Por toda respuesta se limitó a mostrar con un movimiento de cabeza la dirección que seguíamos. Recordando su carácter difícil, no le pregunté nada más. A pasos len-

tos seguimos caminando juntos. Pero algunos minutos después me dijo casi en un murmullo:

—He estado jugando al *mahyong* en casa de un amigo. ¡Qué suerte encontrarte! Ah, señor Li, usted ha envejecido bastante en estos dos años que ha durado nuestra separación... Dime, ¿estoy muy cambiada?

—¡Oh, tú no! ¡Lao-san, he sido tan desgraciado en estos dos años! No he tenido ninguna noticia tuya. ¿Y cómo viniste aquí?

—Es el destino. Soy muy desdichada. Como una planta en la superficie del agua, floto siempre en este océano del mundo, sin poder echar nunca raíces. El hecho mismo de haber venido aquí es bien raro y algo fatal. ¿Te acuerdas de ese gordo que vivía en el departamento del piso de Ming-Te-Li?

—Sí... ¿No era ese comerciante de los Mares del Sur?

—¡Qué buena memoria tienes!

—¿Cómo está él?

—Vine aquí con él.

—¡Qué raro!

—Pero lo que es más raro...

—¿Qué?

—Ha muerto.

—Oh... Entonces ahora estás sola.

—Sí.

—¡Ah!...

Continuamos nuestro camino en silencio hasta que llegamos a una bifurcación, no lejos de la calle principal. Le pregunté su dirección para visitarla al día siguiente. Pero ella se negó precipitadamente.

—No, no. No debes venir a mi casa.

Cuando llegamos al barrio animado, iluminado por faroles y recorrido por una multitud, ya no podíamos reírnos ni marchar tomados de la mano. Al separarnos me hizo sólo una señal y luego se dirigió a la calle del sur.

Mi corazón, que estaba como agua estancada, comenzó a agitarse. He aquí lo que había ocurrido tres años antes. Entonces apenas tenía veinte y vivía frente a mí, en una casa de Ming-Te-Li. Aparte de tres o cuatro chicas, vivía allí un comerciante importador. Yo no sabía quién era, entre todos ellos, el propietario ni el arrendatario. No sabía tampoco cómo se ganaban la vida aquellas muchachas. Un día —hacía sólo dos meses que había conocido a Lao-er, su hermana inmediatamente mayor—, mientras jugaba al *mahyong* con ella en una de las habitaciones anexas, entró un burgués de edad madura. Me lo presentaron como su cuñado. En realidad, al verlo, la hermana mayor nos dejó para irse a conversar con él en otra pieza. Lao-seu, la menor, vino a reemplazarla en la partida de *mahyong*. Eran de Kiangsí, de-

cían, pero el cuñado era de Jupé. Se había casado con la mayor siendo director de un banco en Kiukiang.

En aquella época yo trabajaba como periodista y la casa de Ming-Te-Li donde vivía era de propiedad del administrador de mi diario. Como acababa de llegar del campo y no conocía bien Shanghai, no podía vivir solo y en consecuencia había tomado pensión en casa del señor Cheng. Los Cheng, que vivían frente a frente, frecuentaban a menudo a las muchachas y, como es natural, me presentaron a Lao-er, la más viva de las cuatro.

Según el criado de los Cheng, la mayor era concubina del director del banco y era él quien se ocupaba de la subsistencia de las tres hermanas y de los estudios del hermano.

Las cuatro hermanas eran hermosas, pero la segunda era la más viva y encantadora. Quizás se debía al hecho de ser demasiado hermosas el que no se hubieran casado, a pesar de su edad.

Pensando en eso, había llegado a la encrucijada más populosa. Era el único lugar de la ciudad donde el mal tiempo no reducía el número de transeúntes. A ambos lados las luces de las casas comerciales iluminaban la calle, turbando la paz del espíritu de los exiliados. Al final de la calle, doblé hacia el sur, donde se hallaba el célebre restaurante *Vista al Mar*. Desde

el tercero y el cuarto piso, divididos en pequeños compartimientos, se podía, abriendo la ventana, ver las velas y las chimeneas de los barcos. Era el restaurante que más frecuentaba en M.

Maquinalmente subí la escalera y pedí algunos platos. Con los ojos fijos en la lámpara, me sumí de nuevo en mis recuerdos.

De las cuatro hermanas, yo prefería a la segunda. La mayor estaba ya casada; la tercera, que no tenía los gustos de la juventud, me parecía demasiado triste; la cuarta, mucho más joven que yo, tenía apenas dieciséis años y era imposible cualquier relación sentimental con ella. Así, pues, la que yo adoraba ardientemente era la segunda.

Las cuatro tenían el rostro ovalado, ojos grandes, nariz grande, la piel fina y blanca; por lo que se refiere a sus caras, las cuatro eran dignas de admiración. Pero su carácter difería mucho. La mayor era honesta, la segunda viva, la tercera melancólica, y la cuarta... no sé cómo era, porque nunca reparé en ella.

En sus palabras, en sus gestos, en sus bromas, Lao-er expresaba la vivacidad. De todos los jóvenes de veinte a veintiocho años que vivían entonces en Ming-Te-Li no había ninguno que no la admirara.

No era muy alta, pero su estatura alcanzaba al cuello de cualquier hombre. Por

lo demás, con zapatos de tacones altos, caminaba más rápido que cualquier muchacha europea. Hablaba sin restricciones y más francamente de lo que lo hacen los compañeros de estudio de distintos sexos. Si oía algún chiste o humorada en una conversación, se echaba a reír, le fueran los presentes familiares o no; sus dos corridas de dientes blanquísimos quedaban a la vista, se retorció, reía sin poder detenerse y a veces tan violentamente que caía sobre uno. Muchas veces, cuando el señor Cheng ofrecía una comida en honor nuestro, incapaz de soportar las maneras demasiado libres de Lao-er, me había levantado de la mesa sin terminar de comer, marchándome al diario: de ahí venía mi sobrenombre de "la gallina de Lao-er". Con él se pretendía que Lao-er era un gallo y yo una gallina. Cada vez que ella reía, caía sobre mí, como se lanza el gallo sobre la gallina. Pero eso no es todo. Yo era siempre el objeto de sus burlas; imitaba en público mis maneras torpes o repetía mis palabras idiotas para hacer reír a los demás. Cosa bien extraña, sin embargo: no sólo no me enojaba con ella, cualesquiera que fueran su desprecio y sus burlas, sino que hasta me provocaban orgullo y alegría. Cuando estaba solo, esas historias volvían a menudo a mi recuerdo; volvía a disfrutar de ellas y le estaba agradecido: en una palabra, la amaba. Más tarde llegué tan le-

jos que cuando jugábamos al *mahyong* le daba intencionalmente la pieza que ella quería. Si por casualidad le desobedecía, levantaba su fina mano y me daba una palmada. Tiranizado de ese modo, yo sentía una satisfacción inefable. Para conseguir esa satisfacción, a menudo le desobedecía deliberadamente, esperando que me golpeara o me diera un puntapié con su piececito. Si no había tenido un goce suficiente, le decía: "¡No es bastante! Sigue... Pégame otra vez". Entonces ella me golpeaba de nuevo. Sólo le obedecía y hacía lo que me mandaba cuando mis mejillas estaban rojas y tenía las pantorrillas adoloridas a causa de sus puntapiés. En estos casos, eran siempre Lao-ta o Lao-san quienes la detenían, diciendo: "¡No le pegues tanto!" ¡Y yo, la víctima, les rogaba que no intervinieran!

Recuerdo que un día, mientras me hallaba en casa de ellas, quiso salir con una amiga y me pidió que fuera a buscarle a la habitación de su hermana mayor un par de zapatos nuevos y que se los pusiera. Tomé su pie para calzarla. Pero los zapatos le quedaban demasiado apretados. Después de algunos esfuerzos, sólo había conseguido ponerle uno. Irritada, me golpeó furiosamente en la cara y en el cuello. Cuando comencé a ponerle el otro zapato, ya tenía el cuello hinchado. Cuando terminé y me levanté sonriendo, le pregunté:

“¿Está bien así?” Respondió que le dolía la punta de los pies. Tomé entonces un aire grave: “Dame algunos puntapiés más; así se te agrandarán los zapatos”.

A propósito de sus pies, era imposible no amarlos. Tenía ya veinte años, pero sus pies finos y gordezuelos parecían los de una muchacha de doce o trece. Como varias veces le había puesto las medias de seda, sus pies delicados eran a menudo objeto de mis sueños. Excitaban mi imaginación. Por ejemplo, durante la comida, cuando veía en la mesa un tazón de arroz blanco y reluciente, los granos evocaban para mí los pies de Lao-er.

Si en el tazón hubieran estado en realidad sus delicados pies, habrían sentido cosquillas mientras yo los mascaba. Si, tendida en su cama con los pies estirados, me dejara chuparlos como un caramelo, seguro que de sus labios arqueados saldrían murmullos encantadores; tal vez incorporándose, podría golpearme en la cabeza. . . Pensando así, me comía un tazón más de arroz.

Así la frecuenté durante un semestre. ¿Cuáles eran las relaciones entre nosotros, entre Lao-er, vivaz y franca, y yo, torpe y dócil? Lector, no es difícil adivinarlo. Por otra parte, yo tenía apenas veintiocho años, no estaba casado aún y confiaba plenamente en el porvenir.

Durante una conversación, la señora Cheng le había dicho a Lao-er:

—Lao-er, si el señor Li fuera tu marido, podría ponerte las medias todos los días. . . Por otra parte, tendrías un hombre contra quien descargar tu mal humor. Podrías golpearlo noche y día. ¿No sería bueno eso?

—No —dijo ella echándome una mirada—, es muy tonto y no sabe servirme. Prefiero que me golpeen y no golpear a los otros. Necesito un hombre capaz de mandarme y al que pueda someterme con todo el corazón.

Al escucharla, me marché a la calle y caminé largo buscando disipar mi pena.

Un sábado en la noche salía yo con Lao-er de la gran Sala Municipal de Ta-Ma-Lu, donde había habido un concierto. De pronto sobrevino una ráfaga de viento frío. Era ya fines de otoño. Pasábamos ante un café, con las manos tomadas, y le dije tiritando:

—Lao-er, entremos a tomar algo caliente.

Respondió con una sonrisa:

—Vamos a tomar un poco de vino caliente.

Subimos. Después de beber dos vasos, el vino nos quitó toda timidez. Miré a mi alrededor: la sala estaba vacía. Me aproximé a ella y le dije con un tono apremiante:

—Lao-er. . . , ¿puedes. . . , puedes com-

prender mi corazón? Quisiera quedarme mucho tiempo contigo. . .

Me echó una mirada y rió con risa burlesca, haciendo una mueca.

—Estar siempre juntos, ¿para qué?

Enardecido, me acerqué para besarla. Me dio una palmada. Al oír el ruido, el mozo se apresuró a subir y nos preguntó si queríamos algo más. Reteniendo las lágrimas, le dije en voz baja:

—No, tráiganos las servilletas húmedas.

Después que el mozo se fue, Lao-er, sin dejar su actitud tranquila, me dijo:

—Señor Li, no vuelva a repetir esto. ¡Otra vez le pegaré más fuerte!

Forzado a considerar toda esta escena como una broma, tuve que contenerme y guardar mi pasión.

Es probable que las otras vieran perfectamente mi amor por Lao-er y lo que de él nacía. De este modo, por difícil que fuera su carácter, Lao-san hacía lo posible porque mis relaciones con Lao-er tuvieran un final adecuado. A veces Lao-er llevaba sus burlas demasiado lejos o me golpeaba demasiado fuerte; Lao-san se lo reprochaba por medio de insinuaciones. Idiota como era, no sólo no se lo agradecía, sino que hasta la hallaba imprudente. ¿Por qué poner trabas a la libertad de los demás?

Así pasó un semestre. En el invierno, con enorme sorpresa de mi parte, Lao-er

se puso de novia con un estudiante que había venido de Pekín.

Hacia el Año Nuevo, yo me sentía muy afligido. Por esos sombríos días la que me invitaba a menudo a comer, a jugar al *mahyong*, y aun algunas veces al cine, era precisamente Lao-san, la que menos quería y a la que Lao-er y yo llamábamos "pájaro raro". Y era a esta Lao-san a la que acababa de encontrar inopinadamente en esta noche de otoño en que caía la llovizna.

En ese instante el cigarrillo que sostenía entre los dedos estaba consumido a medias y el vaso de vino que tenía ante mí se había enfriado. Maquinalmente bebí unos tragos y probé algunos platos. El mozo me trajo la sopa de aletas. Al terminar la cena, volví al hotel con paso pesado, bajo la llovizna. Me lavé, me desvestí y me metí en la cama; pero, con los ojos abiertos, no podía dormir. Volvió a mi memoria el paseo que habíamos hecho Lao-san y yo, el 2 de enero de aquel año, a Suchow. Recordaba la conversación a solas bajo la lámpara, recordaba también la voz con que me había llamado a la mañana siguiente a su habitación para que recogiera sus ropas que habían caído al suelo. Pero yo no olvidaba a Lao-er. Decir que yo no había respondido a estos avances no es bastante; ni siquiera me daba cuenta de ellos. Este paseo había sido inútil; ningún amor surgió. En la tarde de aquel mismo día volvi-

mos rápidamente a Shanghai, como hermano y hermana. Muerto de pena, presenté mi renuncia al diario y sin decir adiós a las cuatro hermanas ni llevar equipaje alguno, partí para Pekín, esperando olvidar lo que había pasado y sepultar toda mi tristeza en esa ciudad de nieve y de hielo. Durante los dos o tres años que siguieron, vagué de aquí para allá; nunca permanecí más de seis meses en el mismo sitio. En los momentos difíciles, seguía la moda escribiendo algunas novelas breves para ganarme la vida. ¡Demonios, me pesqué una pulmonía! Ahora, como una pajita flotando en el agua, había llegado a esta ciudad del extremo meridional. ¿Cómo soñar que iba a encontrarme con Lao-san en una callejuela oscura? ¡Tan grande que nos parece el mundo y tan pequeño que es en realidad! ¡Un encuentro de dos desterrados al fin del mundo!, pensaba. Surgió la luz del alba. Los obreros, que se levantan temprano, pasaban bajo mi ventana. Casi no había dormido. Golpearon a la puerta. Me incorporé en la cama y, echándome la frazada a la espalda, me asomé. La llovizna había cesado. Los primeros rayos del sol llegaban ya a la ventana del sur. Con voz poco segura, grité: "¡Adelante!" Pero la puerta no se movió y durante algunos minutos permaneció cerrada. Echándome la túnica a la espalda, salté de la cama. No bien lo había hecho cuando la puerta se abrió sua-

vemente y entró Lao-san. Una risa misteriosa invadía su rostro. Yo estaba tan feliz como sorprendido.

—¡Lao-san, has venido temprano!

—¿Es muy temprano? El sol está ya bien alto.

Al decir estas palabras, penetró en mi habitación, me miró de arriba abajo sonriendo y luego, como sintiendo pudor, se dirigió a la ventana y miró hacia afuera. La ventana daba a una veranda ante la cual había un gran jardín. El sol apuntaba sus frescos rayos sobre el follaje de las acacias todavía no despojado por el otoño.

Sus vestidos no eran como los de antes. Llevaba una blusa semieuropea, una falda de indiana, un abrigo de lana y alrededor del cuello un pañuelo con dibujos negros y blancos. Dos grandes ojos cautivantes, cuyas negras pupilas parecían fijas siempre en algo, brillaban bajo el borde de un sombrero de seda. El rostro, en realidad ovalado, pero escondido en parte por el sombrero, parecía redondo. Esos tres años habían acentuado los surcos de la nariz a los extremos de la boca. Estaba muy pálida, tal vez porque había pasado la noche jugando al *mahyong*. De pie ante la ventana, absorta, me volvía la espalda. Mirada a contraluz, me pareció más delgada y más alta que antes.

Me abotoné la túnica y avancé un paso. Con la mano derecha le toqué el hombro,

haciéndola que se sacara el abrigo. Le dije:

—Lao-san, ¿qué haces ahí?

Echándose hacia adelante evitó hábilmente mi mano y volviéndose me respondió sonriendo:

—Hago cuentas.

—¡Tan temprano! ¿Y qué es lo que cuentas?

—El dinero que gané anoche.

—¿Has ganado?

—Gano siempre. Sólo he perdido esa vez que jugué contigo.

—¡Ah, qué memoria tienes! ¿Cuánto perdiste y cuándo fue?

—¡Por poco pierdo la vida!

—¡Lao-san! . . .

— . . .

—Tu carácter no ha cambiado. . . ¡Siempre haces esas tonterías!

No nos dijimos nada más. Tomé una silla y le rogué que se sentara, mientras me retiraba a un rincón para lavarme. De repente me llamó.

—Li, aún no te has corregido de tus malas costumbres. Todavía fumas.

—Lao-san. . . Felizmente te encontré a ti ayer. Si hubiera sido Lao-er, no habría venido a verme, porque aún tengo esa mala costumbre. . .

—¿No has olvidado aún a Lao-er?

—La recuerdo un poco. . .

—¡Eres realmente sentimental!

—¿Quién puede decir que no lo es?

—¡Lao-er es realmente feliz!

—¿Dónde está ahora?

—Tampoco lo sé. Hace dos o tres meses decían que estaba en Shanghai.

—¿Y Lao-ta y Lao-seu?

—Todavía viven en Ming-Te-Li. Soy la única que ha llevado una vida accidentada.

—Lo creo. . . ¿Pero por qué me dijiste ayer que no querías que te visitara?

—No quería rechazarte, pero temo a las habladurías. Debes saber que la familia Lu es muy numerosa.

—Sí, sí. El comerciante importador se llamaba Lu, ¿verdad? . . . Lao-san, ¿cómo has podido aceptar a ese gordo?

—Una mujer como yo, ¿puede elegir acaso? ¡En fin, eso ha sido un sueño extraño!

—¿Un buen sueño?

—¿Son buenas o malas las cosas? Ni yo misma lo sé.

—¿Pero por qué te casaste con él?

—Hicieron de mí un regalo que mi cuñado y mi hermana mayor ofrecieron a su amigo.

—¡Lao-san!

— . . .

—¿Por qué murió tan pronto?

—¿Quién puede saberlo? Pobre infeliz, que además causó la desgracia de otros. . .

Como su voz se empañaba, no me

atreví a interrogarla más. Cuando terminé de lavarme, eran las tres. Encendí un cigarrillo y me senté frente a ella. Sin que lo notara, le eché una mirada: la expresión de felicidad de su rostro había desaparecido. Los ojos semicerrados, los surcos profundos en los extremos de la boca y la palidez de su rostro, todo testimoniaba una viudez reciente. Como sin duda estaba absorta en el pasado, no me atreví a interrumpir su meditación y seguí fumando en silencio. Se levantó con lentitud y dijo que se iba. Apenas pronunciada esa frase, ya se hallaba en el umbral. Me levanté precipitadamente para detenerla, pero ella escapó sin volver siquiera la cabeza. Corrí hasta el vestíbulo, diciéndole que me esperara un poco. Sólo después de bajar la escalera levantó sus grandes ojos negros y con voz suave me dijo:

—Hasta mañana.

Desde entonces viene a verme casi todos los días. Nuestra amistad crece. Pero pase lo que pase, cada vez que quiero avanzar un paso, ella retrocede levantando una barrera entre los dos. ¡Qué turbación ha traído a mi corazón! Dicen que los tísicos son particularmente ardientes: debe ser cierto. En realidad yo no puedo resignarme.

Así, pues, hoy la he retenido, de buenas o malas ganas, rogándole que comiera conmigo.

Esta mañana hacía buen tiempo y en la tarde el calor se había extendido como una ola; luego, entre las tres y las cuatro, se vieron jirones de nubes en el cielo; cuando el sol se escondió tras la montaña, se había levantado ya el viento. Afectada sin duda por los cambios de tiempo, se ha vuelto más y más triste. Varias veces ha querido marcharse. A fuerza de ruegos se ha quedado, pero permanece con la cabeza baja, sumida en sus ensueños.

Viene la noche. Desde los rincones apartados, las sombras se alargan arras-trándose. Por la ventana del sur se ve un trozo de cielo nocturno color violeta. Nubes algodonosas flotando bajo pasan en silencio sobre la ventana. Ráfagas de viento penetran en la habitación ululando. Sentados en la oscuridad, sentimos que, aparte de nosotros, todo está muerto. Largo tiempo permanecemos sumidos en este mar lúgubre. De pronto, como un rayo, las lámparas eléctricas lanzan su luz. Me levanto, tomo mi viejo abrigo para cubrir sus hombros, me inclino sobre ella y la tomo entre mis brazos; pero apenas mis labios tocan su mejilla, saliendo de su sueño se levanta y me rechaza con fuerza. Temo que quiera irse y volver a su casa y me apresuro a llegar a la puerta. Está completamente aturdida. Dándome cuenta de ello, empiezo a reír. Vuelve a sentarse. Transcurre un instante. Aunque está seria

todavía, ríe con los ojos. La atmósfera ya no está tan tensa. Luego una sonrisa brilla en los extremos de su boca. Enardecido, me aproximo a ella, la envuelvo con el brazo que aún sostiene el abrigo y con un tono muy suave le digo al oído :

—Lao-san, ¿tienes miedo de mí?... No me atrevo... Vamos a comer.

En silencio se deja besar. Salimos de la habitación y suelto mi brazo. Ella va adelante. Bajamos la escalera y henos ahí en la calle.

Avanzamos en el crepúsculo. Elegimos deliberadamente un camino apartado para evitar la calle P.

Hasta que estamos en el centro de la calle principal no nos atrevemos a hablar ni a marchar al lado. En la calle, los faroles derraman sus luces frías, el viento muge, las hojas caen dando vueltas. Llegamos finalmente al restaurante *Vista al Mar* y subimos a uno de los reservados del tercer piso.

Sus cabellos han sido desordenados por el viento. Sus mejillas enflaquecidas parecen aún más pálidas. Quiere sacarse el abrigo. La convengo de que no lo haga y ordeno que traigan vino. Bebe, va a lavarse y luego quiere descansar. Sólo después de un largo rato se recobra. De nuevo su risa misteriosa y sus miradas fascinantes lanzan efluvios mágicos en el aire frío.

—¡ Hace un poco de frío hoy!

—¿También lo sientes?

—¿Por qué no?

—Me parece que tú estás más frío que el tiempo.

—¡Lao-san!...

—...

—¿Qué te parece aquella noche en Suchow, comparada con ésta?

—Es precisamente lo que yo quería preguntarte.

—Lao-san, fue culpa mía, fue culpa mía...

—...

Calla. Yo tampoco puedo agregar nada. Entonces cuento en voz baja algunos recuerdos de Ming-Te-Li. Hasta el fin de la comida no habla más de diez palabras. Primero he querido recordarle nuestra antigua amistad, pero por la expresión de su rostro no me ha parecido que esté emocionada. Al fin, ya no me quedan más recursos que la fuerza y la súplica. Y rogándole que no vuelva a su casa, la llevo a un hotel situado no lejos de allí.

La noche avanza. El viento sopla con un ruido desgarrador. Después de medianoche, la lámpara eléctrica vuelve a encenderse y su luz redobla mi tristeza. En la pieza el aire se enfría. Ella se ha acostado, sin desvestirse, con la cara vuelta hacia la pared; sólo nos separa una frazada. La beso muchas veces y ella me rechaza

otras tantas. La última vez que me acerco a ella, estalla:

—¡Señor Li, entre nosotros todo ha terminado ya! Si aquel año... tú me hubieras amado tanto como ahora... , yo no estaría sufriendo. Yo, yo... Tú sabes que desde hace tres años yo...

Solloza abiertamente. Hundiendo la cabeza en la frazada, llora a lágrima viva. Mis pensamientos van ya hacia su vida, ya hacia su condición actual, ya hacia el amor que antes sintió por mí, ya hacia mi propia vida de bohemio. Ante sus sollozos, el dolor me clava sus garras y estoy a punto de llorar. Ella llora por espacio de una media hora, mientras yo permanezco inmóvil. Mis deseos se han desvanecido. Cuando deja de sollozar, me inclino sobre ella y le digo con un sentimiento sincero:

—Lao-san, perdóname. Esta noche te he causado daño. Realmente nuestra hora ha pasado. ¡Ha sido algo despreciable lo que te pedía esta noche! ¡Perdóname, Lao-san! No volveré a hacerlo. Te ruego que levantes los ojos y me mires cara a cara. Dime que me perdonas. Quiero olvidar todo el pasado. Tú también tienes que olvidar mi desgraciada actitud de esta noche...

Hablo así, apoyado en su almohada, con los ojos empañados. Ella no dice nada. Sólo después de un rato vuelve la cabeza, levanta los ojos y me da una mirada cargada de reproche e indulgencia. Le estoy

más agradecido que si fuera un condenado a muerte a quien acaban de perdonar. De nuevo se da vuelta. Me tiendo junto a ella y, sin dormir, me quedo a su lado hasta la mañana.

Nos hemos levantado. Ella se ha arreglado. Como de costumbre, me sonrío, mientras yo saboreo gota a gota lágrimas amargas desmentidas por mi risa forzada.

Cuando salimos del hotel, aún se ven las huellas rojas de las nubes que corren hacia el este, nubes barridas por el viento. El sol surge del mar e ilumina con sus rayos oblicuos la calle desierta, donde sólo se ven hojas secas caídas en la tierra. Siguiendo la avenida, llegamos a su casa. Cojo sus manos frías y le digo en voz baja:

—¡Lao-san, cuídate! Me temo que ya no tengamos muchas ocasiones de volvernos a ver. . .

Al decir estas palabras, siento que el corazón se me desgarrá. Me lanza una mirada penetrante. Retirando bruscamente sus manos, huye hacia la casa.

Esta noche fumo, navegando en un barco iluminado por la luna creciente, en compañía de varios meridionales cuyo idioma no comprendo. Fuera, el viento y las olas se agitan, pero nadie les presta atención. Se hacen cálculos sobre la distancia y la fecha de llegada al puerto de H.

LAO SHEH

LAO SHEH nació en Pekín en 1899. En 1924 fue a Londres a enseñar chino en la universidad, y más tarde, en 1946, después de haber regresado a la patria, viajó a los EE. UU., también como profesor. En 1949, apenas producida la Liberación, volvió a China y se sumó a la construcción socialista. Llegó a ser diputado del Congreso Nacional Popular y Vicepresidente de la Federación de Escritores de Pekín.

Entre sus obras más conocidas están las novelas *Rickshaw Boy*, traducida a varios idiomas; *La tempestad amarilla*, y el drama en tres actos *El canal de las barbas del dragón*, escrito con posterioridad a 1949.

Actualmente se desconoce su paradero. Algunos cables han insinuado que durante la "revolución cultural" se habría suicidado arrojándose de un edificio, pero esta noticia no ha sido hasta la fecha verificada.

LA LUNA CRECIENTE

Sí, he vuelto a ver la luna creciente, una helada hoz de oro pálido. Cuántas, cuántas veces me ha tocado verlas, iguales a ésta... Me removi6 muchas emociones, me hizo revivir muchas escenas. Contemplándola desde mi asiento, recordé cada una de las veces que la había visto suspendida del firmamento azul. Despertó mi memoria igual que la brisa del atardecer abre los pétalos de una flor que sólo anhela dormir.

La primera vez, la helada luna creciente de verdad trajo hielo. La primera imagen que guardo de ella es amarga. Recuerdo cómo sus rayos de oro pálido brillaban a través de mis lágrimas. Tenía apenas siete años, una niñita con una chaqueta roja acolchada. Llevaba un sombrero de tela azul con florecillas estampadas que mi mamá me había hecho. Lo recuerdo. Estaba apoyada en el umbral de nuestra pequeña pieza mirando la luna creciente. La pieza estaba llena de olor a medicinas y a humo,

de las lágrimas de mamá, de la enfermedad de mi padre. Sola en esas gradas, miraba la luna. Nadie se preocupaba de mí, nadie me preparaba un plato de comida. Yo sabía que en esa pieza había tragedia, pues todos decían que la enfermedad de papá era... Pero yo me compadecía mucho más de mí misma; tenía frío, hambre y me sentía abandonada.

Permanecí allí hasta que la luna se puso. No tenía nada y no podía contener mis lágrimas. Pero los llantos de mi madre ahogaban los míos. Papá estaba en silencio. Un paño blanco le cubría la cara. Hubiera querido levantar ese paño para mirarlo, pero no me atreví. Había en nuestra pieza muy poco espacio y papá lo ocupaba todo.

Mamá vistió ropa blanca de luto. A mí me pusieron una túnica blanca con los bordes descosidos encima de la chaqueta roja. Lo recuerdo porque me dio por tirar y arrancar los hilos sueltos de las orillas. Había mucho bullicio y llantos doloridos; todos estaban muy ocupados, aunque la verdad es que no había mucho que hacer. Parecía innecesario tanto alboroto. A papá lo colocaron en un ataúd hecho con cuatro tablones delgados, llenos de grietas. Luego, cinco o seis hombres lo sacaron. Mamá y yo caminamos detrás, llorando. Recuerdo a papá; recuerdo su caja de madera. Esa caja significaba su fin. Yo sabía que a menos que pudiera descerrajarla, nunca más

lo iba a ver. Pero la sepultaron muy hondo en la tierra, en un cementerio en las afueras del muro de la ciudad. A pesar de saber exactamente dónde estaba, tuve miedo de que resultara difícil volver a encontrar esa caja. La tierra pareció tragársela como a una gota de lluvia.

Mamá y yo vestíamos nuevamente ropas blancas la vez que volví a ver la luna creciente. Era un día frío y ella me llevaba a visitar la tumba de mi padre. Había comprado unos "lingotes" de oro y plata hechos de papel, para quemarlos y enviárselos a papá al otro mundo. Ese día mamá fue especialmente buena conmigo. Cuando estuve muy cansada, me llevó al apa; en la puerta de la ciudad me compró castañas asadas. Todo estaba helado; sólo las castañas estaban calientes. En vez de comerlas, las usé para calentarme las manos.

No recuerdo cuán lejos caminamos, pero sí que fue muy, muy lejos. El día del entierro no había parecido ni remotamente tan lejos; quizás porque nos acompañaban muchas personas. Esta vez éramos sólo mamá y yo. Ella no hablaba y yo tampoco sentía deseos de decir nada. Había mucha quietud allá afuera. Ni un murmullo se escuchaba por el amarillento camino de polvo.

Corría el invierno y los días eran cortos. Recuerdo bien la tumba: un pequeño montículo de tierra. A la distancia se di-

visaban unas colinas cafés sobre las cuales se reclinaba el sol. Mamá parecía no tener tiempo para mí. Me dejó a un lado y abrazó la cabecera de la tumba y lloró. Me quedé sentada, con las castañas calientes en mis manos. Después de llorar un rato, mamá encendió los lingotes de papel. Las cenizas giraron ante nosotras formando pequeñas espirales y luego cayeron quedadamente a tierra. No corría demasiado viento, pero sí hacía mucho frío.

Mamá comenzó otra vez a llorar. Yo también pensé en mi padre, pero no lloré por él. Fue el doloroso llanto de mamá lo que me arrancó lágrimas. Le tiré la mano y le dije: "No llores, mamá, no llores". Pero ella sollozó con más fuerza y me estrechó contra su pecho.

El sol casi se había puesto y no había una persona más a la vista. Sólo ella y yo. Eso pareció asustarla un poco. Con los ojos lacrimeantes me sacó de ahí. Tras un rato de caminata se volvió a mirar. Yo también, pero ya no podía distinguir la tumba de papá de las otras. En las laderas no había sino tumbas. Cientos de montículos hasta los mismos pies del cerro. Mamá suspiró.

Caminamos y caminamos, a veces rápido, otras con lentitud. No llegábamos aún a la puerta de la ciudad, cuando volví a ver la luna creciente. Todo era oscuridad y silencio a nuestro alrededor. Sólo la luna creciente desprendía un brillo helado.

Me sentía agotada y mamá me llevó. Cómo llegamos a la ciudad, no lo sé. Pero recuerdo vagamente que la luna creciente estaba en el cielo.

A la edad de ocho años ya había aprendido a llevar objetos a la casa de empeños. Sabía que si no regresaba con algo de dinero, mamá y yo no tendríamos nada que comer por la noche. Pero únicamente me mandaba cuando no quedaba ya otro recurso. Si llegaba a entregarme un paquete, era porque no había ya nada en el fondo de la olla. Nuestra olla se encontraba a menudo más limpia que una linda viuda joven.

Una vez tuve que ir a la casa de empeños con un espejo. Parecía ser lo único de que podíamos disponer, a pesar de que mamá lo usaba todos los días. Era primavera y acabábamos de guardar nuestras ropas guateadas. Yo sabía tener cuidado. Con el espejo a cuestas, caminé rápida y cautelosamente hasta la casa de empeños. Ya estaba abierta.

Me atemorizaba la gran puerta roja, ese mostrador alto. Cada vez que veía esa puerta, mi corazón latía con fuerza. Pero de todas formas entraba, aunque tuviera que hacerlo por el alto umbral. Lograba dominarme y entregaba mi paquete, diciendo con voz fuerte: "Quiero empeñar esto". Después de recibir el dinero y la papeleta, me los aseguraba bien y partía a casa apre-

surada. Sabía que mamá estaría preocupándose.

Pero esta vez no quisieron el espejo. Dijeron que tenía que agregarle alguna otra prenda. Yo sabía lo que significaba eso. Me guardé el espejo en la camisa y corrí a casa a todo lo que podían mis piernas. Mamá se echó a llorar. No tenía nada más que empeñar. Aunque siempre había pensado que en nuestra pequeña pieza había muchas cosas, ahora, mientras le ayudaba a mamá a buscar alguna prenda de vestir a la cual pudiera sacarle algo de dinero, me di cuenta de que en verdad no era mucho lo que teníamos.

Mamá decidió no mandarme de nuevo, pero cuando le pregunté qué íbamos a comer, comenzó a llorar y me dio su horquilla de plata. Era el último poquito de plata que le quedaba. Varias veces antes se la había desprendido de la cabeza, pero nunca fue capaz de separarse de ella. Era el regalo de matrimonio que le había hecho mi abuela. Ahora me la pasó —su último poco de plata— para que la empeñara junto con el espejo.

Corrí con todas mis fuerzas a la casa de empeños, pero la gran puerta estaba ya muy cerrada. Apretando la horquilla de plata, me senté sobre las gradas y lloré suavemente, sin atreverme a hacer demasiado ruido. Levanté mi vista al cielo: ¡Ah! Ahí estaba de nuevo la luna creciente, bri-

llando a través de mis lágrimas. Lloré durante mucho rato, hasta que mamá emergió desde las sombras y me tomó de la mano. Qué mano rica y cálida. Me hizo olvidar todos mis pesares, hasta el hambre y la desilusión. Mientras la mano cálida de mamá sujetara la mía, todo estaba bien.

—Mamá —dije entre sollozos—, vamos a casa a dormir. Mañana temprano vendré otra vez.

Ella no dijo nada. Después de caminar un poco, volví a hablarle:

—Mamá, ¿ves la luna creciente? El día en que murió papá colgaba curvada igual que ahora. ¿Por qué siempre está tan inclinada?

Ella guardó silencio. Pero hubo un ligero temblor en su mano.

Durante el día entero, mamá lavaba las ropas de otras gentes. Yo quería ayudarla, pero no había manera. Me quedaba esperándola, sin irme a dormir, hasta que hubiese terminado. A veces seguía fregando hasta después que había salido la luna creciente. Esos calcetines hediondos, duros como cuero de vaca, los traían vendedores y empleados de las tiendas. Cuando terminaba de lavarlos, a mamá ya no le quedaba nada de apetito.

Yo solía sentarme junto a ella, mirando la luna, observando a los murciélagos revolotear a través de sus rayos como enormes castaños de agua que relampagueaban

en el claro plateado y caían luego, rápidamente, a la oscuridad.

Mientras más compadecía a mamá, más amaba a la luna creciente. El contemplarla me aliviaba siempre el corazón. Más que nada la amaba en el verano, cuando era tan fresca, tan helada. Amaba las sombras tenues que arrojaba sobre el suelo, aunque se desvanecieran muy pronto, suaves y vagas, dejando la tierra muy oscura y las estrellas muy luminosas y las flores muy fragantes. Nuestros vecinos tenían muchas matas de flores. Los brotes de una alta acacia caían a nuestro patio y cubrían el suelo como una capa de nieve.

Las manos de mamá se pusieron duras y escamosas. Se sentían maravillosas cuando me frotaba la espalda, pero no me gustaba causarle molestias, porque el agua le tenía las manos hinchadas. Había adelgazado, también; a menudo no podía probar bocado después de lavar esos calcetines apestosos. Yo sabía que estaba buscando una salida. Lo sabía porque, apartando a un lado un montón de ropa, se perdía en sus pensamientos. A veces hablaba consigo misma. ¿Qué planeaba? Eso no podía yo adivinarlo.

Mamá me dijo que fuera buena y que le dijera "papá": me había encontrado otro padre. No quiso darme la cara cuando me lo contó, porque en sus ojos había lágrimas.

—No puedo dejar que te mueras de hambre —dijo también.

¿De modo, entonces, que era para impedir que me muriese de hambre que me había encontrado otro padre? No lo comprendí bien y tuve un poco de miedo. Pero también tuve algo como esperanzas: a lo mejor era cierto que se terminaba el hambre.

¡Qué coincidencia! Cuando nos íbamos de nuestro minúsculo departamento, de nuevo, suspendida del cielo, estaba la luna creciente. Más luminosa y atemorizante de lo que jamás la hubiera visto. Dejé la pequeña habitación a la que tanto me había acostumbrado. Mamá iba sentada en un palanquín nupcial rojo. Delante de ella marchaban varios músicos que soplaban muy mal sus instrumentos. El hombre y yo seguíamos detrás. Me llevaba de la mano. La luna creciente emanó rayos tenues que parecieron temblar en la brisa fresca.

Las calles estaban desiertas y sólo circulaban unos cuantos perros vagos ladrándoles a los músicos. El palanquín nupcial se movía muy de prisa. ¿Dónde iba? ¿Transportaba a mamá fuera de la ciudad, al cementerio? El hombre me llevaba tan rápido que apenas podía respirar. No podía ni llorar. La sudorosa palma de su mano estaba helada como un pescado. Quise llamar a mi mamá, pero no me atreví. La luna creciente parecía un enorme ojo a

medio cerrar. Poquito después el palanquín entró por una callejuela.

Durante los tres o cuatro años que siguieron no vi jamás la luna creciente.

Mi nuevo papá era muy bueno conmigo. Tenía dos piezas. El y mamá ocupaban la del interior; yo dormía en la de afuera, en un jergón. Al principio quise seguir durmiendo con mamá, pero después de unos días empecé a amar mi cuartito. Las paredes eran de yeso blanco y había una mesa y una silla. Todo parecía pertenecerme. Mi ropa de cama era también más gruesa y abrigadora.

Poco a poco mamá fue aumentando de peso. El color le volvió a las mejillas y de sus manos desaparecieron las escamas. En mucho tiempo no había pisado la casa de empeños. Mi nuevo papá me puso en el colegio. A veces hasta jugaba conmigo. Aunque me gustaba mucho, no sé por qué simplemente no podía decirle "papá".

El parecía comprender y se limitaba a sonreírme burlonamente. Sus ojos desprendían entonces mucha cordialidad. Mi madre me instaba en privado a que lo llamara papá. Y verdaderamente yo no quería ser terca. Sabía que a él le debíamos mamá y yo tener qué comer y qué ponernos. Comprendía todo eso.

Sí, durante tres o cuatro años no recuerdo haber visto la luna creciente; o a lo mejor la vi y no recuerdo.

Pero nunca pude olvidar la luna creciente que vi cuando murió mi padre, o la que marchaba delante del palanquín nupcial de mamá. Esa luz pálida y fría permanecerá siempre en mi corazón, luminosa y fresca como una pieza de jade. A veces, cuando pienso en ella, hasta me parece que bastaría con estirar una mano para tocarla.

Me encantaba ir a la escuela. Tenía la sensación de que el patio estaba lleno de flores, aunque en realidad no era así. Sin embargo, cuando pienso en la escuela, evoco flores. Igual que cuando pienso en la tumba de papá, evoco la luna creciente en las afueras de la ciudad. . . , colgando curvada en el viento que sopla los campos.

A mamá también le encantaban las flores. No se podía dar el lujo de comprarlas, pero cuando alguien llegaba a mandarle, no dejaba de prendérselas en el cabello. Una vez tuve la ocasión de recoger unas cuantas para ofrecérselas. Con flores frescas en el cabello, se veía sumamente joven desde atrás. Ella era feliz, y también yo.

Ir a la escuela me produjo siempre mucho placer. Quizás sea por esto que cada vez que pienso en ella evoco las flores.

El año en que debía graduarme de la escuela primaria, mamá volvió a mandarme a la casa de empeños. No sé por qué mi nuevo papá nos dejó de repente. Mamá

parecía no saber, tampoco, dónde se había marchado. Me dijo que siguiera asistiendo a la escuela; pensaba que posiblemente él regresaría pronto.

Pasaron muchos días y no dio señales. Ni siquiera escribió. Tuve miedo de que mamá se viera obligada a lavar calcetines sucios de nuevo y me sentí muy mal.

Pero mamá tenía otros planes. Aún vestía muy bien y llevaba flores prendidas en el cabello. ¡Extraño! No lloraba; en verdad, andaba siempre sonriente. ¿Por qué? No lo comprendía. Varios días, al llegar de la escuela, la encontré parada junto a la puerta. No mucho después, los hombres empezaron a festejarme en la calle.

—¡Oye, dile a tu mamá que pronto iré a verla!

—Tierna jovencita, ¿estás dispuesta hoy?

Quemándome como fuego el rostro, dejé caer la cabeza hasta donde ya no podía estar más baja. Ahora sabía, pero nada estaba en mis manos hacer. No podía interrogar a mamá; no, no podía hacer eso. Era demasiado buena conmigo, siempre urgiéndome: "Lee tus libros, estudia duro".

Sin embargo, ella misma era analfabeta. ¿Por qué se empeñaba tanto en que yo estudiara? Tenía mis sospechas. Pero luego pensaba: "Lo hace porque no tiene otra salida". Cuando tenía estas sospechas

hubiera querido insultarla. Otras veces, quería abrazarla y rogarle que no siguiera haciendo esas cosas.

Me odiaba a mí misma por no ser capaz de ayudar a mi mamá. Me preocupaba. Además, ¿de qué iba a servir cuando me graduara de la escuela primaria? Mis compañeras decían que varias graduadas del año anterior eran ahora concubinas, y unas cuantas, decían, estaban trabajando en "oscuros umbrales". Yo no entendía mucho de estas cosas, pero por lo que hablaban mis compañeras, deducía que se trataba de algo malo. Las chicas de mi curso parecían saberlo todo; les encantaba comadrear acerca de cosas que sabían perfectamente que no eran decentes. Se sonrojaban y a la vez parecían muy satisfechas.

Mis dudas sobre mamá crecieron. ¿Acaso esperaba que yo me graduara para hacerme...? Cuando tenía estos pensamientos, no me atrevía a llegar a casa. Me daba miedo enfrentar a mamá. Los centavos que me daba para comprar bocadillos prefería ahorrarlos, de modo que me iba a clases de educación física con el estómago vacío. A menudo sufría fatigas. Cómo envidiaba a las otras cuando mascaban sus pasteles. Pero yo tenía que ahorrar dinero. Con un poco que tuviera, podía escaparme, si es que mamá insistía en que yo...

Lo que más logré juntar no pasó nun-

ca de diez o quince centavos. Aun durante el día miraba al cielo buscando mi luna creciente. Si la miseria que tenía dentro del corazón podía compararse a algo físico, era a esa luna creciente... que desvalida y sin apoyos colgaba del cielo azulgris, siendo pronto sus tenues rayos tragados por la oscuridad.

Lo que peor me hacía era sentir que lentamente iba aprendiendo a odiar a mamá. Sin embargo, cada vez que la odiaba, me era imposible evitar el recuerdo de cuando me cargó al apa para visitar la tumba de mi padre... Y entonces ya no podía seguir odiándola; aunque era como una necesidad. Mi corazón... , mi corazón era como esa luna creciente: capaz sólo de brillar durante breves momentos, circundado de una oscuridad negra y sin límites.

Los hombres llegaban ahora a menudo al cuarto de mamá; ya no trataba ella de ocultármelo. A mí me miraban como perros: babeantes y con las lenguas colgando. A sus ojos yo era un bocado más sabroso aún que mamá. Me daba bien cuenta.

En poco tiempo llegué a comprender muchas cosas. Supe que tenía que protegerme. Sentía que mi cuerpo era dueño de algo precioso; estaba consciente de mi fragancia. Tenía vergüenza; me desgarraba una emoción tras otra. Existía en mí una

fuerza que igual podía servir para protegerme que para destruirme. A veces me hallaba firme y segura; otras, débil, indefensa, confusa.

Quería amar a mamá. Eran tantas las cosas que deseaba preguntarle. Necesitaba su apoyo. Pero era justo entonces cuando tenía que evitarla, odiarla... o perder mi propia existencia.

Echada insomne sobre mi cama, consideraba el asunto con mucha calma y comprendía que mamá era digna de lástima. Ella tenía que velar por la alimentación de las dos. Pero luego me preguntaba cómo podía comer los alimentos que ella ganaba de ese modo.

Así cambiaba mi ánimo, como un viento invernal que hacía un alto para luego soplar más fieramente que nunca. Tranquila observaba cómo dentro de mí crecía la furia, y no tenía fuerzas para detenerla.

Antes de haber dado con una solución, las cosas empeoraron. Mamá me preguntó: "¿Y?" Si de veras la quería, dijo, debía ayudarla. De otra manera no iba a poder seguir haciéndose cargo de mí. No parecían éstas palabras que pudiera decir una mamá; sin embargo las dijo, y para clarificar el asunto agregó:

—Estoy envejeciendo. En un año o dos, los hombres no me querrán ni gratis.

Era cierto. Ultimamente, ni todos los polvos que usara lograban ocultar sus

arrugas. No tenía ya las energías para agasajar a muchos hombres; estaba pensando en entregarse a uno solo. Porque había uno que la quería. El que manejaba la panadería. Ella podía irse derechito donde él. Pero yo ya era una niña grande y no podía seguir el palanquín nupcial como lo hice de chica. Tendría que cuidarme sola. Si consentía en "ayudar" a mamá, no sería necesario que ella lo buscara. Yo podía ganar para las dos.

Y aunque estaba muy dispuesta a ganar dinero, el solo hecho de pensar en cómo quería ella que lo ganara me hacía temblar. Yo no sabía casi nada. ¿Cómo iba a venderme igual que una mujer madura?

El corazón de mamá era duro, y la necesidad de dinero, más dura aún. Yo no estaba obligada a seguir tal o cual camino. Podía elegir. O le ayudaba, o cada una cortaba para su lado. Mamá no lloraba. Hacía mucho tiempo que sus ojos se habían secado.

¿Qué hacer?

Hablé con la directora de mi escuela, una mujer maciza de unos cuarenta, no demasiado brillante, pero sí cálida y generosa. Yo estaba verdaderamente en apuros; de otro modo, ¿cómo podía haber dicho nada sobre mamá?... En realidad, no conocía demasiado a la directora y cada palabra que pronuncié me quemó la garganta como una bola de fuego. Tartamu-

deando, me llevó mucho rato soltar lo que tenía que decir.

La directora aseguró que estaba dispuesta a ayudarme. No podía darme dinero, pero sí podía ofrecerme dos comidas diarias y un lugar para residir, con una vieja sirvienta que vivía en la escuela. Dijo que más adelante, cuando hubiera mejorado mi caligrafía, podría ayudar en sus labores al escribiente.

Dos comidas diarias y un lugar para vivir... Eso resolvía el problema mayor. Ya no seguiría siendo una carga para mamá.

Esta vez mamá no se fue sobre un palanquín nupcial. Simplemente tomó un *rickshaw* y se perdió en la noche. Me dejó mi ropa de cama.

Trató de no llorar cuando partía, pero las lágrimas de su corazón asomaron igual, después de todo. Sabía que yo no podría visitarla, yo, su propia hija. Y en cuanto a mí, ya se me había olvidado la manera correcta de llorar... Sollocé boquiabierta, las lágrimas ahogándome el rostro. Yo era su hija, su amiga, su consuelo. Pero no podía ayudarla, a menos que hubiese consentido en algo que simplemente no podía hacer.

Después que partió, permanecí sentada, pensando. Madre e hija éramos como una pareja de perros perdidos. Por satisfacer nuestras bocas, debíamos aceptar to-

da clase de sufrimientos, como si ni una sola otra parte del cuerpo importara lo más mínimo; únicamente nuestras bocas. Teníamos que vender todo el resto de nosotras para alimentar nuestras bocas.

Yo no odiaba a mamá. Yo comprendía. La culpa no era suya, porque no se le podía reprochar que tuviera una boca. La culpa era de los alimentos. ¿Con qué derecho se nos privaba de ellos?

El recuerdo de dificultades pasadas me invadió de nuevo. Pero la luna creciente, tan familiar a mis lágrimas, no apareció esta vez. Estaba oscuro como boca de lobo, no brillaban ni siquiera las luciérnagas. Mamá había desaparecido en esa oscuridad como un fantasma, silenciosa, sin sombra. Si hubiera de morir mañana, pensé, no se la podría enterrar junto a papá. Yo ni siquiera hubiera sido capaz de encontrarle una tumba. Ella era mi única mamá, mi única amiga. Ahora me quedaba sola en el mundo.

Nunca pude volver a verla. En mi corazón, el amor murió como una flor de primavera helada por la escarcha. Me esmeré en practicar caligrafía para poder ayudar al escribiente a copiar los documentos menores para la directora. Tenía que hacerme útil: me estaban alimentando y no podía ser igual que mis otras compañeras de curso, que no hacían durante el día nada, sino observar a los demás: lo que comían,

lo que se ponían, lo que hablaban. Me concentré en mí misma y mi única amiga fue mi sombra. "Yo" era en lo que siempre pensaba, porque nadie me amaba. Yo sí me amaba, me compadecía, me estimulaba, me reprendía, todo, a mí misma. Llegué a conocerme como si hubiese sido otra persona.

Mi cuerpo fue cambiando de un modo que no sólo me asustaba y me complacía, sino que además me dejaba perpleja. Cuando me tocaba los senos con mis manos, era como acariciar flores delicadas y tiernas.

Sólo mi presente me importaba. El futuro no existía. No osaba pensar en mucho después. Debido a que estaba comiendo los alimentos que me daban, era preciso que supiese cuándo era el mediodía y cuándo llegaba la noche. De otro modo, ni siquiera hubiese pensado en el tiempo. Cuando no hay esperanzas, no hay tiempo. Parecía estar amarrada a un lugar que no tenía días ni meses. Sólo cuando pensaba en lo que había sido mi vida con mamá, sabía que durante quince o dieciséis años tuve existencia. Mis compañeras estaban siempre esperando las vacaciones, las festividades, el Año Nuevo. ¿Qué tenían que hacer conmigo estas cosas?

Pero mi cuerpo continuaba madurando. Lo palpaba y me confundía. No podía confiar en mí misma. Sabía que me estaba

volviendo más y más hermosa. La belleza aumentaba mi estatura social y esto me producía consuelo. . . hasta que recordaba que jamás había tenido ninguna estatura social; entonces el consuelo se hacía agrio, aunque siempre terminaba por sentirme orgullosa de mi aspecto. ¡Pobre, pero hermosa! De pronto me sacudió una idea aterradoras: también mamá era bonita.

Durante mucho tiempo no vi la luna creciente. Tenía deseos de verla, pero no osaba mirar. Me había graduado y seguía viviendo en la escuela. En las noches quedaba sola con dos viejos sirvientes, un hombre y una mujer. No sabían bien cómo tratarme. Yo ya no era alumna, pero tampoco era profesora, ni sirvienta, aunque en algunos aspectos lo parecía. Por las noches vagaba sola en el patio y a menudo era la luna creciente la que me obligaba a retirarme a mi habitación, porque no tenía el valor de afrontarla. En la pieza, sí, la imaginaba, en especial cuando soplabas un poco de brisa. La brisa parecía soplar esos rayos tenues directamente en mi corazón, haciéndome recordar el pasado, intensificando mis presagios de tragedia. Mi corazón era como un murciélago a la luz de la luna: una cosa oscura, a pesar de la luz; negro, aun cuando pudiese volar, siempre negro. Yo no tenía esperanzas. Pero no lloraba. Tan sólo arrugaba la frente.

Gané algunos yinyuanes tejiendo para

algunas alumnas. La directora me lo permitía, pero no era mucho lo que podía ganar, ya que también ellas sabían tejer y sólo cuando estaban muy ocupadas me pedían que les tejiera. Hacerlo me aligeraba el corazón. Hasta llegué a pensar que si mi mamá pudiese volver, yo sería capaz de mantenerla. Cuando contaba el dinero, me daba cuenta de que esto no era más que un sueño ocioso. Sin embargo, me hacía sentirme mejor. Deseaba encontrarla. Si ella quisiera verme, de seguro que se vendría conmigo. Nos entenderíamos, pensaba yo. Pero la verdad es que no llegaba a creerlo totalmente. Todo el tiempo pensaba en mamá. A menudo la veía en mis sueños.

Un día fui con las alumnas a un paseo campestre. De regreso, debido a que se hacía tarde, cortamos camino por una callejuela. ¡Ahí vi a mamá! En el lado de afuera de la panadería había un gran canasto con un enorme objeto de madera pintado de blanco, semejando pan al vapor. Mamá estaba sentada junto al muro tirando y empujando una palanca que avivaba el fuego en el horno. Aun a bastante distancia vi a mamá y vi ese blanco pan de madera. A ella la reconocí por la espalda. Quise arrojarme encima y abrazarla. Pero no me atreví. Temí a las burlas de las alumnas. No iban a dejarme tener una mamá como ésa.

Nos acercamos más y más. Agaché la cabeza y la miré a través de mis lágrimas. Ella no me vio. Todo el grupo pasó rozándola. Concentrada en tirar la palanca del fuelle, obviamente no veía nada.

Cuando la habíamos dejado muy atrás, me volví a mirarla. Aún manejaba esa palanca. No vi claramente sus rasgos; tuve sólo la imagen de unos cuantos mechones perdidos que le caían sobre la frente. En mi mente anoté el nombre de la callejuela.

Era como si un bicho me estuviera royendo el corazón. O veía a mamá, o no tendría nunca paz.

Precisamente en esos días fue designada otra directora para la escuela. La gorda señora que se iba me dijo que mejor fuera haciéndome otros planes. Mientras ella estuviese ahí, me podía dar comida y alojamiento, pero no podía garantizarme que la nueva directora estuviese dispuesta a hacer lo mismo.

Conté mi dinero. En total, tenía dos yinyuanes y setenta y tantos centavos. Alcanzaba para no morirme de hambre durante unos cuantos días. ¿Pero dónde iba a ir?

Era absurdo permanecer sentada y afligida. Había que buscar una solución.

Ir a ver a mamá: ésa fue mi primera idea. ¿Pero podía ella acogerme? De no poder, era posible que se provocara una pelea entre ella y el panadero; al menos

la haría sentirse muy mal. Tenía que pensar las cosas según el punto de vista de ella. Era mi madre y, sin embargo, no lo era. Estábamos separadas por una muralla de pobreza.

Después de darle muchas vueltas, decidí no ir a verla. Tenía que sobrellevar sola mis propias cargas. ¿Cómo? No lo sabía. El mundo parecía muy chico: no había lugar para mí y mi pequeño rollo de cama. Hasta un perro contaba con mejores posibilidades. Podía echarse a dormir en cualquier parte. A mí no me permitirían dormir en la calle. Sí, yo era una persona, pero una persona era menos que un perro.

¿Y si me negaba a irme? ¿Me echaría la nueva directora? No podía esperar eso. Era primavera. Veía las flores y las hojas verdes, pero no sentía ni una pizca de calor. El rojo de las flores y el verde de las hojas eran sólo colores para mí; no significaban nada especial. La primavera, en mi corazón, estaba fría y muerta. No quería llorar, pero de mis ojos brotaban solas las lágrimas.

Me fui a buscar trabajo. No pensaba ir donde mamá. No pensaba depender de nadie. Iba a ganarme yo sola mi comida.

Esperanzada, busqué durante dos días enteros. Pero volví con una cosecha de polvo y lágrimas. No había trabajos que yo pudiera realizar. Fue entonces cuando comprendí verdaderamente a mamá, cuando

verdaderamente la perdoné. Al menos ella había lavado calcetines fétidos. Ni de eso era yo capaz. Mamá se había ido por el único camino que le quedaba abierto. Los conocimientos y la moral que aprendí en la escuela eran sólo bromas, juguetes para gentes con el estómago lleno y tiempo que gastar. Las estudiantes no me permitirían tener una mamá así; despreciaban a las mujeres que se vendían. Estaba bien: ellas comían regularmente.

Me decidí: haría cualquier cosa por el solo hecho de que alguien me alimentara. Mamá era admirable. No, no me mataría, aunque también lo había pensado. Yo quería vivir. Era joven, hermosa, quería vivir. Si algo había de que avergonzarse, eso no sería obra mía.

Pensar así era casi como haber encontrado ya un trabajo. Me atreví a caminar por el patio a la luz de la luna. Una luna creciente primaveral se suspendía del cielo. La vi y me pareció hermosa. El cielo estaba azul y oscuro, sin la sombra de una nube. Luminosa y cálida, la luna creciente bañaba las ramas de un sauce con sus suaves rayos. Una brisa, cargada con la fragancia de las flores, mecía la sombra de las ramas del sauce entre el rincón iluminado del patio y la oscuridad. La luz no era fuerte; las sombras no eran profundas. La brisa soplaba tiernamente. Todo estaba cálido, adormecido, pero en ligero movimien-

to. Bajo la luna y sobre los sauces, un par de estrellas como los sonrientes ojos de un hada hacían guiños maliciosos a esa oblicua luna creciente y a esas colgantes ramas que se arrastraban. Un árbol junto al muro era una galaxia de brotes blancos. A la luz de la luna, la mitad del árbol era blanca como nieve; la otra mitad estaba vetada con suaves sombras grises. Un cuadro de increíble pureza.

“Esa luna creciente es el comienzo de mi esperanza”, me dije.

Fui otra vez a ver a la directora gorda, pero no la hallé en casa. Un joven me hizo pasar. Era muy buen mozo, muy cordial. En general les temo a los hombres, pero este joven no me asustó ni pizca. No pude dejar de contestar a sus preguntas: tan atractiva era su sonrisa. Le dije por qué deseaba ver a la directora. Se mostró muy preocupado y prometió ayudarme.

Esa misma noche vino y me dio dos yinyuanes. Cuando traté de rechazarlos, me dijo que eran de su tía, la directora. Ella me había encontrado ya un lugar donde vivir, agregó; podía cambiarme al día siguiente. Al comienzo tuve mis sospechas, pero sus sonrisas me perforaron el corazón. Sentí que no era justo dudar de una persona tan considerada, tan encantadora.

Sus labios risueños se posaron en mi mejilla, y vi a la luna creciente, sonriendo

también, sobre sus cabellos. La intoxicada brisa primaveral había abierto un claro en las nubes para revelar la luna creciente y un par de estrellas de primavera. Las ramas colgantes de los sauces agitaban la orilla del río, las ranas croaban sus cantos de amor, la fragancia de los juncos jóvenes llenaba la noche primaveral. Escuchaba el agua corriente que nutría a esos juncos jóvenes para que pronto crecieran y se pusieran fuertes. Los brotes nuevos surgían de la tierra cálida y húmeda; todo cuanto tuviera absorbía la vitalidad de la primavera y emanaba un primoroso perfume.

Me olvidé de mí. No tenía yo. Parecía disolverme en esa gentil brisa primaveral, en esos débiles rayos de luna. De pronto una nube cubrió a la luna. Había perdido a la luna creciente y también me había perdido a mí misma. ¡Era igual que mamá!

Me sentía arrepentida y sin embargo aliviada. Quería llorar, pero estaba muy feliz. No sabía qué sentía. Quería irme y no verlo nunca más. Pero lo tenía siempre en mis pensamientos y me sentía sola sin él.

Vivía sola en un pequeño cuarto. El me visitaba todas las noches: siempre hermoso, siempre tierno. Me proveía de alimentos y me compraba ropa. Cada vez que me ponía un vestido nuevo, me daba cuenta de que era linda. Detestaba los tra-

pos, pero no toleraba la idea de no tenerlos.

No osaba pensar. Era demasiado indolente para pensar. Aturdida, deambulaba a la deriva, con las mejillas coloreadas. No sentía ganas de arreglarme, pero debía hacerlo, porque no había otra forma de matar el tiempo. Mientras iba poniéndome los atavíos, adoraba mi imagen en el espejo; luego, al terminar, me odiaba a mí misma.

Las lágrimas acudían ahora fácilmente a mis ojos, aunque siempre me las arreglaba para no llorar. Mis ojos —siempre húmedos y refulgentes— se veían hermosos.

A veces lo besaba con furia y luego lo hacía alejarse y hasta lo insultaba. El jamás dejaba de sonreír.

Desde el comienzo supe que no había esperanzas. Cualquier jirón de nube podía cubrir una luna creciente. Mi futuro era sombrío.

Por cierto que poco después, a medida que la primavera se fundía en el verano, mi sueño primaveral terminó.

Una mañana, cerca del mediodía, vino a verme una dama joven. Era muy hermosa, a la manera inanimada de una muñeca. Entrando en la pieza, comenzó de inmediato a llorar. No era necesario que me dijera nada. Yo ya lo sabía.

No venía a armar escándalo, ni tampoco

co estaba yo dispuesta a pelear. Parecía sencilla y honesta. Entre llantos, me tomó la mano.

—¡Nos engañó a las dos! —dijo.

Primero pensé que sería también una “novia”. Pero no; era su mujer. Y no estaba allí para increparme. Lo único que hacía era repetir: “¡Por favor, déjelo!”

Yo no sabía qué hacer. Sentí mucha pena por la joven. Finalmente consentí y ella se encendió de pronto en sonrisas. Parecía muy franca y bastante ingenua. Lo único que sabía era que no quería perder a su esposo.

Caminé durante horas por las calles. Bien fácil había sido acceder a las peticiones de la joven esposa, pero ¿qué hacía yo ahora? No quería las cosas que él me había dado. Puesto que nos separábamos, el rompimiento tenía que ser completo. Pero esas cosas eran todo cuanto yo poseía. ¿Dónde me iba? ¿Lograría comer algo ese día? Los regalos que me había hecho valían por lo menos algo de dinero. Muy bien, me quedaba con ellos. No tenía alternativa.

Me mudé tranquilamente. Aunque no sentía arrepentimiento, había en mi corazón un vacío. Era como una nube a la deriva y solitaria.

Arrendé una pieza pequeña. Luego me acosté y dormí toda la noche.

Yo sabía ahorrar, porque desde chica había aprendido lo que era el precio del

dinero. Por eso aún me quedaba un par de yinyuanes, pero decidí en el acto salir a buscar trabajo. Aunque las esperanzas eran pocas, me pareció el camino más seguro.

Pero conseguir trabajo no se había hecho más fácil por tener yo un año más, o dos, que la vez anterior. Seguí intentando, no porque creyera que podía resultar, sino por considerarlo el mejor proceder.

¿Por qué era tan difícil para una mujer ganarse la vida? Mamá tuvo razón. Había tomado el único camino abierto a una mujer. Aunque sabía que no muy lejos me estaba esperando, no quise aún tomar ese camino.

Mientras más luchaba, más miedo me venía. Mi esperanza era como la luz de la luna nueva; dentro de un rato se habría desvanecido.

Dos semanas después, a punto ya de entregar las armas, hice cola con otras muchachas en un restaurante barato, muy pequeño. El jefe, que nos examinaba, era muy grande. Nosotras formábamos un puñado bastante atractivo de adolescentes, pero tuvimos que esperar que ese gordo y arruinado jefe eligiera a una, como si se hubiese tratado de un emperador.

Me eligió a mí. Aunque no estaba en absoluto agradecida, en ese momento no pude evitar un sentimiento de satisfacción. Todas las muchachas parecieron envidiar-

me. Algunas partieron sollozando. Otras reclamaban acezantes: "¡Cómo pueden valer tan poco las mujeres!"

Así pasé a ser la segunda camarera del pequeño restaurante. No sabía nada de cómo se sirven las mesas y tuve un poco de miedo. La camarera principal me dijo que no me preocupara. Tampoco ella se preocupaba. Dijo que era el mozo quien se encargaba de eso. Todo lo que la camarera tenía que hacer era servir el té, pasar las toallitas húmedas para la cara y presentar la cuenta al final de la comida.

Curioso. La camarera principal usaba las mangas recogidas hasta los codos, pero los forros blancos se veían bastante limpios. Atado a la muñeca tenía un pañuelo de fantasía bordado con las palabras "hermanita, te amo". Estaba siempre empolvándose la cara, y el lápiz labial le daba a su boca grande el aspecto de un cucharón rojo. Cuando le encendía el cigarrillo a algún cliente, apretaba la rodilla contra su pierna. También servía los tragos; a veces ella misma se tomaba uno. Con ciertos clientes era muy atenta; a otros simplemente los ignoraba. Tenía su modito de pestañar haciéndose la que no los veía. A éstos era yo quien debía atenderlos.

Yo les temía a los hombres. Esa pequeña experiencia mía me había enseñado: con o sin amor, los hombres eran unos monstruos. Y los clientes de nuestro res-

taurante eran especialmente repulsivos. Arrebataban la cuenta con mucha pompa, jugaban bulliciosos juegos alcohólicos y comían como cerdos. Protestaban por los más insignificantes detalles y decían groserías y se encolerizaban.

Al servirles el té o pasarles los paños húmedos, yo mantenía la cabeza gacha y me sonrojaba. Me hablaban y pretendían hacerme reír, pero yo no quería tener nada que ver con ellos. A las nueve, cuando terminó mi primer día de trabajo, estaba exhausta. Me fui a mi cuartucho y me tendí sin siquiera quitarme la ropa, y dormí hasta el día siguiente. Al despertar me sentía mejor. Estaba manteniéndome yo sola, ganando mi propia subsistencia. Me presenté al trabajo muy temprano.

Cuando apareció la camarera principal, después de las nueve, hacía ya dos horas que yo estaba trabajando. Displicentemente, pero no del todo descortés, me explicó:

—No es preciso que llegues tan temprano. ¿Quién come aquí a las ocho de la mañana? Y otra cosa, gatita lánguida, no andes siempre con la cara tan larga. Te contrataron como camarera, no como plañidera funeraria. Sigue así, todo el tiempo con la cabeza gacha, y verás que nadie pide tragos extras. ¿Para qué crees que estás aquí? Tampoco es así como debes vestirtę. Debieras usar vestido de cuello alto. . . ¿Y

dónde está tu pañuelo de gasa? ¡Ni siquiera pareces camarera!

Yo sabía que sus intenciones eran buenas. No sonriéndoles a los clientes, perdía yo y perdía ella, ya que todos nos repartíamos las propinas por partes iguales. No la miraba en menos; en un sentido hasta la admiraba, porque sabía cómo ganar dinero. Adular a los hombres era la única forma en que podía arreglárselas una mujer.

Sin embargo, yo no quería imitarla, aunque veía con suficiente claridad que podía llegar el día en que tuviera que ser aun más libre y fácil que ella para ganar mi sustento. Pero eso sólo vendría a ocurrir cuando todos los otros medios hubiesen fallado. El "último recurso" era un acecho constante para las mujeres. Lo único que yo hacía era mantenerlo en espera un poco más.

Enojada, apreté los dientes y seguí luchando. Pero el destino de una mujer jamás está en sus manos. Tres días después el jefe me hizo la advertencia: me daba dos días de plazo. Si el puesto me interesaba, tendría que comportarme como la camarera principal. Medio en broma, ella también me lanzó una insinuación:

—Uno de los clientes ha preguntado mucho por ti. ¿Por qué no te sueltas un poco y dejas de hacerte la muda? Todas conocemos las ventajas. Las camareras pueden casarse con gerentes de banco, ha

habido casos. No somos tan poca cosa. Si no nos ponemos demasiado tercas, podemos dar vueltas en un maldito automóvil con los mejores tipos.

Eso me hizo arder la sangre.

—¿Cuándo te has subido tú a un automóvil? —le pregunté.

Su enorme boca roja se abrió tanto por la sorpresa, que creí que se le iba a desprender la mandíbula. Entonces estalló:

—No seas insolente. Cualquiera diría que tienes blanco el trasero. ¡ Si fueras una dama, no estarías aquí!

Renuncié. Cobré mi pago —un yinyuán y cinco centavos— y me fui a casa.

La sombra final había dado otro gran paso hacia mí. Para evitarla, tenía primero que acercármele más. No me importó perder el trabajo, pero verdaderamente le temía a esa sombra. Sabía cómo venderme. Durante aquel asunto aprendí bastante acerca de las relaciones entre hombre y mujer. Lo único que una muchacha tenía que hacer era aflojar un poco su firmeza para que los hombres la olieran y llegaran corriendo. Lo que querían era carne; satisfechas ya sus ansias, te alimentaban y te vestían durante un tiempo. Después podían insultarte y pegarte y cortarte la mesada.

Así es la cosa cuando una muchacha se vende. A ratos está muy satisfecha. He sentido eso yo misma. Todo es por un

tiempo dulce palabrería de amor; después te deprimes y te duele todo. Cuando te vendes a un solo hombre, recibes al menos palabras de amor y felicidad. Pero cuando te pones en venta para el público general, no recibes ni siquiera eso. Entonces escuchas un montón de palabras que mamá nunca quería decir.

El grado de temor era distinto también. Aunque no pude aceptar los consejos de la camarera principal, no le temía tanto a algún asunto privado con un solo hombre. No es que estuviera pensando en venderme. Tampoco tenía la necesidad de un hombre: no había cumplido aún los veinte. Pero pensaba que sería bueno andar con alguien. ¡Cómo iba a saber que a las cuantas veces de salir con un nuevo amigo, habría él de exigir aquello que yo más temía entregar!

Era cierto que una vez me había abandonado a la brisa de primavera y dejado a un joven hacer su voluntad. Pero más tarde supe también que él, hipnotizándome con sus palabras de miel, se había aprovechado de mi inocencia. Al despertar comprendí que no era más que un sueño vacío, sin nada que mostrar, sino unas cuantas comidas y algo de ropa nueva. No quería volver a ganarme así mis alimentos. La comida era un objeto natural y práctico que debía ganarse de un modo natural y práctico. Pero si esto resultaba imposible, a

una mujer no le quedaba otra que reconocer que era una mujer, y vender su carne.

Pasó más de un mes y aún no podía encontrar otro trabajo.

Me topé con algunas de mis compañeras de curso. Unas pocas habían pasado a la escuela media; otras vivían simplemente en sus casas. No me interesaron demasiado. Conversando con ellas, me di cuenta de que yo era más inteligente. En la escuela las inteligentes eran ellas. Ahora la cosa era al revés. Parecían estar viviendo en un mundo de sueños. Muy elegantemente ataviadas, me recordaban a las mercancías en una tienda. Sus ojos refulgían cuando conocían a un joven y sus corazones parecían derretirse en un ensueño poético.

Me daban risa esas niñas, pero tenía que perdonarlas. La comida no era problema para ellas y es fácil pensar en el amor con el estómago lleno. Los hombres y las mujeres tejen redes para entramparse los unos a los otros. Los que tienen más dinero tejen las redes más grandes. Después de ensacar unas cuantas perspectivas, hacen tranquilamente su elección. Yo no tenía dinero. Ni siquiera podía encontrar un rincón quieto para tejer mi red. Pero tenía que cazar a alguien, o ser cazada por alguien. En estos asuntos tenía más claridad que mis ex compañeras, era más práctica.

Un día volví a encontrarme con la jo-

ven esposa cara de muñeca. Me saludó como si fuera una de sus más queridas amigas, pero sus modales denotaban cierta confusión.

—Eres muy buena persona —dijo muy seria, tartamudeando—. Después me arrepentí de haberte pedido que lo dejaras. Yo estaría mejor si él hubiera seguido contigo. Ahora encontró otra. ¡Se fue con ella y no lo he vuelto a ver!

Haciéndole preguntas, descubrí que ella y él se habían casado por amor. Ciertamente ella seguía queriéndolo, pero él se había escapado otra vez. Tuve lástima por la pequeña esposa. Ella seguía soñando, seguía creyendo que el amor es sagrado.

Le pregunté qué pensaba hacer. Dijo que tenía que encontrarlo, que estaban casados para siempre. “Pero ¿y si no lo encuentras?”, pregunté. Se mordió los labios. Tenía padres y suegros; estaba bajo su control. Me envidiaba mi libertad.

De modo que alguien en verdad me envidiaba. Quise reír. Mi libertad, ¡qué broma! Ella tenía comida, yo tenía libertad. Ella no tenía libertad, yo no tenía qué comer. Ambas éramos mujeres, ambas estábamos frustradas.

Después de mi encuentro con carita de muñeca, renuncié a la idea de venderme a un hombre. Decidí hacer cierto juego; en otras palabras, estaba dispuesta a usar el “romance” para ganarme mis comidas. No

podía ya molestarme la responsabilidad moral, cuando tenía hambre.

El romance curaría mi hambre, tal como antes de concentrarse en el romance se quería un estómago lleno. Era un círculo perfecto, cualquiera fuese el punto de partida. No había mucha diferencia entre yo y mis compañeras y carita de muñeca. Ellas tenían unas cuantas ilusiones más; yo era un poco más realista. No hay verdad más vital que un estómago vacío.

Vendí mis pocas pertenencias y me compré una nueva tenida completa. No me veía nada de mal. Así entré en el mercado.

Pensaba que podría jugar al romance, pero me equivoqué. No conocía tanto del mundo como me lo estaba figurando. A los hombres no se les atrapaba fácilmente. Me dediqué a los de mayor cultura, a los que pudiera satisfacer con uno o dos besos. Ja, ja, no seguían el juego ni una pizca. Querían aprovechar desde el primer encuentro. Lo que es más, sólo me invitaban al cine, a caminar o a tomar helado. Yo seguía llegando a casa con hambre.

Los así llamados hombres cultos jamás dejaban de preguntar en qué escuela me había graduado, cuál era la ocupación de mi familia. Resultaba claro como el agua: no se interesaban en ti a menos que tuvieras algo que ofrecer. Si no ibas a producirles una ganancia neta, lo máximo que estaban dispuestos a dar era un helado de

diez centavos a cambio de un beso. Se trataba estrictamente de un pago en efectivo, pero pasando y pasando. Las caras de muñeca no comprendían esto, pero yo sí. Mamá y yo lo comprendíamos. Pensé mucho en mamá.

Dicen que algunas muchachas pueden ganarse la vida jugando al romance. Pero yo no poseía el capital y tuve que abandonar la idea. Para mí el negocio tenía que ser directamente al grano. Mi patrón me ordenó que me fuera. El era un hombre respetable, dijo. Ni siquiera le di una segunda mirada. Me mudé al pequeño departamento en que habían vivido mi mamá y mi primer padrastro. Aquí el patrón no dijo nada acerca de la respetabilidad. Era mucho más amable y honesto.

El negocio anduvo muy bien. Los de tipo más culto también venían. Apenas se enteraban de que yo estaba en venta, querían comprar. Con esta clase de trato obtenían la equivalencia de su dinero sin tener que entrar en consideraciones sobre su *status* social.

Primero, al comenzar, tuve mucho miedo. Aún no cumplía los veinte. Pero después de un par de días el miedo cesó. Podía dejarlos dóciles como un saco de arena mojada. Quedaban complacidos y satisfechos y me recomendaban a sus amigos.

Al cabo de varios meses había apren-

dido muchas cosas. Sabía ya aquilatar a un hombre desde el primer encuentro. El cliente rico preguntaba siempre por mi ambiente y dejaba bien en claro que podía pagarme. Muy celoso, quería exclusividad sobre mí. Aun en los burdeles quería monopolizar. . . , porque tenía dinero.

Con este tipo de hombres yo no era muy cortés. Me daba lo mismo que se indignaran. Podía fácilmente calmarlos amenazándolos con decirles a sus mujeres. No en vano pasé aquellos años de escuela. No me asustaba con facilidad. La educación tiene sus ventajas. De eso estaba convencida.

Algunos hombres llegaban apenas con un yinyuán en las manos, temerosos de que los fueran a estafar. Yo les explicaba con pelos y señales los términos de nuestra transacción, después de lo cual se iban mansamente a casa a buscar más dinero. Era en verdad para reírse a gritos.

Los peores de todos eran los jóvenes vagos nocturnos. No sólo querían evitar todo gasto, sino que además estaban siempre tratando de sacar algún partido: robarse media cajetilla de cigarrillos o un frasco de crema fría. Era mala política ofender a estos muchachos, porque tenían contactos. Te pones dura con ellos y te echan a la policía encima.

Yo no los ofendía. Los manejé hasta que conocí a un oficial de policía; después

los fui liquidando uno por uno. Es un mundo en que los perros se comen a los perros; mientras peor eres, mejor te va.

Los más lamentables eran los estudiantes jóvenes, con un solo yinyuán y unas cuantas monedas resonando en sus bolsillos, y las narices transpirándoles nerviosamente. Los compadecía, pero igual me guardaba su dinero. ¿Qué más podía hacer?

Y luego venían los de edad, todos muy respetables, algunos hasta abuelos. A ellos sí que no sabía cómo tratarlos. Pero sabía que tenían dinero; querían comprar un poco de felicidad antes de morirse. De modo que les daba lo que querían.

Estas experiencias me enseñaron a reconocer la verdadera naturaleza del dinero y del hombre. El dinero es el más poderoso de los dos. Si el hombre es un animal, el dinero es entonces su hiel.

Descubrí que estaba enferma. Me sentí tan miserable, que quise morir. Descansé, vagué por las calles. Anhelaba a mi madre. Ella podía cuidarme. Pensaba que no me quedaba mucha vida por delante.

Fui a esa callejuela donde la había visto por última vez manejando la palanca del fuelle. Pero la panadería había cerrado. Nadie supo decirme para dónde se habían ido. Yo persistí. Tenía que encontrarla, y nada más. Durante días recorrí las calles como un fantasma. Inútil. No pude

saber si había muerto, o si acaso la panadería se habría cambiado a algún lugar fuera de la ciudad, quizás a cientos de kilómetros.

En este sombrío estado anímico, me quebré y rompí a llorar. Me vestí con mis mejores ropas, me maquillé la cara y me tendí sobre la cama a esperar la muerte. Estaba segura de que no habría de demorarse mucho en venir.

Pero no llegó. Golpearon a la puerta. Alguien venía a visitarme. Bueno, que pase. Con todas mis fuerzas, le inyecté una carga completa de mi infección. No creí que estuviera actuando mal. Para comenzar, la culpa no era mía.

Empecé a sentirme un poco mejor. Fumaba, bebía, me comportaba como una experta de treinta o cuarenta. Tenía círculos oscuros bajo los ojos y las manos febriles. No me importaba. El dinero lo era todo. La idea era comer primero hasta saciarse; después se podía hablar de otras cosas.

Y no comía nada de mal. ¡Por qué no pedir lo mejor! Tenía que comer bien y vestirme bien. Era la única manera de hacerme un poquito de justicia.

Una mañana, sentada con una larga bata encima —serían las diez—, escuché pasos en el patio. Acababa de salir de la cama y a veces no me vestía hasta el mediodía. Me estaba poniendo muy floja. Era

capaz de estar sentada así durante una hora y hasta dos, pensando en nada, sin querer tampoco pensar en nada.

Los pasos se acercaron a mi puerta suavemente, lentamente. Vi un par de ojos asomándose por el pequeño panel de vidrio. Un momento después se esfumaron. Permanecí sentada, indiferente, demasiado perezosa como para moverme. En pocos minutos los ojos retornaron. Esta vez los reconocí. Me levanté y abrí tranquilamente la puerta. "¡Mamá!"

Qué ocurrió en seguida, no podría decirlo con exactitud. Tampoco recuerdo cuánto estuvimos llorando juntas. Mamá había envejecido terriblemente. Su esposo había regresado a su aldea natal, escapándose sin decir una palabra. No le dejó ni un centavo. Ella vendió los pocos utensilios de la tienda, devolvió el local a su dueño y se arrendó un cuarto barato.

Hacía más de medio mes que me estaba buscando. Finalmente tuvo la ocurrencia de visitar el viejo departamento por si acaso yo pudiera estar. Ahí estaba yo. No se habría atrevido a hablarme si yo no la hubiera llamado; quizás se hubiese vuelto a marchar.

Cuando por fin dejamos de llorar, comencé a reír histéricamente. ¡Qué farsa! La madre encuentra a la hija, pero la hija es una puta. Para criarme, ella había tenido que prostituirse. Ahora me tocaba a mí

cuidarla, de modo que tendría que seguir siéndolo.

Esta viejísima profesión es hereditaria: ¡una especialidad de la mujer!

Aunque yo sabía que las palabras de consuelo sólo son cháchara vacía, esperaba que mamá las dijera. Ella siempre había sido buena para engañar a la gente y yo siempre tomaba sus lisonjas como un consuelo.

Pero ahora, hasta de eso se había olvidado. El hambre la tenía tiesa de miedo, y eso yo no podía reprochárselo.

Comenzó a revisar mis cosas, a preguntarme por los ingresos y los gastos, sin el menor resabio de turbación por la naturaleza de mi trabajo. Le conté que estaba enferma, en la esperanza de que me urgiera a descansar unos días. Nada de eso. Me compraría remedios, dijo.

—¿Vamos a seguir siempre en este negocio? —le pregunté.

No respondió.

Sin embargo, de algún modo me quería de verdad y deseaba protegerme. Me daba la comida, cuidaba mi salud. Me miraba siempre con unas miradas como las de una madre que observa a su niño dormido.

Lo único que no hizo por mí fue decirme que me retirara de mi profesión.

Yo sabía muy bien —aunque no me complacía— que, aparte de esto, no había

nada que yo pudiera hacer. Mamá y yo teníamos que comer y vestirnos: eso lo decidía todo. Madre e hija o no, respetable o no, la necesidad de dinero era implacable.

Mamá quería cuidarme, pero tenía que hacerse a un lado y observar cómo yo me arruinaba. Aunque deseaba portarme bien con ella, a veces me resultaba molesta. Trataba de correr con todo el asunto, especialmente en lo que se refería al dinero. Sus ojos habían perdido brillo juvenil, pero cuando veían dinero refulgían de nuevo. Actuaba como una sirvienta cuando aparecían clientes, pero si alguno llegaba a pagar menos de lo establecido, lo insultaba y le decía los peores improperios.

Esto me hacía las cosas más desagradables. Desde luego que era por dinero que yo estaba en el negocio, pero eso no significaba tener que insultar a la gente. Yo sabía ser ruda con un cliente, mas tenía mis propios métodos. Lo ponía en su lugar con facilidad. El método de mamá era demasiado crudo; ofendía a la gente, y eso, desde el punto de vista del dinero, era algo que no debíamos hacer.

Quizás yo era joven e ingenua. A mamá únicamente el dinero le importaba; bueno, ella tenía que ser así; era tanto mayor que yo. Probablemente en un par de años yo sería igual. El corazón de una persona envejece con los años. Poco a poco te

vas haciendo dura y rígida, como los yinyuanes de plata.

No, mamá no se quedaba en ceremonias. Si un cliente no pagaba todo, le confiscaba el maletín, o el sombrero, o cualquier cosa que tuviese algún valor, un par de guantes, un bastón. Yo detestaba las peleas, pero mamá tenía razón.

—Tenemos que sacar hasta el último yinyuán que podamos —decía—. En este oficio se envejece diez años en uno. ¿Pienzas que alguien te va a querer cuando representes setenta u ochenta?

A veces, cuando un cliente se emborrachaba, ella lo arrastraba afuera, a algún lugar solitario, y le sacaba hasta los zapatos. Lo cómico es que después el hombre nunca armaba escándalo. A lo mejor no sabía cómo había ocurrido todo, o a lo mejor se había pescado una pulmonía. O quizás, al recordar la manera en que había caído en ese estado, se turbaba demasiado como para quejarse. A nosotras no nos importaba, pero alguna gente sí tenía sentido de la vergüenza.

Mamá dijo que envejecemos diez años en uno y tenía razón. Después de dos años pude sentir cuánto había cambiado. La piel se me puso áspera, tenía los labios siempre partidos y los ojos rojos. Por muy tarde que me levantara, siempre estaba cansada.

Yo tenía plena conciencia de estas cosas y no menos ciegos a ellas estaban mis

clientes. Los más viejos fueron dejando de venir. Y los nuevos, aunque me esmeraba más todavía en complacerlos, me producían irritación. A veces no lograba controlar mi genio; deliraba y me enfurecía de tal modo, que no me reconocía. Adquirí el hábito de hablar tonterías.

Mis clientes más cultos perdieron interés porque mi cualidad de "encantadoraavecilla de amor" —la frase poética que más les gustaba— había desaparecido. Tuve que aprender a comportarme como una prostituta callejera. Sólo pintándome la cara como un payaso lograba atraer a los clientes sin educación. Me ponía una capa gruesa de lápiz labial, los mordía, y entonces estaban felices.

Casi podía verme muriendo. Con cada yinyuán que ingresaba, parecía acercarme más a la muerte. El dinero es para preservar la vida, pero yo me lo ganaba de un modo que producía el efecto contrario. Podía verme muriendo; esperaba la muerte.

Con el ánimo así, prefería no pensar en nada. Sólo quería vivir de día en día. Eso era suficiente.

Mamá era el espejo de lo que me aguardaba. Después de vender su carne durante años no quedaba de ella más que una masa de cabello blanco y una piel oscura y arrugada. La vida es así.

Me esforzaba por sonreír, por parecer fogosa. De cualquier forma, derramar unas

cuantas lágrimas jamás habría esfumado mi amargura. Mi modo de vivir no tenía atractivo alguno, pero era de todas maneras la vida, y yo no quería separarme de ella. Además, lo que estaba haciendo no era culpa mía. Si la muerte parecía atemorizarme, era sólo porque amaba tanto la vida. No le temía al dolor de morir; mi vida era más dolorosa que cualquier muerte. Yo amaba la vida. Lo que no amaba era la forma en que la estaba viviendo.

Solía imaginar una vida ideal y era como un sueño. Pero apenas la cruel realidad me cercaba de nuevo, el sueño se desvanecía rápidamente y me sentía peor que nunca. Este mundo no es ningún sueño; es el infierno vivo.

Mamá se daba cuenta de que mi ánimo decaía y me urgía a casarme. Un marido me alimentaría y ella podría obtener un pago en efectivo para su vejez. Yo era su única esperanza. ¿Pero quién habría de casarse conmigo?

Por conocer a tantos hombres, llegué a olvidar completamente el significado del amor. Me amaba a mí misma. . . No, ya ni siquiera me amaba a mí misma. ¿Por qué amar a alguien más? Claro que si me casaba, tendría que fingir, decirle que lo amaba, que estaba ansiosa de pasar con él el resto de mi vida.

Y eso fue lo que les dije a varios hombres. Se lo juré, pero ninguno quiso casar-

se conmigo. La regla del dinero agudiza a los hombres. Estaban muy dispuestos a tener conmigo una aventura. Les salía mucho más barato que ir a un burdel.

Si no les hubiera costado nada, estoy segura de que todos los hombres habrían dicho que me amaban.

Justo en estos días me arrestaron. El nuevo jefe de policía de nuestra ciudad es un ardiente defensor de la moral; quiere limpiar todos los burdeles no registrados. Las mujeres con licencia pueden seguir ejerciendo, porque pagan impuestos.

Después de mi arresto fui enviada a un reformatorio, donde me enseñaron a trabajar. . . , lavar ropa, cocinar, tejer. Pero yo ya sabía hacer todo eso. Si hubiera podido ganarme la vida mediante cualquiera de esos métodos, habría dejado mi amarga profesión mucho tiempo atrás.

Se lo dije a los del reformatorio, pero no me creyeron. Dijeron que yo era una tunante inmoral. Dijeron que si además de aprender a trabajar, aprendía a amar el trabajo, podría mantenerme sola o encontrar un marido.

Eran muy optimistas. Yo no compartía esa confianza. Se sentían muy orgullosos porque habían "reformado" a una docena de mujeres y les habían encontrado maridos. Por una licencia que costaba dos yinyuanes y la garantía de algún comerciante responsable, cualquier hombre po-

día venir al reformatorio y elegir una mujer. Era una ganga magnífica para el hombre.

A mí me parecía un chiste. Rechacé de plano ser "reformada". Cuando venía algún alto funcionario a investigarnos, le escupía la cara. Pero no me dejaban ir. Yo era peligrosa. Y como no pudieron reformarme, me enviaron a otro lugar. Me llevaron a la cárcel.

La cárcel es un lugar magnífico. Te convence de que no hay esperanzas para la humanidad. Nunca en mis sueños imaginé que pudiera existir un hoyo tan asqueroso.

Pero una vez que llegué aquí, deseché toda idea de salir alguna vez. Por mi propia experiencia sé que el mundo de afuera no es mucho mejor.

No quisiera morir aquí si tuviera un lugar mejor donde ir. Pero sé cómo son las cosas afuera. Donde sea que una muera, da lo mismo.

Aquí, dentro de aquí, volví a ver a mi vieja amiga, la luna creciente. Hacía mucho tiempo que no la veía.

Qué estará haciendo mamá.

La luna creciente trae todos, todos los recuerdos.

LU SIN

LU SIN (1881-1936) nació en el pueblo de Shaosín, donde hoy se le rinde culto como al más grande escritor chino moderno. La publicación en vernáculo de su *Diario de un loco*, en 1918, fue la primera escalada en la revolución literaria que habría de producir un año después el Movimiento del 4 de Mayo.

Fue también Lu Sin un líder teórico, quizás el más importante, de la nueva literatura. En su *Breve historia de la ficción en China* llevó a cabo un penetrante análisis de las grandes novelas clásicas chinas, muchas de las cuales habían sido puestas en discusión con el despliegue de la revolución literaria. A través de sus obras y de su acción, fue siempre un gran combatiente de las nuevas ideas, contra la literatura feudal, contra la política cultural represiva del Kuomintang, por la populari-

zación de la literatura, por los grandes cambios sociales.

Tres colecciones recogen sus novelas cortas y sus cuentos: *Grito de llamada*, *Vagabundeos* y *Viejos cuentos contados de nuevo*. Sus ensayos breves han sido recogidos en una serie de volúmenes y abarcan toda la gama temática contemporánea; constituyeron en China una nueva forma literaria que combinaba la poesía y la polémica política.

Los cuentos que aquí se presentan muestran tres distintas facetas de la creación de Lu Sin, que, al lado de Chejov, Maupassant y otros, podría considerarse entre los mejores cultores de este género.

EL DIARIO DE UN LOCO

Dos hermanos, cuyos nombres me callaré, fueron mis amigos íntimos en el liceo, pero después de una larga separación, perdí sus huellas. No hace mucho supe que uno de ellos estaba gravemente enfermo y, como iba en viaje hacia mi aldea natal, decidí hacer un rodeo para ir a verlo. Sólo encontré en casa al primogénito, quien me dijo que era su hermano menor el que había estado mal.

—Le estoy muy agradecido de que haya venido a visitarlo —dijo—. Pero ya está sano desde hace algún tiempo y se marchó a otra provincia, donde ocupa un puesto oficial.

Buscó dos cuadernos que contenían el diario de su hermano y me los mostró riendo. Me dijo que a través de ellos era posible darse cuenta de los síntomas que había presentado su enfermedad, y que él creía que no había ningún mal en que los viera

un amigo. Me llevé el diario y al leerlo comprendí que mi amigo había estado atacado de "delirio de persecución". El escrito, incoherente y confuso, contenía relatos extravagantes. Además, no aparecía en él fecha alguna y sólo por el color de la tinta y las diferencias de la letra se podía comprender que había sido redactado en diferentes sesiones. Copié parte de algunos pasajes no demasiado incoherentes, pensando que podrían servir como elementos para trabajos de investigación médica. No he cambiado una palabra a este diario, salvo el nombre de los personajes, aunque se trate de campesinos completamente ignorados del mundo. En cuanto al título, conservo intacto el que su autor le dio después de su curación.

2 de abril de 1918.

I

Esta noche hay una luna muy hermosa.

Hacía más de treinta años que no la veía, de modo que me siento extraordinariamente feliz. Ahora comprendo que he pasado estos treinta últimos años en medio de la niebla. Sin embargo, debo tener cuidado: de otra manera, ¿por qué el perro de la familia Chao me iba a mirar dos veces?

Tengo mis razones para temer.

II

Esta noche no hay luna. Yo sé que esto va mal.

Esta mañana, cuando me arriesgué a salir con precauciones, Chao Gúi-weng me miró con un fulgor extraño en los ojos: se habría dicho que me temía o que tenía deseos de matarme. Había además siete u ocho personas que hablaban de mí en voz baja, con las cabezas muy juntas: tenían miedo de que las viera. La más feroz de to-

das mostró los dientes al reírse mientras me miraba, lo que me hizo estremecerme de pies a cabeza, porque ahora sé que sus maquinaciones están a punto.

No obstante, continué mi camino sin miedo. Ante mí había un grupo de niños que discutían también sobre mi persona; sus miradas tenían el mismo fulgor que la de Chao Güi-weng y en sus rostros había la misma palidez de acero. Me pregunté qué clase de odio podían tener los niños contra mí para obrar también de esta manera. No pudiendo contenerme, grité: "¡Díganmelo!", pero ellos huyeron.

He reflexionado. ¿Qué razones tienen Chao Güi-weng y los hombres de la calle para detestarme? Hace veinte años di un pisotón por error en un viejo libro de cuentas del señor Gu Chiu¹, lo que le produjo gran contrariedad. Aunque Chao Güi-weng no conoce al señor Gu, ha debido oír hablar de este asunto y quiere sacar la cara por él; por ello se ha puesto de acuerdo contra mí con los hombres de la calle. Pero ¿por qué los niños? Cuando ocurrió este incidente ni siquiera habían nacido; entonces, ¿por qué me han mirado con ese aire extraño que revelaba miedo o deseos de

¹*Gu Chiu significa antigüedad. Aquí el autor alude a la larga historia de la opresión feudal en China. (N. de los T.)*

matar? Todo esto me espanta, me intriga y me desconsuela.

¡Ahora comprendo! Han sabido el asunto por sus padres.

III

En la noche no consigo dormir. Para comprender las cosas, es preciso reflexionar en ellas.

Estos hombres han sido engrillados por el magistrado, abofeteados por el señor del lugar, han visto a sus mujeres cogidas por los alguaciles de la Corte de Justicia y a sus padres y madres suicidarse para escapar a los acreedores. . . ., pero nunca mostraron rostros tan espantosos, tan feroces como los que les vi ayer.

Lo más extraño de todo fue esa mujer que le pegaba a su hijo en plena calle, gritándole: "¡Muchacho cochino! ¡Debería comerte unos cuantos pedazos para que se me pasara la rabia!" Al decir esto me miraba a mí. Me sobresalté, incapaz de dominar mi emoción, mientras la banda de rostros lívidos y colmillos aguzados estallaba en risas. El viejo Chen llegó de prisa y me condujo por la fuerza a la casa.

En casa, los miembros de la familia fingieron no reconocirme; sus miradas

eran semejantes a las de la gente de la calle. Entré en el escritorio y ellos echaron el cerrojo, igual que cuando se encierra en el gallinero a una gallina o un pato. Este incidente es aun más inexplicable; verdaderamente no sé lo que pretenden.

Hace algunos días, uno de nuestros arrendatarios de la aldea de los Lobos, al venir a informar sobre la sequía que reina en el campo, contó a mi hermano mayor que los campesinos habían dado muerte a un conocido malhechor del lugar. Luego algunos hombres le arrancaron el corazón y el hígado, los frieron y se los comieron, para criar valor. Los interrumpí con una palabra y mi hermano y el labrador me lanzaron muchas miradas raras. Hoy comprendo que sus miradas eran absolutamente iguales a las de los hombres de la calle.

Sólo de pensar en ello me estremezco de la cabeza a los pies.

Si comen hombres, ¿por qué no habrían de comerme a mí?

Evidentemente esa mujer que "quería comerse unos cuantos pedazos", la risa del grupo de hombres lívidos con colmillos aguzados, y la historia del arrendatario, son índices secretos. Sus palabras están envenenadas, sus risas cortan como espadas y sus dientes son hileras de resplandeciente blancura; sí, son dientes de comedores de hombres.

Yo no creo ser un mal sujeto, pero

desde que me metí con el libro de cuentas de la familia Gu, no estoy seguro de nada. Se diría que guardan algún secreto que yo no acierto a adivinar. Por otra parte, cuando están contra alguien, no tienen dificultad en declararlo malo. Recuerdo que cuando mi hermano me enseñaba a disertar, por más perfecto que fuera el hombre sobre el cual tenía yo que hablar, bastaba que expusiera algún argumento contra él para ganar un "bien"; y cuando era capaz de encontrar excusas para un hombre malo, mi hermano decía: "Además de originalidad, tienes un verdadero talento de litigante". Entonces, ¿cómo puedo saber lo que piensan, sobre todo en el momento en que se proponen devorar al hombre?

Para comprender las cosas es preciso reflexionar en ellas. Creo que en la antigüedad era frecuente que el hombre se comiera al hombre, pero no estoy muy seguro de esta cuestión. He cogido un manual de historia para estudiar este punto, pero el libro no contenía fecha alguna; en cambio, en todas las páginas, escritas en todos sentidos, estaban las palabras "Humanitarismo", "Justicia" y "Virtud". Como de todas maneras me era imposible dormir, me puse a leer atentamente y en medio de la noche noté que había algo escrito entre líneas: dos palabras llenaban todo el libro: ¡"devorar hombres"!

Los tipos del libro, las palabras de

nuestros arrendatarios, todos, sonreían fríamente, mirándome de un modo extraño. ¡Yo también soy un hombre y quieren devorarme!

IV

Esta mañana pasé un buen rato sentado tranquilamente. El viejo Chen me trajo mi comida: un plato de legumbres y otro de pescado cocido al vapor. Los ojos del pescado eran blancos y duros; tenía la boca entreabierta, igual que esa banda de comedores de hombres. Después de probar algunos bocados de esa carne viscosa, no sabía ya si estaba comiendo pescado o carne humana, de suerte que vomité con asco.

Dije:

—Mi viejo Chen, anda a decirle a mi hermano que me ahogo aquí y que quisiera salir a pasear por el jardín.

El viejo Chen se alejó sin responder, pero un poco después volvió a abrirme la puerta.

No me moví, preguntándome qué iban a hacer, porque sabía muy bien que no iban a dejarme libre. Efectivamente, mi hermano se acercaba con un viejo que caminaba a pasos lentos. Ese hombre tenía una mirada terrible, pero como temía que

yo me diera cuenta, bajaba la cabeza hacia el suelo y me miraba a hurtadillas, por encima de sus anteojos.

—Tienes un aspecto magnífico —me dijo mi hermano.

—Sí —respondí.

—Le he pedido al señor Jo que viniera a examinarte —siguió diciendo.

Respondí:

—¡Que lo haga! —¡pero yo sabía muy bien que ese viejo no era otro que el verdugo disfrazado! So pretexto de tomarme el pulso quería calcular mi grado de corpulencia y seguramente iban a darle un pedazo de mi carne en pago de sus servicios. Yo no tenía miedo; aunque no como carne humana, me creo más valiente que esos caníbales. Tendí ambos puños y esperé lo que iba a seguir. El viejo se sentó, cerró los ojos, me tomó largamente el pulso, permaneció un instante silencioso y luego, abriendo los ojos diabólicos, dijo:

—No se deje llevar por su imaginación. Algunos días de tranquilidad y reposo y se repondrá.

¡No dejarse llevar por la imaginación! ¡Tranquilidad y reposo! Evidentemente, cuando yo estuviera bien cebado, tendrían más que comer. Pero ¿qué ganaría yo? ¿Era eso lo que iba a "reponerme"? A esos caníbales les gusta comer hombres, pero obran en secreto, tratando de salvar las apariencias, y no se atreven a actuar direc-

tamente. ¡Es para morir de la risa! No pudiendo aguantarme, me eché a reír a carcajadas, porque eso me divertía una enormidad. Yo sé que en mi risa vibraban el valor y la justicia. El viejo y mi hermano palidieron, aplastados por el valor y la justicia de que yo hacía gala.

Pero justamente porque soy valiente, tendrán aun más ganas de devorarme, para adquirir parte de mi coraje. El viejo dejó mi habitación y apenas se habían alejado un poco, dijo a mi hermano en voz baja: "Engullirlo en seguida". Mi hermano bajó la cabeza en señal de asentimiento. ¡Tú estás también en esto! Este extraordinario descubrimiento, aunque imprevisto, no me asombró, sin embargo, excesivamente: ¡mi hermano formaba parte de la banda de caníbales que quería devorarme!

¡Mi hermano es un comedor de hombres!

¡Soy hermano de un comedor de hombres!

¡Podré ser devorado por los hombres, pero no por eso dejo de ser hermano de un comedor de hombres!

V

Estos días he vuelto a mis reflexiones.

Aunque ese viejo no fuera el verdugo disfrazado, aun si fuera verdaderamente un médico, no es por eso menos un comedor de hombres. En el libro sobre las virtudes de las hierbas, escrito por uno de sus predecesores, Li Shi-cheng, ¿no dice acaso con todas sus letras que la carne humana puede comerse frita? Entonces, ¿cómo podría rechazar el título de caníbal?

En cuanto a mi hermano, también tengo mis razones para acusarlo. Cuando me enseñaba los clásicos, yo lo oí decir con sus propios labios: "Cambiaban sus hijos para comérselos". Otra vez que se trataba de un hombre muy malo, dijo que merecía no sólo ser muerto, sino aun que "se comieran su carne y se acostaran sobre su piel". Yo era pequeño en esa época y al oír tal cosa mi corazón se puso a saltar muy fuerte durante largo rato. Cuando anteayer el arrendatario de la aldea de los Lobos le contó que el corazón y el hígado de un hombre habían sido comidos, mi hermano no manifestó ningún asombro, limitándose a aprobar con la cabeza. Está claro que sus sentimientos no han cambiado. Si se admite que es posible "cambiar sus hijos para comérselos", ¿qué es lo que no se podría cambiar entonces? ¿Y qué es lo que no se podría comer? Antes me había limitado a escuchar esas explicaciones sin tratar de profundizarlas, pero ahora sé que cuando me daba sus lecciones, en el borde

de sus labios brillaba grasa humana y que su corazón estaba lleno de sueños caníbales.

VI

Todo está negro, no sé si es de día o de noche. De nuevo el perro de la familia Chao se ha puesto a ladrar.

Tienen la ferocidad del león, la cobardía de la liebre, la astucia del zorro. . .

VII

Conozco sus maniobras : no quieren ni se atreven a matarme directamente por temor de las consecuencias; por ello se las arreglan para tenderme lazos y llevarme al suicidio. A juzgar por la actitud de los hombres y mujeres de la calle el otro día, y la de mi hermano estos últimos días, la cosa es poco más o menos segura : quieren que me saque el cinturón, lo amarre a un poste y me cuelgue. Nadie los llamará asesinos y, sin embargo, verán colmados sus deseos secretos; esto los llenará de contento y les provocará una especie de risa

plañidera. O bien, me dejarán morir de miedo y tristeza, y aunque este sistema hace enflaquecer, de todos modos mi muerte los dejará satisfechos.

¡Sólo comen carne muerta! He leído en algún sitio que existe una fiera de mirada horrible y aspecto espantoso llamada "hiena". Esta bestia come carne muerta y es capaz de triturar los huesos más grandes, que se engulle después de molerlos minuciosamente. ¡De sólo pensar en esto da terror! La hiena está emparentada con el lobo, el lobo es de la familia de los perros. El hecho de que el perro de la familia Chao me haya mirado muchas veces anteayer, demuestra que han conseguido ponerlo de acuerdo con ellos y que forma parte del complot. En vano ese viejo baja su mirada hacia el suelo, yo no me dejo embaucar.

Lo más lastimoso es mi hermano. El también es un hombre; ¿no tiene miedo tal vez? ¿Por qué se ha unido a los que intentan devorarme? ¿Acaso porque esto se ha hecho siempre, encuentra que no hay ningún mal en ello? ¿O pone oídos sordos a su conciencia y hace deliberadamente algo que sabe que es malo?

Será el primero de los comedores de hombres a quienes maldeciré; será también el primero de los hombres a quienes trataré de curar del canibalismo.

VIII

En el fondo, deberían saber esto desde hace tiempo...

De pronto entró un hombre. Tenía unos veinte años y una cara muy sonriente, cuyos rasgos no distinguí bien. Me saludó con la cabeza y vi que su sonrisa tenía un aire falso. Le pregunté:

—¿Es justo comer hombres?

Siempre sonriendo, respondió:

—¿Por qué comer hombres, cuando no se tiene hambre?

Comprendí de inmediato que formaba parte del clan de los que aman la carne humana. Esto azuzó mi coraje e insistí, neto:

—¿Es justo?

—¡Para qué hacer tales preguntas! Verdaderamente... a usted le gusta bromear... ¡Está muy hermosa la noche!

Estaba muy hermosa la noche, la luna estaba muy brillante, pero yo le pregunté:

—¿Es justo?

Tomó un aire de desaprobación y, sin embargo, respondió con voz no muy clara:

—No...

—¿No? Entonces, ¿por qué los comen?

—Eso no puede ser...

—¿No puede ser? Bueno, ¿acaso no

los comen en la aldea de los Lobos? Además, está escrito en todas partes en los libros, ¡es claro como el día!

Su faz cambió de color, poniéndose pálido como un muerto. Con los ojos fuera de las órbitas, dijo:

—Tal vez tenga usted razón, esto se ha hecho siempre...

—¿Es por ello justo?

—No quiero discutir ese tema con usted. ¡Usted no debería hablar de esto, no tiene razón para hacerlo!

Di un salto, con ambos ojos muy abiertos, pero el hombre había desaparecido y yo estaba completamente mojado con el sudor. Este hombre es mucho más joven que mi hermano y ya forma parte de su clan. Seguramente se debe a la educación de sus padres. Quizás ha enseñado ya esto a su hijo. Por lo cual hasta los niños pequeños me miran con odio.

IX

Quieren devorar a los otros y temen ser devorados a su vez; por esto se estudian recíprocamente con miradas cargadas de sospechas...

Si abandonaran estos pensamientos se sentirían a sus anchas en el trabajo, en el

paseo, en la comida, en el sueño. Para franquear este obstáculo sólo hay que dar un paso: pero el padre y el hijo, el hermano y el hermano, el marido y la mujer, el amigo y el amigo, el profesor y el estudiante, el enemigo y el enemigo, y hasta los desconocidos, forman un clan, se aconsejan y se retienen mutuamente para que a ningún precio alguien dé este paso.

X

Temprano en la mañana fui en busca de mi hermano, que miraba el cielo desde la puerta del salón. Llegué por detrás, me situé en el alféizar de la puerta y le dije con mucha calma y cortesía:

—Hermano, tengo algo que decirte.

Se volvió rápidamente y asintió con un movimiento de cabeza.

—Habla.

—Se trata sólo de algunas palabras, pero no sé cómo expresarlas. Hermano, es probable que en los tiempos primitivos los salvajes hayan sido en general algo caníbales. Al evolucionar sus sentimientos, algunos dejaron de devorar hombres, pugaban por progresar y se convirtieron en hombres, en verdaderos hombres. Sin embargo, aún quedan devoradores de hom-

bres... Es como entre los insectos; algunos han evolucionado, se han transformado en peces, pájaros, monos y finalmente en hombres. Ciertos insectos no han querido progresar y hasta hoy continúan en estado de insectos. ¡Qué vergüenza para un caníbal si se compara con el hombre que no come a sus semejantes! Su vergüenza debe ser muchísimo peor que la del insecto frente al mono.

"Yi Ya¹ cocinó a su hijo para dar de comer a los tiranos Chie y Chou; este hecho pertenece a la historia antigua. ¿Quién habría dicho que después de la separación del cielo y la tierra por Pan Gu², los hombres se iban a devorar entre ellos hasta el hijo de Yi Ya, y que desde el hijo de Yi Ya hasta Sü Si-ling³ y desde Sü Si-ling hasta el malhechor arrestado en la aldea de los Lobos el hombre se comería al hombre? El año pasado, cuando se ejecutaba a los criminales en la ciudad, había un tubercu-

¹Cocinero célebre en la Antigüedad por haber matado a su hijo para servirlo como manjar a un tirano. (N. de los T.)

²El primer hombre, de quien se dice separó el cielo de la tierra. (N. de los T.)

³Revolucionario que, hacia fines de la dinastía Ching, asesinó al gobernador de Anjui. Fue cortado en pedazos y su corazón y su hígado ofrecidos en holocausto al hombre que lo mató. (N. de los T.)

loso que iba a mojar el pan en su sangre, para lamerla¹.

"Quieren comerme, y por cierto que solo no puedes nada contra ellos. Pero ¿por qué unirte a ellos? Los devoradores de hombres son capaces de todo. Si son capaces de comerme, también serán capaces de comerte. Hasta los miembros de un mismo clan se devoran entre sí. Pero basta con dar un paso, basta con querer dejar esta costumbre y todo el mundo quedará en paz. Aunque este estado de cosas dura desde siempre, tú y yo podríamos empezar desde hoy a ser buenos y decir: "Esto no es posible". Yo creo que tú dirás que no es posible, hermano, puesto que anteayer cuando nuestro arrendatario te pidió que le rebajaras el alquiler, tú le respondiste que no era posible.

Al comienzo sonreía con frialdad, luego pasó por sus ojos un resplandor feroz y cuando puse al desnudo sus pensamientos secretos, su rostro se tornó lívido. En el exterior de la puerta que daba a la calle había un verdadero grupo; Chao Güi-weng se hallaba allí con su perro y todos estira-

¹Se trata de una superstición antigua existente en el pueblo: dice que la sangre humana es capaz de curar la tisis; por esa razón se solían comprar a los verdugos panes mojados en sangre cuando éstos ejecutaban a un condenado. (N. de los T.)

ban el cuello para ver mejor. Yo no alcanzaba a distinguir los semblantes de algunos, pues se hubiera dicho que estaban velados; los otros tenían siempre el mismo tinte lívido y esos colmillos agudos y esos labios con una sonrisa afectada. Comprendí que pertenecían todos al mismo clan, que todos eran devoradores de hombres. Sin embargo, yo sabía también que existían sentimientos muy diferentes. Algunos pensaban que el hombre debe devorar al hombre porque así se ha hecho siempre. Otros sabían que el hombre no debe devorar al hombre, pero de todos modos lo hacían, temerosos de que sus crímenes fueran denunciados; por eso al oírme se llenaron de cólera, pero se limitaron a apretar los labios esbozando una sonrisa cínica.

En ese instante mi hermano adoptó un aspecto terrible y gritó con voz fuerte:

—¡Salid todos! ¡Para qué mirar a un loco!

Muy pronto comprendí su nuevo juego. No solamente se negaban a convertirse, sino que estaban preparados de antemano para abrumarme con el epíteto de loco. De este modo, cuando me comieran, no sólo no tendrían disgustos, sino que aun les quedarían agradecidos. El arrendatario nos dijo que el hombre devorado por los campesinos era un mal hombre; es exactamente el mismo sistema. ¡Siempre el mismo estribillo!

El viejo Chen entró también, muy encolerizado; pero ¿quién podría cerrarme la boca? Tengo absoluta necesidad de hablar a esos hombres.

—¡Convertíos, convertíos desde el fondo del corazón! ¡Sabed que en el futuro no se permitirá vivir sobre la tierra a los devoradores de hombres! Si no os convertís, todos vosotros seréis devorados también. ¡Por más numerosos que sean vuestros hijos, serán exterminados por los verdaderos hombres, como los lobos son exterminados por los cazadores, como se extermina a los insectos!

El viejo Chen hizo salir a todo el mundo y luego me rogó que volviera a mi habitación. Mi hermano había desaparecido no sé dónde. En el interior la pieza estaba completamente negra. Las vigas y maderas se pusieron a temblar sobre mi cabeza; luego al cabo de un instante crecieron y se amontonaron sobre mí.

Pesaban mucho, yo no podía moverme. Querían matarme, pero yo sabía que ese peso era ficticio. Me debatí, pues, y me liberé, el cuerpo cubierto de sudor. Sin embargo, deliberadamente repetí:

—¡Convertíos en seguida! ¡Convertíos desde el fondo del corazón! ¡Sabed que en el futuro no se permitirá que sobrevivan los devoradores de hombres! . . .

XI

El sol no aparece más, la puerta sólo se abre dos veces al día, cuando me traen mis comidas.

Mientras tomaba los palillos, volví a pensar en mi hermano mayor; ahora yo sé que fue él el causante de la muerte de mi hermana pequeña. Tenía cinco años y era tan linda que enternecía. Veo de nuevo a nuestra madre sollozando sin cesar y a mi hermano consolándola. Tal vez sentía arrepentimiento porque era él quien se la había comido. Si es todavía capaz de experimentar ese sentimiento.

Nuestra hermana ha sido devorada por mi hermano; no sé si mi madre llegó a darse cuenta de ello.

Pienso que mi madre lo sabía; si en medio de sus lágrimas no dijo nada, probablemente fue porque lo encontraba muy natural. Recuerdo que un día que me hallaba tomando el fresco ante la puerta del salón —en esa época tendría unos cuatro o cinco años— mi hermano me dijo que un hijo debe estar dispuesto a cortar un trozo de carne de su cuerpo, echarlo a cocer y ofrecerlo a sus padres si éstos caen enfermos, pues es así como obra un hombre honesto. Mi madre no protestó. Si es posible comer un trozo de carne humana, evidente-

mente es posible comerse a un hombre entero. No obstante, cuando vuelvo a pensar en sus sollozos de entonces, no puedo evitar que el corazón se me apriete. Qué extraña cosa . . .

XII

Ya no puedo pensar más en ello.

Solamente hoy me doy cuenta de que he vivido años en medio de un pueblo que desde hace cuatro milenios se devora a sí mismo. Nuestra hermanita murió justamente en el momento en que mi hermano se hacía cargo de la familia. ¿No habrá mezclado su carne con nuestros alimentos para que la comiéramos sin saber que lo hacíamos?

¿Acaso sin quererlo he comido carne de mi hermana? Y ahora me llega el turno . . .

Si tengo una historia que cuenta cuatro mil años de canibalismo —al principio no me daba cuenta de ello pero ahora lo sé—, ¡cómo podría esperar encontrar a un hombre verdadero!

XIII

Tal vez existan niños que aún no han comido carne de hombre.

¡Salvad a los niños!...

Abril de 1918.

UNA FAMILIA FELIZ

a la manera de Sü Chin-wen¹

“...Escribir sólo cuando uno se siente inspirado. Eso es de veras hacer obra de arte, una obra que, como la luz del sol, irradie de una fuente infinita de claridad y no simplemente la chispa que brota del roce de la piedra con el hierro; sólo entonces el autor es un verdadero artista. Mientras que yo... ¡escribir como lo he hecho!...”

Cuando llegó a este punto de sus reflexiones saltó de la cama. Hacía tiempo que venía diciéndose que era absolutamente necesario escribir algo a fin de obtener

¹Sü Chin-wen, escritor coetáneo de Lu Sin. Dice Lu Sin que esta novela fue escrita al estilo de Un compañero ideal, de ese autor. (N. de los T.)

un poco de dinero para la casa; aun más, había decidido por anticipado enviar su manuscrito a *La Felicidad*, revista mensual, porque pagaba mejor que otras publicaciones. Pero tenía que encontrar un tema conveniente, de otro modo podrían rechazar su trabajo. Bueno, iba a encontrar uno... "¿Cuáles son los problemas que inquietan a los jóvenes en la actualidad?... Son muchos, sin duda, pero tal vez la mayor parte de ellos se refiere al amor, al matrimonio, a la familia... Sí, hay muchos jóvenes que viven preocupados de estas cuestiones y las discuten todos los días. Bueno, vamos entonces con la familia. Pero ¿cómo presentarla?... Porque hay que hacer las cosas de modo que esta novela breve no sea rechazada. Pero ¿para qué estar prediciendo desgracias? Sin embargo..."

Saltó del lecho y de cuatro o cinco brincos se aproximó al escritorio; se sentó, sacó del cajón una hoja de papel con cuadrículas verdes y, aunque con cierta sensación de humillación, escribió sin vacilar el título: *Una familia feliz*.

Hecho esto, su pincel se inmovilizó. Levantó los ojos al cielo raso, pensando en el sitio en que colocaría a esta familia feliz. ¿Pekín? No, un lugar demasiado muerto, hasta el aire que se respira parece muerto. Y aunque esta familia viviera en una casa rodeada de altas murallas, el ai-

re de Pekín no dejaría de llegarle. ¡No, imposible! En Chiangsú y en Chechiang se prevé una guerra de un día a otro. En Fuchían, ni hablar. ¿Sechuán? ¿Guangdong? Están en plena guerra civil¹. ¿Tal vez Shangdong o Jonán? . . . De ninguna manera, uno de mis personajes podría ser secuestrado y si cualquiera de ambos esposos es apresado por los bandoleros, la familia se convertiría en una familia desgraciada. Por otra parte, las casas situadas dentro de las concesiones de Shanghai o Tientsín cobran alquileres demasiado subidos. . . ¿Y si los pusiera en el extranjero? No, sería completamente ridículo. No sé tampoco en qué situación están Yunnán y Guichou, pero las comunicaciones son tan difíciles. . .

Después de haber reflexionado largamente y al no encontrar un solo sitio apropiado, decidió inventar una ciudad que llamaría A. Pero de pronto le asaltó otra idea: "Existen no pocas personas que están contra el empleo de letras del alfabeto europeo; dicen que reemplazar el nombre de una persona o de un sitio por una inicial, disminuye el interés del lector. Más seguro será que en esta novela me abstenga de hacerlo. . . Pero ¿qué lugar será mejor,

¹*En aquel período había guerra civil entre los caudillos militares en muchos lugares de China. (N. de los T.)*

entonces? En Junán hay guerra, en Dalian los alojamientos son muy caros... En Chahar, en Chilin, en Jeilongchiang..., bueno, he oído decir que hay muchos bandidos; no, tampoco sirve esto..."

Volvió a dedicar largos minutos a la reflexión, pero fue inútil; no pudo encontrar un sitio conveniente para su relato. Finalmente decidió que esta familia feliz viviría hipotéticamente en una ciudad llamada A.

"En definitiva, esta familia tiene que vivir en A; se acabó la discusión. La familia se compone naturalmente del marido y la mujer, el señor y la señora, que se han casado por amor. Su contrato de matrimonio comprende una cuarentena de cláusulas muy detalladas, que aseguran a los esposos una igualdad perfecta y una gran libertad. Ambos son muy cultos, pertenecen a la *élite* intelectual... Haber estudiado en Japón es cosa pasada de moda... Es mejor que hayan estudiado en algún país de Occidente. El se viste siempre a la europea, con cuello almidonado e immaculado. Ella tiene siempre los cabellos rizados en la frente, suaves y vaporosos, peinados al estilo de un nido de gorriones. Luce siempre dientes nacarados, pero lleva el vestido chino..."

—No, no, eso no... ¡Veinticinco libras!

Al oír una voz de hombre que venía

de bajo la ventana, instintivamente se volvió en esa dirección. Pero las cortinas estaban descorridas y el sol brillaba tan fuerte que la reverberación le causó dolor en los ojos. Pronto oyó ruido de trozos de leña que caían al suelo. "No tengo nada que ver con eso", pensó volviéndose para continuar en sus reflexiones. "¿Veinticinco libras de qué?... Pertenecen a la *élite* intelectual, aman la literatura y el arte. Pero como han sido criados en el seno de familias felices, no gustan de las novelas rusas... La mayor parte de las novelas rusas muestran a gente del bajo pueblo y por lo tanto no son adecuadas para esta familia.

"¿Veinticinco libras? No pensemos en esto. ¿Qué leen entonces? ¿Los poemas de Byron, los de Keats? No, eso no, no es seguro... Ah, ya lo tengo, están maravillados con el libro *Un marido ideal*. Bueno, la verdad es que todavía no he leído ese libro, pero si los profesores de la Universidad lo elogian tanto, supongo que a este matrimonio le encantará. Ambos lo leen, cada uno tiene su ejemplar; hay dos ejemplares de *Un marido ideal* en el seno de esta familia..."

Experimentó una sensación de vacío en el estómago y, dejando el pincel, se agarró la cabeza con ambas manos, lo que le dio la posición de un globo suspendido de dos columnas. "...Están almorzando",

piensa. "Sobre la mesa hay un mantel de blancura nvea; el cocinero trae los platos, platos chinos. ¿Veinticinco libras de qué? No hay que pensar en esto. ¿Por qué platos chinos? Los occidentales dicen que la cocina china est a la cabeza del progreso, es la más sabrosa, la más sana; es la razón por la cual esta pareja prefiere los platos chinos. El cocinero trae el primer plato. Pero ¿qué puede ser el primer plato?"

—Leña para la lumbre. . .

Se sobresalta, vuelve la cabeza y ve a la dueña de su propia casa, de pie a su izquierda. Lo mira con sus ojos sombríos y tristes.

—¿Qué pasa? —pregunta, descontento de que haya venido a trastornar su creación.

—Hemos agotado la leña para la lumbre y acabo de comprar más. La última vez las diez libras costaban veinticuatro sapecas y hoy cuestan veintiséis. Me propongo darle veinticinco por las diez libras, ¿qué piensas t?

—Bien, bien, vaya por las veinticinco.

—No nos ha hecho un buen peso. Insiste en que hay veinticinco libras y media y yo pienso insistir en que hay veintitrés libras y media. . . ¿Qué crees t?

—Bueno, vaya por las veintitrés libras y media.

—En ese caso, cinco veces cinco, veinticinco; tres veces cinco, quince. . .

¡Oh!... Cinco veces cinco, veinticinco; tres veces cinco, quince... , tampoco pudo terminar la multiplicación. Después de una pausa, de súbito cogió con brusquedad el pincel y en la hoja de cuadrículas verdes en que había escrito *Una familia feliz*, se puso a hacer el cálculo. Después de largos minutos levantó la cabeza y dijo:

—Cincuenta y ocho sapecas.

—Entonces no me alcanza; me faltan ocho o nueve sapecas.

Abrió el cajón de la mesa, sacó todas las monedas que había, cerca de treinta, y las puso sobre la mano tendida de ella. La miró partir y volvió a su escritorio. Su cabeza estaba pesada, como si fuera a estallar, llena de atados de leña. Cinco veces cinco, veinticinco. El cerebro parecía tener números arábigos impresos en todas direcciones. Aspiró profundamente, luego hizo una forzada espiración como si con ese recurso fuera a desocupar su mente de la leña para la lumbre, las cinco veces cinco, veinticinco y los números arábigos. Y, efectivamente, después de ese ejercicio de respiración, se sintió más relajado. Volvió a sus reflexiones, que eran un poco vagas:

“¿Qué platos? No hay nada que impida que esos platos sean extraordinarios. Lomo frito, holoturias con camarones son platos bastante comunes. Estoy empeñado en hacerlos comer “duelo entre tigre y dragón”. Pero ¿en qué consiste este pla-

to? Algunos dicen que es un plato cantonés muy rebuscado que sólo se sirve en banquetes importantes y que lo preparan con gato y serpiente. Pero yo vi este plato en el menú de un restaurante en Chiangsú. En Chiangsú no comen a lo mejor gatos ni serpientes. Quizás, como me dijo otro, este plato se hace con ranas y anguilas. Bueno, entonces, ¿de qué provincia tendrían que ser ambos esposos? Tanto peor, dejemos eso de lado. En todo caso, de cualquiera provincia que sean, pueden muy bien comer una mezcla de gato con serpiente o de ranas y anguilas sin que la felicidad de la familia se vea afectada en absoluto. Bueno, quedamos en que el primer plato que se les sirve es "duelo entre tigre y dragón". No hay más que hablar sobre esto.

"Ahora que el plato "duelo entre tigre y dragón" se halla al centro de la mesa, los esposos levantan los palillos al mismo tiempo y señalando el plato se miran sonriendo:

"—*My dear, please.*

"—*Please, you eat first, my dear.*

"—*Oh, no, please you!*

"Y ambos, con sus palillos, sacan al mismo tiempo un trozo de serpiente... No, no, no está bien; la carne de serpiente es demasiado ordinaria; es mejor decir que sacan un trozo de anguila. En tal caso, el "duelo entre tigre y dragón" tiene que com-

ponerse de ranas y anguilas. Ambos sacan simultáneamente un pedazo de anguila de igual tamaño. Cinco veces cinco, veinticinco, tres veces cinco. . . Dejemos eso. Se llevan los trozos a la boca al mismo tiempo. . .”

Tuvo deseos irreprimibles de volverse para ver lo que ocurría a sus espaldas, porque sentía gran animación, que alguien iba y venía varias veces; pero se contuvo y continuó pensando distraídamente:

“Esto parece un poco sensiblero; no se es tan sentimental en la vida de familia. ¿Por qué tengo todo tan confuso en la cabeza? Temo que no voy a llegar a dar fin a esta historia, a pesar de que tiene un título tan bonito. . .

“Tampoco es absolutamente necesario que hayan estudiado en el extranjero; pueden haber estudiado en una universidad china; pero ambos tienen diploma universitario y pertenecen a la *élite* intelectual, a la *élite*. . . El marido es escritor, la mujer también escribe, o por lo menos es apasionada por la literatura. O bien ella es poeta y el marido un apasionado por la poesía; él es feminista. O mejor. . .”

No resistiendo más, volvió la cabeza.

Junto al estante de libros que se hallaba a sus espaldas se levantaba un montículo de coles: tres abajo, dos al centro y una encima, formando una A gigantesca.

“¡Oh!”, lanzó un suspiro de asombro;

el calor le subió a las mejillas y sintió una picazón corriéndole por la espalda. "Pues..." Respiró profundamente como para desembarazarse de la picazón que tenía junto a la columna vertebral y luego continuó:

"...Es necesario que esta casa feliz tenga muchas piezas. Hay una despensa donde se pueden meter los repollos y otros elementos por el estilo. El dueño de casa tiene un despacho personal, con estanterías para libros que cubren todos los muros y junto a las cuales no hay coles, naturalmente. Estas estanterías están colmadas de libros, libros chinos, libros extranjeros, entre los que no falta *Un marido ideal...*, dos ejemplares. El dormitorio es una habitación separada, con un catre de cobre, o bien una cama más corriente; una cama de madera de olmo como las que fabrican los presos de la cárcel número uno no estaría mal; debajo de la cama hay mucha limpieza..." Echó una mirada al suelo debajo de su propia cama; la provisión de leña para la lumbre se había acabado y no se veía sino un trozo de paja trenzada, estirado en el suelo como el cadáver de una serpiente.

"Veintitrés libras y media..." Tuvo el presentimiento de que la leña para la lumbre iba a llegar —cargas y más cargas— y comenzó a dolerle la cabeza. Se levantó precipitadamente de la silla y fue

a cerrar la puerta; pero cuando sus manos iban a tocar la perilla pensó que obrar de esa manera equivaldría en realidad a mostrar muy mal humor; en consecuencia, en vez de cerrar la puerta se limitó a bajar la cortina llena de polvo. Se dijo que esta medida, menos extrema que la de encerrarse, le evitaría también los inconvenientes de una puerta abierta; había alcanzado el justo término medio recomendado por los antiguos.

“La puerta del despacho del dueño de casa está, por lo tanto, siempre cerrada”, pensó mientras volvía a sentarse. “Si alguien necesita verlo, golpea la puerta y sólo entra cuando él lo autoriza. Este sistema es muy razonable. Cuando el marido está en su despacho y la mujer quiere ir a hablar de literatura con él, también golpea la puerta. . . Pero el marido no tiene nada que temer, ni mucho menos que ella vaya a llevarle un montón de coles.

”—*Come in, please, my dear.*

“Pero, ¿qué se puede hacer cuando el marido no tiene tiempo de hablar de literatura? ¿La deja llamar discretamente a la puerta sin responderle? No, no es posible. A lo mejor este caso está descrito en *Un marido ideal*. . ., de veras debe ser una buena novela. Si me pagan por mi narración, tendré que comprar este libro. . .”

¡Pam!

Su espalda se enderezó, porque sabía por experiencia que ese “¡pam!” era el ruido que hacía la mano de su mujer al caer sobre la cabeza de la hija pequeña, de tres años.

“En esta familia feliz...”, pensó con la espalda tiesa, oyendo llorar a la niña, “los hijos llegan tarde, más tarde. O bien no llegan, lo cual es mucho más simple para dos personas. Pueden vivir en una pieza de hotel, en una pensión con todo el servicio comprendido. Por otra parte, sería más simple que no hubiera sino una persona sola...”

Como los llantos de la niña redoblaban en intensidad, se levantó y cruzó la cortina pensando:

“Karl Marx escribió *Das Kapital* entre el ruido del llanto de sus hijos, lo que demuestra que era un gran hombre...”

Atravesó la pieza junto a la suya y abrió la puerta exterior; un fuerte olor a petróleo lo asaltó. La niña estaba tendida de boca, a la derecha de la puerta; al ver a su padre lloró aún con más ganas.

—Vamos, vamos, no llorar así, no llorar así, mi hijita buena... —Se inclinó para levantarla. Cuando la tenía en sus brazos se volvió y vio a su mujer, de pie al otro lado de la puerta. También ella tenía la espalda tiesa y parecía muy enojada, las manos en las caderas, como si estuviera

preparándose para hacer ejercicios gimnásticos.

—¡Tú también vienes a fastidiarme! En vez de ayudarme, lo echas todo a perder. Claro, tenías que dar vuelta la lámpara de petróleo. . . ¿Cómo vamos a alumbrarnos esta noche?

—Vamos, vamos, hijita, no llores más. —Poniendo oídos sordos a las enérgicas palabras de su mujer, llevó a la niña a su habitación, sin dejar de acariciarle la cabeza—. Tú eres mi hijita buena —dijo poniéndola en el suelo. Se sentó, instaló a la pequeña entre sus rodillas, y levantando la mano, añadió—: No llores, hijita buena. Papá va a imitar al minino cuando se lava la cara. Mira.

Alargando el cuello, sacó la lengua, hizo como que se humedecía la palma de la mano y luego se la pasó por la cara, dibujando círculos en el aire.

—¡Ah, ja, ja, es la gata “Florecilla”! —dijo la niña riendo.

—¡Eso es, eso es, “Florecilla”! —Se pasó aún varias veces más la mano en círculos junto a la cara; la niña lo miraba sonriendo a través de sus lágrimas. De pronto se dio cuenta del parecido que existía entre esa linda carita de niña inocente y la de su mujer, cinco años antes. Los labios muy rojos eran exactamente los mismos, sólo que más pequeños. Había sido en un día de invierno soleado; al oírlo de-

cir que estaba dispuesto a vencer todos los obstáculos y a hacer todos los sacrificios necesarios por ella, ella lo había mirado así, sonriendo a pesar de las lágrimas que nublaban sus ojos. Melancólicamente sentado en su silla, él daba la impresión de un hombre algo borracho.

“Ah, los hermosos labios...”, pensó.

De súbito se levantó la cortina y la leña para la lumbre hizo su entrada.

Recuperó su propio dominio y notó que la niña, aún con lágrimas en los ojos, lo miraba, los labios rojos entreabiertos. “Labios...” Echó una mirada de soslayo, vio que la leña llegaba por brazadas. “...Tal vez bastará que cuente cinco veces cinco, veinticinco, y nueve veces nueve, ochenta y uno, en el futuro, para que sus ojos se vuelvan sombríos y tristes...” Pensando en ello, cogió bruscamente la hoja de las cuadrículas verdes en la que había escrito un título y una serie de cifras, la arrugó y luego la estiró de nuevo y la aprovechó para enjugar los ojos y la nariz de la niña.

—Pórtate bien, anda a jugar sola.

La empujó hacia la puerta y lanzó con violencia la bola de papel arrugado al cesto de los papeles.

Se arrepintió en seguida de la brusquedad con la niña, y se volvió para mirarla alejarse solita. El ruido de la leña que arrojaban bajo la cama lo aturdió. Quiso concentrarse de nuevo y, sentándose a la mesa

de trabajo, cerró los ojos, desterró los pensamientos que lo perturbaban y permaneció apaciblemente inmóvil.

La imagen de una flor negra, redonda y plana, con un corazón de color naranja, surgió bajo sus pupilas; pasó flotando del rabillo del ojo izquierdo al ojo derecho y luego desapareció. En seguida fue una flor de un verde vivo con un corazón verde oscuro; finalmente un montículo formado por seis coles, que se alzó ante él con el aspecto de una A gigantesca.

18 de febrero de 1924.

RESTAURACION DE LA BOVEDA CELESTE¹

Nü-wa² se ha despertado sobresaltada. Acaba de tener un sueño espantoso, que no recuerda con mayor exactitud; llena de pena, tiene el sentimiento de algo que falta, pero también de algo que sobra. La excitante brisa lleva indolentemente la energía de Nü-wa para repartirla en el universo.

Se frota los ojos.

En el cielo rosa flotan banderolas de nubes verde roca; más allá parpadean las estrellas. En el horizonte, entre las nubes

¹*Este cuento se basa principalmente en la antigua leyenda china sobre la fundición de las piedras por Nü-wa para restaurar la bóveda celeste. (N. de los T.)*

²*Emperatriz legendaria china. Según una leyenda china acerca del origen de la humanidad, Nü-wa creó al primer hombre con tierra amarilla. (N. de los T.)*

sangrientas, resplandece el sol, semejante a un globo de oro que girara en un flujo de lava; al frente, la luna fría y blanca parece una masa de hierro. Pero Nü-wa no mira cuál de los astros sube ni cuál descende.

La tierra está vestida de verde tierno; hasta los pinos y los abetos de hojas perennes tienen un atavío fresco. Enormes flores rosa pálido o blanco azulado se funden en la lejanía en una bruma coloreada.

—¡Caramba! ¡Nunca he estado tan ociosa!

En medio de sus reflexiones, se levanta bruscamente: estira los redondos brazos, desbordantes de fuerza, y bosteza hacia el cielo, que de inmediato cambia de tono, coloreándose de un misterioso tinte rosa carne; ya no se distingue dónde se encuentra Nü-wa.

Entre el cielo y la tierra, igualmente rosa carne, ella avanza hacia el mar. Las curvas del cuerpo se pierden en el océano luminoso teñido de rosa; sólo en el medio de su vientre se matiza un reguero de blancura inmaculada. Las olas asombradas suben y bajan a un ritmo regular, mientras la espuma la salpica. El reflejo brillante que se mueve en el agua parece dispersarse en todas partes sin que ella note nada. Maquinalmente dobla una rodilla, tiende el brazo, coge un puñado de barro y lo modela: un pequeño ser que se le parece adquiere forma entre sus dedos.

—¡ Ah! ¡ Ah!

Es ella quien acaba de formarlo. Sin embargo, se pregunta si esa figurita no estaba enterrada en el suelo, como las batatas, y no puede retener un grito de asombro.

Por lo demás, es un asombro gozoso. Con ardor y alegría como no ha sentido jamás, prosigue su obra de modelado, mezclado a ella su sudor...

—¡ Nga! ¡ Nga!

Los pequeños seres se ponen a gritar.

—¡ Oh!

Asustada, tiene la impresión de que por todos sus poros se escapa no sabe qué. La tierra se cubre de un vapor blanco como la leche. Nü-wa se ha recobrado; los pequeños seres se callan también.

Algunos comienzan a parlotear :

—¡ Akon! ¡ Agon!

—¡ Ah, tesoros míos!

Sin quitarles los ojos de encima, golpea dulcemente con sus dedos untados de barro los rostros blancos y gordos.

—¡ Uva! ¡ Ahahá!

Ríen.

Es la primera vez que oye reír en el universo. Por primera vez también ella ríe hasta no poder cerrar los labios.

Mientras los acaricia, continúa modelando otros. Las pequeñas criaturas dan vueltas a su alrededor alejándose y hablando volublemente. Ella deja de compren-

derlos. A sus oídos no llegan sino gritos confusos que la ensordecen.

Su prolongada alegría se transforma en lasitud; ha agotado casi por completo su aliento y su sudor. La cabeza le da vueltas, sus ojos se oscurecen, sus mejillas arden; el juego ya no la divierte y se impacienta. Sin embargo, sigue modelando maquinalmente.

Por fin, con las piernas y los riñones doloridos, se pone de pie. Apoyada contra una montaña bastante lisa, con el rostro levantado, mira. En el cielo flotan nubes blancas, parecidas a escamas de peces. Abajo, el verde tierno se ha convertido en negro. Sin razón, la alegría se ha marchado. Presa de angustia, tiende la mano y de la cima de la montaña arranca al azar una planta de glicina, cargada de enormes racimos morados y que sube hasta el cielo. La deposita en el suelo, donde hay esparcidos pétalos medio blancos, medio violetas.

Con un ademán, agita la glicina dentro del agua barrota y deja caer trozos de lodo desmigajado, que se transforman en otros tantos seres pequeñitos parecidos a los que ya ha modelado. Pero la mayor parte de ellos tienen una fisonomía estúpida, el aspecto aburrido, rostro de gamo, ojos de rata; ella no tiene tiempo de ocuparse de semejantes detalles y, con deleite e impaciencia, como en un juego, agita más y más rápido el tallo de glicina que se

retuerce en el suelo dejando un reguero de barro, como una serpiente coral alcanzada por un chorro de agua hirviente. Los trozos de tierra caen de las hojas como chaparrón, y ya en el aire toman la forma de pequeños seres plañideros que se dispersan arrastrándose hacia todos lados.

Casi sin conocimiento, retuerce la glicina más y más fuerte. Desde las piernas y la espalda, el dolor sube hacia sus brazos. Se pone en cuclillas y apoya la cabeza contra la montaña. Sus cabellos negros como laca se esparcen sobre la cima. Recupera el aliento, deja escapar un suspiro y cierra los ojos. La glicina cae de su mano y, agotada, se tiende desmayadamente en tierra.

II

Un ruido terrible, producido por el derrumbamiento del cielo y la tierra, despertada sobresaltada a Nü-wa. Se desliza en línea recta hacia el sureste¹. Estira un pie

¹Trata de la leyenda acerca del golpe asestado sobre el Monte Hendido por el enfurecido Kung Kung. En *Juainantsi* se dice: "En tiempos muy antiguos, Kung Kung, enfurecido, dio un golpe al Monte Hendido por haber guerreado con Chuan Sü por el trono, lo que ocasionó el rompimiento del pilar celeste y la ruptura de un rincón de la tierra. El cielo se inclinó hacia el noroeste y los astros cambiaron de lugar; la tierra se hundió en el sureste, hacia donde fluyeron las aguas y la polvareda".

Según se dice, Chuan Sü fue nieto del Emperador Amarillo y uno de los cinco emperadores en la historia antigua de China. Kung Kung, llamado también Kang Jui, fue duque en aquella época. (N. de los T.)

para sujetarse, sin lograrlo. De inmediato extiende un brazo y se coge de la cima de la montaña, lo que detiene su caída.

Agua, arena y piedras ruedan por encima de la cabeza y por detrás de la espalda. Se vuelve ligeramente. El agua le penetra por la boca y las orejas. Inclina la cabeza y ve que la superficie del suelo está agitada por una especie de temblor. El temblor parece apaciguarse. Después de retroceder, se instala en un lugar seguro y puede soltar presa, para limpiarse el agua que ha llenado sus sienes y sus ojos, a fin de examinar lo que ocurre.

La situación es confusa. Toda la tierra está llena de corrientes de agua que parecen cascadas. Gigantescas olas agudas surgen de algunos sitios, probablemente del mar. Alelada, espera.

Al fin la gran calma se restablece. Las olas más elevadas ahora no sobrepasan la altura de los viejos picachos; allá donde se halla tal vez el continente, surgen osamentas rocosas. Mientras contempla el mar, ve varias montañas que, llevadas por el océano, avanzan hacia ella girando en inmensos remolinos. Temerosa de que choquen contra sus pies, Nü-wa tiende la mano para detenerlas y distingue, agazapados en cavernas, a una cantidad de seres cuya existencia no sospechaba.

Atrae hacia sí las montañas para observar a gusto. Junto a esos pequeños se

res, la tierra está manchada de vómitos semejantes a polvo de oro y jade, mezclados con agujas de abetos y pinos y con carne de pescado, todo masticado junto. Lentamente levantan la cabeza, uno tras otro. Los ojos de Nü-wa se dilatan; le cuesta comprender que son los que ella modeló antes; de manera cómica, se han envuelto los cuerpos y algunos tienen la parte inferior del rostro disimulada por pelos blancos como la nieve, pegados por el agua del mar en forma semejante a las hojas puntiagudas del álamo.

—¡Oh! —exclama asombrada y asustada, como al contacto de una oruga.

—¡Diosa Suprema, salvadnos!... — dice con la voz entrecortada uno de los seres con la parte inferior del rostro cubierta de pelos blancos, con la cabeza en alto, mientras vomita—: ¡Salvadnos!... Vuestros humildes súbditos... buscan la inmortalidad. Nadie podía prever el derrumbe del cielo y la tierra... ¡Felizmente... os hemos encontrado, Diosa Soberana!... Os rogamos que nos salvéis de la muerte... y nos deis el remedio que... que procura la inmortalidad...

Baja y sube la cabeza curiosamente, en un movimiento perpetuo.

—¿Cómo? —pregunta ella sin comprender.

Otros abren la boca y del mismo modo vomitan al mismo tiempo que exclaman

man: "¡Diosa Soberana! ¡Diosa Soberana!"; luego se entregan a extrañas contorsiones hasta el punto de que ella, irritada, lamenta el gesto que le provoca molestias incomprensibles. Recorre los alrededores con la mirada: ve un grupo de tortugas gigantes que se divierten en el mar. Exultante de alegría, deposita las montañas sobre sus caparazones y ordena:

—Llévame esto a un sitio más tranquilo.

Las tortugas gigantes parecen asentir con un movimiento de cabeza y se alejan; pero Nü-wa ha hecho un ademán demasiado brusco: de una montaña cae un pequeño ser con la cara adornada de pelos blancos. ¡Helo ahí, separado de los otros! Y como no sabe nadar, se prosterna a la orilla del agua, golpeándose el rostro. Un impulso de piedad cruza el corazón de la diosa, pero no se retrasa: no tiene tiempo que dedicar a semejantes bagatelas.

Suspira; el corazón se le aligera. A su alrededor, el nivel del agua ha bajado notablemente. Por todas partes surgen vastos terrenos cubiertos de limo o de piedras en cuyas hendiduras se hacina una multitud de pequeños seres, unos inmóviles, otros moviéndose todavía. Se fija en uno de ellos que la mira estúpidamente con ojos blancos. El cuerpo entero está cubierto de placas de hierro; en su rostro se pintan la desesperación y el miedo.

—¿Qué te ha ocurrido? —le pregunta en tono indiferente.

—¡Caramba! La desgracia nos ha caído del Cielo —responde con voz triste y lamentable—. Violando el derecho, Chuan Sü se ha rebelado contra nuestro rey; nuestro rey ha querido combatirlo de acuerdo con las leyes del Cielo. La batalla tuvo lugar en el campo; y como el Cielo no nos otorgó su protección, nuestro ejército tuvo que retirarse. . .

—¿Cómo?

Nü-wa no ha oído jamás nada de tal cosa y su sorpresa se deja ver.

—Nuestro ejército ha tenido que retirarse; nuestro rey ha estrellado la cabeza contra el Monte Hendido, ha quebrado la columna de la bóveda celeste y roto los cables de la tierra. ¡Ha muerto! ¡Caramba! ¡Esta es la verdad que. . .!

—¡Basta! ¡Basta! ¡No comprendo lo que me cuentas!

Al volverse, ve a otro pequeño ser, cubierto también de placas de hierro, pero con rostro orgulloso y alegre.

—¿Qué ha pasado?

Ella sabe ahora que esas minúsculas criaturas pueden componerse cien rostros diferentes, por eso quisiera conseguir una respuesta comprensible.

—El espíritu humano rompe con la antigüedad. En realidad, Kang Jui tiene un corazón de cerdo; ha tratado de usurpar

el trono celestial; nuestro rey mandó una expedición contra él, conforme a los deseos del Cielo. La batalla tuvo lugar en el campo. Como el Cielo nos diera su protección, nuestras tropas se han mostrado invencibles y han desterrado a Kang Jui al Monte Hendido.

—¿Cómo?

Probablemente Nü-wa no ha comprendido una palabra.

—El espíritu humano rompe con la antigüedad. . .

—¡Basta! ¡Basta! ¡Siempre la misma historia!

Está furiosa. Sus mejillas enrojecen hasta las orejas. Se vuelve a otro lado y descubre con dificultad a un tercer ser, que no lleva placas de hierro. Su cuerpo desnudo está cubierto de heridas que todavía sangran. Se cubre con rapidez los riñones con un paño desgarrado que acaba de sacar a un compañero ahora inerte. Sus rasgos muestran calma.

Ella se imagina que éste no pertenece a la misma raza que los otros y que acaso él podrá informarla.

—¿Qué ha pasado? —pregunta.

—¿Qué ha pasado? —repite él levantando ligeramente la cabeza.

—¿Qué es este accidente que acaba de producirse? . . .

—¿El accidente que acaba de producirse?

Ella arriesga una suposición :

—¿Es la guerra?

—¿La guerra?

A su vez, él va repitiendo las preguntas.

Nü-wa aspira una bocanada de aire frío. Con la frente en alto, contempla el cielo, que presenta una fisura larga, muy profunda y ancha. Ella se levanta y lo golpea con las uñas: la resonancia no es pura; es más o menos como la de un tazón trizado. Con las cejas fruncidas, escruta hacia las cuatro direcciones. Después de reflexionar, se estruja los cabellos para dejar escurrir el agua, los divide en dos mechones que se echa sobre los hombros y llena de energía se dedica a arrancar cañas: ha decidido "reparar antes que nada la bóveda celeste".

Desde entonces, de día y de noche, amontona las cañas; a medida que el hacinamiento aumenta, ella se debilita, porque las condiciones no son las mismas que otras veces. Arriba está el cielo oblicuo y hendido; abajo, la tierra llena de lodo y grietas. Ya no hay nada que le regocije los ojos y el corazón.

Cuando el montón de cañas llega a la hendidura, va en busca de piedras azules. Quiere emplear únicamente piedras azul cielo del mismo tono que el firmamento, pero no hay bastantes en la tierra. Como no quiere usar las grandes monta-

ñas, a veces va a las regiones pobladas en busca de los fragmentos que le convienen. Es objeto de burlas y maldiciones. Algunos pequeños seres le quitan lo que ha recogido; otros llegan al extremo de morderle las manos. Tiene que recoger algunas piedras blancas: tampoco éstas son suficientes. Agrega piedras rojas, amarillas, hasta grisáceas. Al fin consigue tapar la hendidura. No le queda sino encender fuego y hacer que los materiales se fundan: su tarea va a terminar. Pero está de tal modo agotada que sus ojos lanzan centellas y los oídos le zumban. Está a punto de que la abandonen las fuerzas.

—¡Caramba! ¡Nunca he sentido tal cansancio! —dice perdiendo el aliento.

Se sienta en la cima de una montaña y apoya la cabeza en sus manos.

En ese instante aún no se extingue el inmenso incendio de los viejos bosques sobre el monte Kunlún. Al oeste, el horizonte está rojo. Echa una mirada hacia allí y decide coger un gran árbol ardiendo para encender la masa de cañas. Cuando va a tender la mano, siente una picadura en el dedo gordo del pie.

Mira hacia abajo: es uno de esos pequeños seres que ella modeló antes, pero éste ha tomado un aspecto aun más curioso que los otros. Pedazos de tela, complicados y molestos, le cuelgan del cuerpo; una docena de cintas flota alrededor de su

cintura; la cabeza está velada con quién sabe qué; en la parte más alta del cráneo lleva sujeta una plancha negra rectangular; en la mano tiene una tablilla con la que pica el pie de la diosa.

El ser tocado con la plancha rectangular, de pie entre las piernas de Nü-wa, mira hacia lo alto. Al encontrar los ojos de la diosa, se apresura a presentar la tablilla; ella la toma. Es una tablilla de bambú verde, muy pulida, en la cual hay dos columnas de minúsculos puntos negros mucho más pequeños que los que se ven en las hojas de encina. Nü-wa admira la delicadeza del trabajo.

—¿Qué es eso? —pregunta con curiosidad.

El pequeño ser tocado con la plancha rectangular recita con el tono de una lección bien aprendida :

—Al ir completamente desnuda, os entregáis al libertinaje, ofendéis la virtud, despreciáis los ritos y quebrantáis las conveniencias; tal conducta es la de un animal.

La ley del Estado está firmemente establecida : eso está prohibido.

Nü-wa mira la tablilla y ríe secretamente, pensando que ha sido una tontería formular esa pregunta. Sabe que la conversación con semejantes seres es imposible, de modo que se atrinchera en el silencio. Coloca la tablilla de bambú sobre la plancha que cubre el cráneo del pequeño

ser y luego, extendiendo el brazo, arranca del bosque en llamas un gran árbol ardiendo y se prepara para encender el montón de cañas.

De pronto oye sollozos, un ruido nuevo para ella. Al bajar la vista, descubre que bajo la plancha, los pequeños ojos retienen dos lágrimas más pequeñas que granos de mostaza. ¡Qué diferencia con los lamentos "nga, nga" que está acostumbrada a escuchar! No entiende lo que sucede.

Enciende el fuego en varios puntos.

Al comienzo éste no es muy vivo, porque las cañas no están completamente secas; crepita, sin embargo. Al cabo de un momento, innumerables llamas se propagan, avanzan, retroceden, se alzan lamien- do las ramas por todos lados y se juntan para formar una flor de corola doble y luego una columna luminosa, cuyo resplandor sobrepasa en intensidad al del incendio del monte Kunlún. Un viento salvaje se levanta. La columna de fuego ruge mientras gira, las piedras azules y de otros tonos toman un color rojo uniforme. Como un torrente de caramelo, las rocas en fusión se deslizan en la brecha como un relámpago inextinguible.

El viento y el soplido de la hoguera desbaratan en cascadas. El resplandor del fuego le ilumina el cuerpo. En el universo aparece por última vez el tono rosa carne.

La columna de fuego continúa subien-

do, hasta que no queda de ella más que un montón de cenizas. Cuando el cielo se ha vuelto otra vez enteramente azul, Nü-wa estira la mano para palpar la bóveda, en la cual sus dedos descubren muchas asperezas.

“Ya veré, cuando haya descansado...”, piensa.

Se inclina para recoger la ceniza de las cañas, llena con ella el hueco de sus manos juntas y la deja caer sobre el diluvio que cubre la tierra. La ceniza aún caliente provoca la ebullición de las aguas; la ola mezclada de ceniza baña el cuerpo entero de la diosa; el viento que sopla tempestuosamente arroja sobre ella las cenizas.

—¡ Oh! . . .

Exhala un último suspiro.

En el horizonte, entre las nubes sangrientas, el sol resplandeciente, semejante a un globo de oro, gira en un flujo de vieja lava. Al frente, la luna fría y blanca parece una masa de hierro. No se sabe cuál de los astros sube, cuál descende. Agotada, Nü-wa se tiende; su respiración se detiene.

De arriba abajo reina en las cuatro direcciones un silencio más fuerte que la muerte.

III

En un día frío resuenan los clamores. Las tropas reales llegan al fin. Han esperado que cesaran el resplandor del fuego, el humo y el polvo, por eso han tardado tanto. A la izquierda, un hacha amarilla. A la derecha, un hacha negra. Detrás, un viejo y gigantesco estandarte.

Los hombres avanzan con precaución hasta donde yace el cadáver de Nü-wa. Ningún movimiento. Levantan entonces su campamento en la piel de su vientre, porque es el sitio más blando: son muy hábiles para escoger. Cambiando bruscamente el tono de sus fórmulas, se proclaman los únicos herederos de la diosa y cambian la inscripción de los jeroglíficos en forma de renacuajo de su gran estandarte en "Entrañas de Nü-wa".

El viejo taoísta que había caído a orillas del mar tuvo generaciones y generaciones de discípulos. Sólo en el momento de morir reveló a ellos la importancia histórica de las Montañas de los Inmortales, llevadas a alta mar por las tortugas gigantes. Los discípulos transmitieron a los suyos esta tradición. Para terminar, un mago a la caza de favores la comunicó al primer emperador de la dinastía Chin, quien le ordenó partir en busca de ellas.

El mago no encontró nada.

El emperador murió.

Más tarde, el emperador Wu, de la dinastía Jan, hizo que se emprendiera de nuevo la búsqueda, sin obtener resultado alguno.

Las tortugas gigantes probablemente no habían comprendido bien las palabras de Nü-wa. Su aprobación con la cabeza no fue tal vez otra cosa que una coincidencia. Nadaron por aquí y por allá durante cierto tiempo, luego se fueron a dormir y las montañas se derrumbaron. Por eso es que hasta ahora nadie ha podido ver jamás ni la sombra de una de las Montañas de los Inmortales. Cuando mucho se descubre cierto número de islas salvajes.

Noviembre de 1922.

MAO TUN

MAO TUN (seudónimo de Shen Yen-ping) nació en 1896 en la provincia de Chekiang. Es uno de los más típicos exponentes del realismo revolucionario surgido con el Movimiento del 4 de Mayo de 1919. En 1920 fundó la Sociedad de Estudios Literarios, otra de las organizaciones que impulsaron la nueva literatura. En 1927 adoptó el seudónimo de Mao Tun y posteriores a esa fecha son sus obras principales, las novelas *El arco iris*, *Si tres andan juntos* y *Medianoche*, que refleja la vida del centro industrial y económico de China en los años 30: Shanghai.

Ha sido diputado de la Asamblea Popular Nacional y Ministro de Cultura.

IMAGEN EN MINIATURA

La concubina se llamaba Ling. Podía también llamarse Lin. ¿Quién va a saberlo? El nombre de esta clase de mujeres es naturalmente incierto, puesto que ellas lo adoptan a su propio gusto.

El día que llegó a la casa, Lao-tai-tai¹ estaba comiendo *ling*²; silenciosamente la concubina entró en la habitación y se prosternó. Sorprendida, Lao-tai-tai tuvo un sobresalto; era un mal presagio, por lo cual se sintió muy contrariada. El peinado a la moda, con los cabellos desgredados, que llevaba la concubina resultó igualmente desagradable a los ojos de Lao-tai-tai. A pesar de la ausencia de una nuera legítima, la anciana se negó a ver en la recién llegada a una "esposa", y mientras roía las cas-

¹Título de cortesía que se da a una mujer de edad que es dueña de casa. (N. de los T.)

²Castañas de agua. (N. de los T.)

tañas de agua, la denominó maquinalmente "Hermana Ling".

Y puesto que Lao-tai-tai la había llamado así con sus propias palabras, fue la "Hermana Ling". De acuerdo con las costumbres del país, esta joven de menos de veinte años que tenía como apellido Ling o Lin, poco importa, fue reconocida como concubina.

La Hermana Ling tenía su madre; el señor le había prometido "continuar una relación de parentesco" cuando se convirtió en el amante de su hija, a quien conoció en una gran tienda. La Hermana Ling no tenía hermanos ni hermanas, de modo que era el único sostén de su anciana madre. Todo esto se lo había dicho la Hermana Ling muy claramente al señor en el momento de dejar Shanghai y contaba con su promesa. Pero ahora todo había cambiado. Tal género de parentesco no fue, por cierto, reconocido por Lao-tai-tai y el señor olvidó literalmente lo ofrecido. En muchas ocasiones buscó oportunidad para hablar al señor de su inquietud por su madre, que quedara en Shanghai, pero éste siempre ponía oídos sordos y permanecía en silencio. Una vez, sin embargo, ya impacientado por tan repetidos llamados, el señor se enojó.

—¡Ya, ya! —exclamó—. ¿Cuánto podrá gastar una vieja como ella? ¿Acaso en

algunos meses va a haber dilapidado los trescientos yinyuanes que le traspasé?

Cuando el señor cogió a la Hermana Ling para llevarla a su tierra, había dado, en efecto, a su madre la suma de trescientos yinyuanes. Eso fue causa de una disputa con Lao-tai-tai, que riñó al señor en presencia de la vieja criada Ho-ma, que servía en la casa por espacio de diez años.

—¡Para recoger a una muchacha hedionda en una avenida en Shanghai tenías que dilapidar trescientos yinyuanes! —gritó Lao-tai-tai—. ¡Tiras los yinyuanes como si fueran agua sucia! Ni siquiera has gastado tanto para el matrimonio de tu hija Se-neu¹. Sus maletas eran de imitación de cuero y el mismo día de su matrimonio las tapas se rompieron. ¡Hasta hoy se ríe la familia de su marido! Además era algo de mal augurio y la prueba de ello es que los niños que ha tenido Se-neu han muerto todos antes de cumplir los cien días. ¡Apenas has juntado un poco de dinero en tu comercio de mercado negro² cuando ya lo tiras a puñados! ¡Oh Buda Anithaba... , mereces que un rayo te parta!

En el pasado Lao-tai-tai había conquistado fama de mujer de genio violento y el señor le tenía un poco de miedo. Esta Hermana Ling, que le costó trescientos yin-

¹Cuarta hija. (N. de los T.)

²Opio. (N. de los T.)

yuanes traerse, muy pronto perdió para él sus atractivos y no le pareció mejor que la Segunda Hermana Li, del prostíbulo de la ciudad. Sin duda había tirado ese dinero a tontas y a locas.

Enojado por haber perdido su dinero y recibir encima reproches, el señor no tardó en descargar su cólera sobre la Hermana Ling. Esta empezó a conocer las bofetadas y también las patadas del señor. Ello se produjo exactamente dos meses después de ser reconocida como "Hermana Ling".

Para decir verdad, la Hermana Ling no era ya en esta época como el día de su llegada. En la ciudad no había ninguna peluquería digna de ese nombre; se ignoraba el arte de encrespar el cabello. La cabellera de la Hermana Ling pronto fue simplemente echada hacia atrás, formando un moño como cola de pato. En eso no se diferenciaba de las mujeres de la ciudad. Se le había terminado su lápiz labial y se le rompieron las pinzas para depilarse las cejas. Esos artículos escaseaban en el mercado de la ciudad y el señor no quiso comprarle otros, por más que muchas veces tuvieron oportunidad de ir a Shanghai. De día en día, la Hermana Ling se volvió más fea y pronto perdió los atractivos que la distinguían entre las otras mujeres.

Por lo demás, el señor tenía otras razones para no estar satisfecho con la Her-

mana Ling. Dos días después de haberle pegado por primera vez, borracho, cogió a la Hermana Ling en pleno día, al rayo del sol, y la brutalizó. De pronto descubrió bajo el vientre de ella algunos rastros de magulladuras. De golpe se recobró de su borrachera, se levantó de un salto y la lanzó al suelo.

—¡Cochina ramera! —gritó apretando los dientes. Luego, después de golpear a la joven, agregó—: ¡Yo que te creía virgen! ¡Qué bien desempeñaste tu papel la primera noche que pasamos juntos en el hotel de Shanghai!

La Hermana Ling no se atrevió a contestar, limitándose a llorar en su interior.

La noticia llegó a oídos de Lao-tai-tai y la vida de la Hermana Ling se hizo aun más insostenible. Insultarla abiertamente o por medio de insinuaciones era la ocupación cotidiana favorita de Lao-tai-tai. A veces hasta olvidaba la paz del espíritu que es necesario conservar en los días vegetarianos.¹ Esta historia tenía la virtud de aumentar su furor y en su cólera llegaba a vociferar, golpeando los muebles. La Hermana Ling no se atrevía ni a respirar. Una fuina se había robado a la vieja gallina de la casa, lo cual Lao-tai-tai cargó también a

¹Ciertos días los budistas sólo comen legumbres, consagrando la jornada de ayuno a un recuerdo, un voto o una meditación. (N. de los T.)

la cuenta de la Hermana Ling. Gritaba apuntando sus dedos a la cara de ella:

—¡Mujerzuela! ¡Zorrilla! ¡Hacer esto en pleno día! ¿No te importa nada cometer un pecado? ¡No me asombra en absoluto que la fuina se llevara a nuestra gallina! ¡Has profanado al Buda Sol; ya verás, seguramente no vas a morir de muerte natural! ¡Zalamera desvergonzada!

II

Para renovar sus existencias, el señor iba una vez al mes a Shanghai, donde permanecía de tres a cinco días y a veces hasta una semana, según las circunstancias. En cada una de estas ausencias, la Hermana Ling se sentía feliz como un condenado salvado del patíbulo. No por ello se calmaban las vociferaciones de Lao-tai-tai. El señor joven, hijo del amo, un muchacho de la misma edad que la Hermana Ling, se mostraba por otra parte cada vez más audaz. Normalmente era a la pequeña sirvienta Sing-eul¹ a la que cogía; al verlo, ésta temblaba como una rata ante un gato. Si se encontraba a solas con la Hermana Ling, le rasguñaba la palma de la mano, le aca-

¹Damasco. (N. de los T.)

riciaba el mentón o bien le tocaba el pecho. La Hermana Ling no quería enfadarse; sin atreverse a gritar, se escabullía, roja la cara. El joven la miraba huir sin decidirse a atraparla.

Había por otra parte alguien mucho más temible que el joven señor: era el señor yerno, el marido de esa Se-neu, hija del señor, de quien Lao-tai-tai hablaba tan a menudo. Aparentemente parecía tener tanta fuerza bruta como el señor. El también la llamaba "Hermana Ling", y se atrevía a pellizcarle el muslo debajo de la mesa, aun en presencia de Lao-tai-tai, que era, sin embargo, tan severa. La Hermana Ling evitaba al señor yerno tanto como Sing-eul al joven señor.

El señor yerno tenía un cargo en la oficina de seguridad pública de la ciudad. Iba a casa más a menudo cuando el señor estaba ausente. A veces llevaba a la cintura una bolsa de cuero y la Hermana Ling sabía que contenía un revólver. En esos momentos el corazón de ella se ponía a saltar furiosamente y hasta llegaba a pensar que estaba más segura cuando el señor se hallaba en casa y a desear vivamente su regreso.

Existía en la ciudad una especie de milicia encargada de la seguridad de la región y el señor era uno de sus "patrocinadores". Cuando volvía de Shanghai con las mercaderías, los "capitanes" de la mi-

licia iban a esperarlo. Esos capitanes eran dos. Ambos lanzaban codiciosas miradas al cuerpo de la Hermana Ling, en toda ocasión, furtivos como ladrones. En la habitación había dos grandes paquetes debidamente envueltos. Eran las mercaderías traídas por el señor. En una oportunidad éste sintió repentino enojo después de escuchar el informe de los dos capitanes.

—¡Qué! ¡Tiene el veinticinco por ciento por estar sentado en un sillón y todavía no está contento! ¡Atreverse a hacerme una mala jugada a mí!... ¡Cree que esos cuantos tuberculosos que tiene bajo su mando van a impresionarme! ¡Si quiere usar la fuerza, le devolveremos la mano! El vapor nos traerá mañana cien libras de mercaderías. Ustedes tienen que estar de guardia cuando atraque y no vacilen en pelear si es necesario. Son ellos los que se niegan a un arreglo amistoso... Mañana a las cinco de la mañana. ¡Por una vez, levántense temprano; va en nuestro interés común; no teman cansarse!

—Pero para nuestros muchachos...

—¡Nuestros muchachos tendrán dos onzas de opio bruto cada uno si ganan la pelea! —interrumpió el señor, aún colérico, sin dejar que el capitán terminara su frase.

La Hermana Ling escuchaba intrigada detrás de la puerta, cuando de pronto alguien le pinchó el hombro.

—¡Ay! . . . —gritó, pero se detuvo súbitamente. ¡No era otro que el señor yerno! Sus miradas lúbricas sobre el rostro de la Hermana Ling parecían querer tragársela; sin embargo, el señor estaba al otro lado de la puerta. El corazón de la Hermana Ling saltaba hasta romperse.

El señor yerno hizo un gran esfuerzo sobre sí mismo para contener su ardor, escupió y luego partió. Fue en busca del señor y conversó con él en voz baja durante un buen rato. La gruesa voz del señor se escuchó de pronto.

—¡El cochino! ¡Puesto que es así, lo derribaremos! ¡Mañana en la mañana iré yo mismo!

Después el señor yerno se echó a reír. Para la Hermana Ling esa risa era como el ulular de un búho. Todo el resto del día, hasta el momento en que se encendió la lámpara, el señor permaneció con el rostro de un color gris acero, sin decir palabra. Sacó su revólver, lo abrió, practicó un examen minucioso, luego volvió a cerrarlo y le puso las balas. Lo cogió varias veces, haciendo ademán de apuntar. Cuando la Hermana Ling pasaba cerca de él, sus piernas temblaban. El señor salió al fin con su arma, sin esperar la comida. La Hermana Ling sintió en su corazón el peso de un bloque de piedra; ningún pensamiento podía distraerla de la sensación que la embargaba. Durante todo ese tiempo, Lao-tai-tai

recitaba en silencio sus oraciones ante el altar de Buda y sus dedos desgranaban rápida y nerviosamente un rosario. En un incensario depositado ante el altar humeaba el sándalo.

Hacia la medianoche volvió el señor. Su rostro estaba azul violáceo. Sus ojos rojos se veían más pequeños que de costumbre. Un vapor cálido emanaba de su cabeza sudorosa. Olía a alcohol a dos metros de distancia. Sacó de su ropa el revólver y, "¡pam!", lo dejó en la mesa. La Hermana Ling, con manos temblorosas, lo ayudó a desvestirse. De pronto el señor estiró un brazo, la tomó por la cintura, la levantó y la echó en la cama. Reía a carcajadas. Era un gesto inesperado en ese momento. La Hermana Ling permaneció inmóvil, sin saber qué suerte la esperaba. El señor se aproximó entonces, desgarró furiosamente el vestido de la Hermana Ling y la joven vio en su mano derecha el revólver que brillaba. Las extremidades de ella se volvieron inertes y sus ojos reflejaron el espanto. El helado cañón del revólver se apoyó en su pecho. Todo su cuerpo tembló, el lecho crujió y se oyó la voz del señor que decía:

—¡Voy a probar en ti si mi revólver funciona bien!

A la Hermana Ling le zumbaron los oídos. Las lágrimas corrieron por sus mejillas.

—Cobarde, vagabunda, ¿le tienes miedo a la muerte? ¡Ah, es mejor que te conserve para jugar!

El señor soltó una risa diabólica, abrió la boca y, después de una arcada, vomitó sobre la Hermana Ling y sobre la cama. A tropezones, cayó al fin atravesado en el lecho y se puso a roncar.

La Hermana Ling se limpió, limpió la cama y se acurrucó en un rincón, sin atreverse a dormir ni poder hacerlo. Pensaba que en el fondo habría sido bueno que la bala le atravesara el corazón. Tomó el arma y la examinó un momento. Cerró los ojos. Su corazón latió muy fuerte. Finalmente soltó el revólver. Vivir es sufrir; morir es algo abominable.

Hacia las dos de la mañana sonaron fuertes golpes en el portón de la calle. El señor se despertó, escuchó un momento con atención, cogió el revólver y corrió a la ventana.

—¡Colección de desgraciados, no formen tanto alboroto! —gritó después de abrir la ventana.

—¡Estamos todos! —respondió una voz que venía de fuera, más allá del portón del patio.

El señor se puso su túnica de piel, sin abotonarla, y tomó una faja de seda para colocársela como cinturón; allí metió el revólver. Luego partió apresuradamente. La Hermana Ling lo oyó conversar algunas

palabras con los que estaban al otro lado de la puerta y jurar: "¡Hato de vagos!" Luego toda la banda se marchó.

La Hermana Ling miró al cielo: brillaban en él una que otra estrella y dos o tres nubes parecían estar fijas y como heladas. Se estremeció y, soñolienta, volvió a la cama y estiró las frazadas, tapándose la parte baja del cuerpo. Se dijo que era mejor no dormirse, pero pronto, vencida por el sueño, su cabeza, que estaba apoyada en la barra del catre, se deslizó sobre su hombro... Tuvo un sueño... Soñó que el señor disparaba sobre ella; luego vio a su madre que la tomaba entre sus brazos llorando; después, como si se hubiera vuelto loca, la apretaba más y más, más y más... La Hermana Ling se despertó sobresaltada; su madre no estaba allí, pero ella sentía realmente que un cuerpo pesaba sobre el suyo y daba estertores precipitados. A la luz de la lámpara de petróleo distinguió el rostro de la persona y empalideció de miedo.

—¡El joven señor!... ¿Tú?... —gritó enloquecida, evitando los labios que buscaban los suyos—. ¡Si no te marchas inmediatamente, voy a gritar!

—¡Grita, pues! El viejo se fue a pelear con los agentes de la policía para disputarles el opio. Y la abuela no se ocupa de cosas semejantes —dijo el joven señor con tono canallesco.

No tenía más de dieciséis o diecisiete años, pero era mucho más fuerte que la Hermana Ling.

—Pero... ¡esto es perderme!... — murmuró ésta con los ojos llenos de lágrimas.

Lo dejó hacer. La luz de la lámpara disminuyó y luego se apagó por falta de combustible. Un resplandor blanco que se aclaraba más y más apareció en la ventana y el gallo de la casa cantó en el patio: ¡Cocorocó, cocorocó! El del vecino lo acompañó y luego esto se transformó en un concierto de gallos de toda la vecindad.

De pronto se oyó un rumor que se aproximaba y se escuchó golpear brutalmente en el portón de la entrada. Llena de pánico, sin pensar en nada, la Hermana Ling se volvió, empujó al joven señor y se precipitó para ir a cerrar la puerta de la habitación. El joven señor, que la había seguido de cerca, la detuvo, diciendo:

—¡Pero tú estás idiota!

Luego se esquivó con rapidez.

La Hermana Ling se puso precipitadamente un vestido y tirando la frazada sobre su cabeza, se acurrucó en la cama, temblorosa. Oyó pronto grandes ruidos y luego gritos ante su propia puerta. Saltó del lecho y arriesgando el todo por el todo fue a abrir. Cinco o seis personas se hallaban allí y entre ellas el señor y el señor

yerno. Al señor lo traían entre dos hombres, uno levantándolo de los hombros y el otro de los pies. Su túnica de piel, abierta sobre el pecho, dejaba ver una mancha de sangre coagulada sobre los largos vellos blancos. Después de instalar al señor en la cama, los hombres se fueron, excepto el señor yerno y el capitán. El señor gemía de dolor. El capitán se acercó a él y le dijo después de echar una mirada a su herida:

—No creo que los médicos de la ciudad sean capaces de curar esto. Pero este disparo es bien raro. Todos nuestros enemigos estaban ante nosotros y esta bala disparada de lado es realmente incomprendible; no puede ser una bala perdida. El que la disparó apuntó desde luego a nuestro jefe. Por otra parte, ese perro del comisario de policía ya ha sido arreglado por nuestra gente.

La Hermana Ling, acurrucada en un rincón de la cama, notó que el señor yerno se reía a escondidas tras la espalda del capitán.

En el piso de abajo, Lao-tai-tai vociferaba golpeando los muebles:

—¡Es el castigo merecido! ¡Atreverse a ofender al Buda Sol! ¡Todo esto es culpa de esa cochina! ¡Desde que llegó, yo ya sabía que traería la mala suerte! . . . ¡Qué hablan de los médicos! ¡Matando a esa cochina, se le curará! ¡Que maten a esa cochina!

III

Cuando salió el sol, en toda la ciudad comenzó a hablarse de un terrible asunto de bandidos. En una comunicación telefónica a larga distancia con la subprefectura, el presidente de la Cámara de Comercio dijo que el comisario de policía había resultado muerto en el campo de batalla y que el jefe de la milicia estaba gravemente herido. En el informe de la prefectura al jefe de la capital de la provincia, los bandidos pasaron a ser "una banda de doscientos o trescientos malhechores provistos de armas perfeccionadas, que maniobraron a escondidas atacando por sorpresa". De acuerdo con el informe, el jefe de la capital de la provincia envió un batallón de gendarmes para una "pacificación severa".

El día de la llegada de los gendarmes a la ciudad, la Hermana Ling los vio pasar por la calle, preguntándose si habían venido para secundar al señor o al señor yerno. Sin saber exactamente por qué, estaba convencida de que el señor yerno había disparado a traición sobre el señor. Sin embargo, se guardaba todo esto en su corazón y no hablaba de ello ni aun al joven señor.

La herida del señor mejoraba de día en día. La pequeña bala de revólver quedó incrustada en la carne y la llaga cicatrizó. La Hermana Ling veía con temor la mejo-

ría del señor: no fuera a brutalizarla de nuevo. Suplicó a escondidas al joven señor que la librara de sus penas, pero éste, en vez de ayudarla, se burló de ella.

Algunos días más tarde el señor se levantó. La Hermana Ling estaba tan inquieta que no pudo tragar nada a la hora de comida. El señor, que parecía igualmente preocupado, no pensaba por lo demás en atormentarla. Uno de los capitanes venía a menudo a hablar con él, le dirigía la palabra en voz baja y el señor fruncía las cejas al escucharlo. Un día la Hermana Ling se hallaba junto al señor, preparando nidos de golondrina, y oyó que el capitán decía:

—La Cámara de Comercio les proporciona todos los días treinta mesas con comida y vino. Esto dura ya más de quince días y la Cámara ha gastado más de dos mil yinyuanes. El viejo Li, el presidente de la Cámara, no halla las horas de que se vayan. Pero el jefe de la gendarmería dice que han recibido órdenes de sus superiores de pacificar a los bandidos y que no podrán regresar antes de haber librado batalla con los malhechores, para cumplir así su misión...

—¡Ah, quieren cumplir su misión!
—recalcó el señor, apretando los dientes y frunciendo aun más las cejas.

Después de un breve silencio, el capi-

tán murmuró algo al oído del señor, quien exclamó, dando un salto:

—¿Qué? ¡Sólo ayer pidieron y se les dieron once libras de opio, y hoy exigen todavía más! ¡Hato de vagabundos!

—Hay algo todavía peor —agregó el capitán—. Arrasan con todo en el camino. Nuestros hombres que llevan la mercadería a nuestros clientes importantes son atacados y robados. ¡En los quince días que llevan aquí han llegado a conocer todos nuestros filones!

—¡Pero es una verdadera insurrección! —gritó el señor, golpeando la mesa; las venas de su cabeza se habían hinchado hasta alcanzar el grueso de pequeños dedos. La Hermana Ling sintió miedo al verlo en ese estado. ¡No fuera a golpearla otra vez con el revólver!

—Si los dejamos otros quince días, esto significará el fin de todo nuestro comercio. ¡Hay que tomar una resolución!

El señor suspiró también. Luego cuchichearon todavía mucho tiempo. La Hermana Ling notó que en el rostro del señor, que aprobaba continuamente con la cabeza, aparecía un resplandor de alegría. Al partir, el capitán llamó de repente al señor por su sobrenombre:

—¡Genio de la Tierra! ¡Quédese tranquilo! Nos disfrazaremos hábilmente, nadie nos reconocerá. La aldea del noroeste es preferible, porque los aldeanos son rela-

tivamente acomodados. Mal o bien, podremos recuperarnos un poquito.

—Será necesario que nuestros guías sean muy circunspectos. Apenas sepan la llegada de los gendarmes, nuestros hombres deberán retirarse rápidamente. ¡Tenemos que evitar ponernos en ridículo en un encuentro verdadero!

Después de escuchar las reiteradas recomendaciones del señor, el capitán se marchó. Con la cara contraída, el señor permaneció largo tiempo sentado, reflexionando. Luego mandó a la sirvienta que fuera a buscar al señor yerno. Al oír nombrar al señor yerno, la Hermana Ling sintió que un malestar invadía todo su cuerpo. Le habría gustado comunicar sus sospechas al señor, pero finalmente no dijo nada y se retiró.

El señor yerno conversó un rato con el señor y se marchó precipitadamente. Al encontrar a la Hermana Ling en el umbral de la puerta, le hizo una mueca y se echó a reír mostrando sus dientes de fiera. A la Hermana Ling se le puso la carne de gallina, como si hubiera estado ante una víbora que lanzara su ponzoña.

A la hora de la cena, el señor quiso de pronto beber vino. A cada vaso que le servía, la Hermana Ling sentía más aprensión en el alma, pensando que esa noche iba a ser mala para ella. Pero, cosa extraordinaria, el señor se limitó a beber sin hacer

nada más. Se sirvió todavía otro vasito que bebió muy lentamente, con mucha calma, descansando entre cada trago y tendiendo el oído para escuchar. Hacia las nueve llegaron ruidos de pasos desde la calle; luego se oyó gritar órdenes. El señor dejó de beber y pareció profundamente preocupado, se tendió de lado en la cama y le pidió a la Hermana Ling que le acariciara las piernas. Pasó aún un largo rato, luego se oyeron disparos de fusil a lo lejos. El señor saltó de la cama y corrió a mirar por la ventana. Hacia el noroeste se veía un rojo resplandor de incendio. Miró durante un buen rato y luego se sirvió un gran vaso de vino, que se bebió de un trago. Sacudió la cabeza y extendió los brazos; la Hermana Ling conocía muy bien esa señal: el señor quería que lo desvistieran. Su corazón saltó. Pero, cosa extraordinaria, el señor se acostó, se hizo acariciar las piernas por ella y luego se durmió.

Al día siguiente la Hermana Ling supo en la cocina de boca de A-ta el tiñoso, el hombre que traía el agua, que durante la noche los bandidos habían llegado a la aldea del noroeste, que los gendarmes se habían trasladado allí y, después de una batalla que duró la mitad de la noche, detuvieron a una gran cantidad de campesinos cómplices de los bandidos, y que un bandido estaba herido. Todos los detenidos se

hallaban ya en la cárcel de la comisaría de policía.

De pronto se oyó a Lao-tai-tai en la pieza de delante, que golpeaba la mesa y vociferaba:

—¡Dejarse hechizar por una bruja y buscar querrela al marido de su propia hija! ¡Atreverse a ofender así al Buda Sol!..

Llevando un tazón de sopa azucarada de granos de loto, la Hermana Ling subió la escalera; ante la puerta de la habitación oyó que el señor regañaba con voz severa.

—¡Tú estás loco para hablarme de esa manera!

—¿No tienes todavía bastante con esa bala del otro día?

Era la voz del señor yerno la que respondía. El señor yerno hablaba apretando los dientes y acompañando cada palabra de risas diabólicas que hacían temblar. Con el corazón saltando hasta rompersele, la Hermana Ling avanzó maquinalmente; de pronto, por el hueco de la puerta, vio al señor yerno que levantaba el brazo y apuntaba un revólver sobre el señor; sus piernas temblaron y pareció que se le helaba la sangre. Oyó gritar al señor:

—¡Carne de patíbulo! Te atreves...

“¡Pam!” El disparo sonó. La Hermana Ling cayó en el hueco de la puerta; sus ojos, salidos a medias de las órbitas, parecían ojos de pescado muerto. Tuvo aún tiempo de ver el rostro contraído del señor

yerno, quien a grandes zancadas pasaba junto a ella.

Luego se desvaneció.

IV

Aunque le habían disparado al señor y no a ella, la Hermana Ling se sintió enferma. Durante dos días tuvo fiebre alta y delirios. Su rostro estaba rojo como si hubiera bebido vino y sus ojos lacrimeantes mostraban una mirada fija. En todo ese tiempo no comió y pronunciaba palabras incoherentes. Al tercer día se sintió mejor. Fatigada en extremo, se durmió; en la noche se despertó de pronto, muerta de sed, y notó con sorpresa que la pequeña sirvienta Sing-eul miraba por la ventana. Había olvidado por completo los acontecimientos ocurridos y no comprendía por qué se hallaba en cama. Quiso levantarse, pero se sintió horriblemente cansada y sin fuerzas.

—Sing-eul, ¿qué miras ahí? ¡Ten cuidado, no te vaya a pegar el señor! — murmuró la Hermana Ling con voz débil. Sintió también mucha hambre. La pequeña Sing-eul se volvió y se echó a reír; luego, después de un instante, dijo con aire malicioso:

—¡Pero si el señor ha muerto! ¡To-

ma... , si estaba tendido en medio de la sangre, un verdadero charco!...

La Hermana Ling se estremeció al recobrar la memoria. Su corazón se puso a saltar muy rápido; luego de nuevo dejó de reconocer lo que la rodeaba y cayó en una especie de alucinación. Volvió a ver al señor apuntándole su revólver en el pecho, luego al señor yerno, con máscara de asesino, disparando sobre el señor, y finalmente una cara con las cejas fruncidas que la miraba con fijeza y esta cara era también la del señor yerno. Creyó haber gritado, pero el sonido de su propia voz le llegó desvanecido, como a través del espesor de muchos muros. Luego sintió algo pesado que oprimía su pecho y se desvaneció de nuevo.

Cuando se despertó, esta vez la Hermana Ling se creyó muerta. En su habitación había una lámpara encendida y una sombra se erguía junto a su cama. Notó que era la del joven señor, que estaba de pie ante el lecho, volviendo la espalda a la luz. Se hallaba muy cerca de ella y la Hermana Ling murmuró, quejumbrosa:

—¿Entonces no estoy muerta?

—¿Crees que se puede morir tan fácilmente?

La Hermana Ling cambió de posición y con voz aun más suave, dijo:

—Pero... , recuerdo... , el señor yerno...

—Acaba de salir. Mediante un truco, lo he hecho irse. . .

—¡Qué diablo eres!

La Hermana Ling dejó que el joven señor le acariciara las mejillas, pero de nuevo sintió hambre.

Por lo que el joven señor dijo, supo que el señor yerno había sucedido al señor como jefe de la milicia. Y también había tomado en casa la dirección de todos los asuntos. Por un momento se quedó embargada; luego, sin poderse contener, preguntó:

—¿Sabes cómo murió el señor?

—Falta de prudencia del viejo. Hizo un movimiento en falso, su revólver se disparó y se mató.

—¿Quién te dijo eso?

—Mi cuñado. Mi abuela también. Ella dice que se debe a que el viejo había ofendido al Buda Sol y que los demonios lo impulsaron a dispararse a sí mismo. Dicen también que tú has ofendido asimismo al Buda Sol y que, una vez muerto, el viejo te quería como testigo para comparecer ante el Rey de los Infiernos. Por eso quedaste como muerta dos o tres días.

La Hermana Ling reflexionó un buen rato, con rostro alelado; en seguida, sacudiendo la cabeza, dijo al oído al joven señor:

—¡No! ¡El señor no se mató él mismo! No lo dirás a nadie, ¿verdad? . . . ¡Vi con

mis propios ojos que el señor yerno disparaba y mataba al señor!

Convencido a medias, el joven señor miró a la Hermana Ling. Luego, sin emoción, replicó:

—¡Qué importa cómo ha muerto! El hecho es que está muerto.

—¡Ah, yo sé que el señor yerno te matará también un día y que luego me llegará el turno igualmente!

El joven señor no dijo nada, limitándose a mirar a la Hermana Ling con los ojos semicerrados.

—Sin duda un día te matará si se da cuenta de que tú y yo. . . —agregó la Hermana Ling suspirando. Con la cabeza baja, el joven señor permanecía incapaz de tomar determinación alguna. La Hermana Ling lo empujó.

—¡No te quedes así, sin querer irte! ¡Va a volver!

—¡Eso es lo que tú crees! Hoy toma el mando y está invitado por sus gentes a casa de la Segunda Hermana Li, la prostituta. ¿Cómo va a volver? ¡No volverá seguramente esta noche!

—¡Mala lengua! —contestó la Hermana Ling.

No dijo nada más. A pesar de todo, el joven señor tenía algo de miedo. Después de divertirse un poco, se marchó y la Hermana Ling se durmió de un modo pesado; dormitó así cierto tiempo hasta

que la despertó alguien que la empujaba. En la calle se oía un gran ruido como el de los petardos en vísperas del Año Nuevo. Era el joven señor que acababa de despertarla. Su rostro mostraba terror. La tiro-neó para que se levantara.

—¡Son los bandidos! —dijo—. ¡Esta vez son de veras! ¿Oyes? ¡Disparos de fusil! Están disparando a la entrada oeste de la empalizada.

En medio de su confusión, la Hermana Ling no pudo pronunciar una sola palabra. Con ojos extraviados miró por la ventana: un postrer rayo de oro del sol brillaba en el rincón de la muralla del patio. El joven señor, mientras la instaba a que se vistiera, le explicó:

—La última vez el viejo mandó a sus gentes a saquear e incendiar la aldea del noroeste. Los gendarmes han detenido a muchos campesinos tomándolos por bandidos. Pero esta vez son verdaderos bandidos los que vienen y entre ellos se encuentran campesinos maltratados injustamente. Vienen a esta casa, a masacrarnos. . .

No tuvo tiempo de terminar; en la calle sonaban gritos acompañados de golpes a las tablas y a las puertas; las tiendas cerraban. Dejando a la Hermana Ling, el joven señor corrió abajo. Con las piernas temblorosas, ella se arrastró penosamente hasta la ventana. En la calle se veía a los gendarmes huir corriendo en todas direc-

ciones, asaltando de paso aquellos comercios que no habían tenido tiempo de cerrar fijando los postigos movibles en el frente. Pero también se disparaba contra las tiendas cerradas. La Hermana Ling rodó y cayó al suelo, al mismo tiempo que volvía el joven señor para llevarla, deseoso de huir con ella.

—¡Ya están los bandidos en la ciudad! —gritó jadeando—. ¡Mi cuñado acaba de ser muerto por muchas balas que venían de todas direcciones!... Pero ¿qué tienes?... ¡Tus piernas!

Lao-tai-tai permanecía prosternada aún ante su pequeño altar. Sin ocuparse de ella, el joven señor arrastró con todas sus fuerzas a la Hermana Ling para huir juntos por la puerta trasera. La Hermana Ling se preguntaba sin cesar en su interior: “¿Pero dónde ir, dónde ir?” No pronunciaba palabra alguna. Pensó también en su madre, que estaba en Shanghai, y las lágrimas corrieron por su rostro pálido.

De pronto las balas silbaron en el aire. Una de ellas alcanzó al joven señor, que cayó, tieso como un tronco de árbol, haciendo rodar a la Hermana Ling al suelo. Arrastrándose, ella se aproximó al joven señor y lo tomó en sus brazos para examinarlo. En el mismo instante una bala le traspasó el pecho. La Hermana Ling hizo sólo una mueca; sin dar un grito, cayó hacia atrás y ya no se movió. En el extre-

mo de sus labios pareció dibujarse una sonrisa, que semejaba también una mueca de pesar.

Una gran humareda negra se elevó de la casa; luego surgió una inmensa luz coronada de haces de chispas.

29 de febrero de 1932.

EL SEÑOR CHAO NO ACIERTA A COMPRENDER

¿Podría decirse del señor Chao que no es un corredor de bolsa experto y perspicaz? Es difícil. En la Bolsa es considerado como un hombre muy fuerte.

Sus ojos son tan penetrantes como los del gavián. ¡Qué le importa a él que muchas manos se agiten aquí y allá, o que cada una de ellas estire tres o cuatro dedos! De una sola mirada las cuenta y establece una lista imaginaria: cuántas manos muestran la palma y cuántas el dorso. Nueve veces de cada diez, sabe reconocer mirando la mano quién es el "amo entre bastidores". Esta representa al número 4, mientras la de más allá representa al número 36.

Su oído es igualmente de una fineza de primer orden y en medio de la tempestad de voces que gritan las cifras es capaz de percibir el menor murmullo. Si por ejemplo una voz balbucea: Tres yinyuanes

treinta . . . “¡Caramba, una nueva tajada!”, se dice.

Para equilibrar todas esas cualidades, tiene un grave defecto: su continua tendencia a prever la baja; en él, eso es una característica innata. Son muchas las gentes que prevén la baja en determinadas circunstancias; pero siempre lo hacen cuando tienen buenas razones o buenos datos. Para el señor Chao prever la baja es casi un principio. Cuando circula una noticia en el mercado, una especie de rumor que hace pensar en el alza, el señor Chao siempre se siente contrariado; hace una mueca que aplasta su labio superior y le arruga la nariz: “Es imposible fiarse”, declara, escupiendo. Pero cuando un falso rumor anuncia la baja, por inverosímil que parezca, él lo cree a ojos cerrados. En esos momentos sus ojos enrojecen de entusiasmo, sus dedos gruesos y cortos tiemblan de placer, las bolsas debajo de sus ojos se estremecen y su voz se vuelve más jadeante, como si hubiera perdido el aliento. Y si alguien deja escuchar la menor información en contra, lo considera como un enemigo mortal y discute con él hasta que se le dé la razón.

Realmente no se puede decir que con este principio de prever siempre la baja el señor Chao haya dejado de hacer negocios felices. Sus éxitos más notables tuvieron lugar en el período comprendido entre el 18 de septiembre de 1931 y el 28 de enero

siguiente. Desde entonces ha dado muchos pasos en falso. Lo curioso es que mientras más faltas comete, más se empeña el señor Chao en prever la baja. . .

Hacia las seis de la tarde de ese día, salió de la Bolsa con la cara cubierta de sudor y un peso en el corazón de cinco mil setecientos yinyuanes de déficit. De ordinario tomaba un *rickshaw* para volver a casa, pero ese día el peso de su déficit le hizo pensar que no había que descuidar ni la más pequeña economía: "Quien camina al paso no se cansa más que quien va en coche", pensó. ¡Pero era imposible caminar, pues sus piernas no le obedecían en absoluto! Se vio en consecuencia obligado a llamar un *rickshaw*. Más de diez veces discutió el precio de la carrera y ocho *rickshaws* pasaron ante él como en un desfile, sin que se decidiera por ninguno. El tirador del último resultó ser un viejo fumador de opio que aceptó lo que se le ofrecía y el señor Chao se instaló majestuosamente en el vehículo, satisfecho de haber podido economizar unos centavos.

El "viejo fumador de opio" que tiraba el *rickshaw* avanzaba en realidad con la velocidad de un caracol, como si arrastrara el peso de los cinco mil setecientos yinyuanes que el señor Chao tenía en el corazón. Este no criticaba su lentitud; con los ojos cerrados, sin querer pensar en nada, esta-

ba aplastado por el grueso bloque de piedra de su déficit.

El *rickshaw* dobló al fin a la entrada de una calle, y como se inclinara de un costado, el señor Chao abrió los ojos. Vio la puerta de su casa; lo separaba de ella una distancia de no más de treinta o cuarenta números. De pronto se puso nervioso y exclamó, repitiendo como un rosario: "¡Rápido, rápido, vaya más rápido!" Pero como no bastaba con estos gritos, empezó a golpear los pies sobre el pescante del vehículo, ¡pam, pam, pam!, tan violentamente que el tirador casi soltó las varas. ¡El señor Chao había notado que la luz de la puerta de entrada de su casa estaba encendida! ¡Un dispendio insensato!

Saltó del *rickshaw*, golpeó vigorosamente la puerta con el anillo de hierro sujeto a ella, y como se entreabrió, se precipitó en el interior, empujándolo todo a su paso como un bandido. En pocas zancadas llegó hasta la puerta del salón para dar vuelta al conmutador de la luz. Al volverse notó que en la pieza vecina la gran lámpara de luz indirecta de seis focos estaba igualmente encendida. Lanzó una exclamación y sin preocuparse de si había alguien o no en la pieza, cerró de un manotazo toda la serie de conmutadores instalados en una de las columnas que encuadraban la puerta. Hecho esto, volvió a la calle para pagar al tirador del *rickshaw*.

Cuando regresó al salón algunos segundos después, notó con estupefacción que los seis focos de la gran lámpara estaban de nuevo encendidos y que además se oía el ruido del ventilador. Había, pues, alguien dentro.

En efecto, en la pieza dos personas disputaban. El señor Chao reconoció la voz de su segundo hijo, Lao-er, y la de su nuera de diecinueve años, viuda de su hijo mayor. Esta pareja, la cuñada y el cuñado menor, se peleaban, por lo demás, dos días de cada tres, destruyendo la paz de la casa. El señor Chao quiso no darse por enterado, pero no lo logró a causa de los seis focos encendidos de la lámpara. Frunciendo las cejas, se aproximó a la puerta de la habitación.

—¡Qué es eso de pelearse todos los días! —murmuró como si se hablara a sí mismo. De los seis focos encendidos, apagó cinco.

—¿Quién provoca las peleas? —exclamó su hijo—. Yo sólo quería pedirle un porcentaje de cincuenta yinyuanes y ella se lamenta como si fuera una suma colosal.

La palabra "porcentaje" llegó al corazón del señor Chao. De un salto penetró en la habitación y miró a su hijo con los ojos muy abiertos, lo cual no le impidió, por otra parte, comprobar que el foco que había quedado encendido en la lámpara era el más potente. Se volvió con presteza y,

¡zas, zas!, de dos golpes secos apagó el foco de más bujías y encendió el más pequeño. Sintiendo tranquilizado, respiró más a sus anchas hasta el momento en que oyó a “la mujer que espera la muerte”, su joven nuera, que protestaba en estos términos:

—¡Yo no estoy para escuchar habladurías! Perder en el juego, luego pensar en hipotecar lo que poseen los otros y hasta traer gentes para que lo avalúen. . . ¡No sé cómo tienes cara!

—¿Avaluar qué? —preguntó el señor Chao, que rápidamente apagó también el ventilador.

—Voy a explicártelo, papá —repuso el hijo—. Mi cuñada dijo el otro día que los muebles de su dote se estaban estropeando en el rincón donde se hallan y que quería que viniera alguien a avaluarlos para poder venderlos. Ahora bien, hoy tuve la suerte de encontrar un comprador. . .

—¿Cuándo he hablado yo de vender mis muebles? ¿Cuándo? —protestó la viuda.

—¡Qué historia armas! —replicó el joven—. Por casualidad encontré un comprador y lo traje para que los viera. ¡Tú eres la que tienes que decidir si los vendes o no! . . . Oh, mi joven dueña de casa —prosiguió—, ¿ves como no había para qué enojarse tanto?

—¿Tengo entonces que darte las gra-

cias? ¡No tienes por qué ocuparte de mis asuntos! ¡Tomas por comprador al primer perro o gato que encuentras! —No pudo dejar de soltar una risa nerviosa—. ¡Avaluar mis muebles ese cadáver flotante! ¡Ya verás cómo lo impido!

—¡Ay, ay!... —El señor Chao tomó la actitud de alguien a quien nada le importa y se volvió para marcharse, sacudiendo la cabeza, cuando escuchó un rumor sordo: el ventilador había sido puesto en marcha otra vez por su hijo o por su nuera.

Luego oyó que su hijo reía de buena gana al decir:

—Ha venido para avaluar los muebles y no a las personas. ¿Qué importa entonces que sea perro o gato?

—¡Oye, te ruego que midas tus palabras! —replicó la viuda, gritando con voz aguda mientras echaba una mirada de soslayo al señor Chao. Tal vez lo hizo para saber si había escuchado, o tal vez como si le dijera: “¿Has oído eso?”

Pero lo único que llegaba a los oídos del señor Chao era el ruido del ventilador. Gravemente se acercó al aparato y lo cerró.

—No hace tanto calor... ¿Para qué abrirlo? —murmuró. Luego abandonó precipitadamente la habitación.

—¡Te ruego que te contengas y no sigas ladrando porquerías! —gruñó la joven

viuda en dirección a su cuñado, guiñando los ojos y mordiéndose el labio inferior con sus pequeños dientes blancos.

—Oh, mi joven dueña de casa, mi bonísima cuñada misericordiosa, ¡que mi lengua se pudra si digo otra cosa por el estilo! —exclamó el muchacho.

La joven dueña de casa volvió la cabeza, y contoneándose, murmuró coquetamente:

—¡Eres un demonio!

Sin poder contenerse, lanzó una risita mientras Lao-er se aproximaba a ella y saludándola con ambas manos proseguía:

—Mi buena cuñada mayor, socorro de los desgraciados, préstame pues cincuenta yinyuanes. Mañana te invitaré al restaurante.

—Ah, no tienes para qué invitarme —respondió ella—. Pero ¿de dónde quieres que saque dinero para prestarte?

—¡Ah, sé muy bien de dónde! Mi cuñada, pídeselo al señor Sun.

—¡Ji, ji, ji!

La joven dueña de casa reventaba de risa; enrojeció, luego palideció, como si se sintiera avergonzada, e hizo un gesto de desagrado. Lao-er la miraba con una sonrisa burlesca.

—Si sigues, ya verás que voy a prestarte dinero... —dijo ella con voz entre coqueta y enojada.

—¡Que mi lengua se pudra si digo algo más! . . .

—Hummm . . .

La joven dueña de casa abrió entonces lentamente su cartera y con sus deditos sacó tres billetes y los puso en la mano de Lao-er.

—En verdad no tengo más —declaró moviendo la cabeza. Luego abandonó corriendo la habitación.

Lao-er salió en seguida y se puso a rondar por el salón, como una mosca ciega pensando en la forma de gastar sus treinta yinyuanes. Su padre entró entonces.

El señor Chao puso oído un instante para escuchar si el ventilador de la habitación seguía abierto. Al comprobar que no estaba funcionando, fue y apagó el foco que aún permanecía encendido. Luego preguntó a su hijo:

—Lao-er, ¿a quién has traído para ver los muebles?

—A un comerciante de Sechuán.

“¡Cómo, del clan de Sechuán!”, recordó de pronto el señor Chao con los ojos hacia arriba, la boca entreabierta, frotándose nerviosamente dos dedos de la mano derecha como si quisiera coger algo.

Uno de sus amigos era, en efecto, de Sechuán, agente de una gran tienda de Chungching, y vivía en Shanghai. Este amigo fue el que le dijo que la tasa de cambio entre Shanghai y Sechuán había subido a

mil cuatrocientos y que un despacho urgente de su tienda le disponía cesar todas las órdenes, especificando además que todas las mercaderías compradas debían esperar y que las que ya estaban declaradas en la aduana fueran enviadas a Jangkou en vez de a Chungching. No eran mentiras de este amigo, pues el propio señor Chao había tenido esa noticia confidencial la víspera, a la una de la madrugada. No era un sueño. Por eso el señor Chao previó una baja en la Bolsa para la mañana. Durante la mañana circularon también muchos rumores: el señor Chao los oyó con sus propios oídos. Y hasta en el periódico financiero, el *Tungpao*, aunque no se expresaba claramente, si se pensaba a fondo, todo parecía confirmar las predicciones que le habían hecho. ¡Vamos, vamos! En realidad, cuarenta horas más tarde todo se había desmoronado y ahora se encontraba con un peso de cinco mil setecientos yinyuanes de déficit, que era como un grueso bloque de piedra en su corazón.

En el fondo tenía que reconocer que se había equivocado al prever la baja. Pero tomando en cuenta este período particularmente agitado, ¿cómo, por más experiencia que se tuviera, se podía prever otra cosa que la baja? En rigor, habría podido contentarse con una baja de un yinyuán; ¡jamás se había atrevido a esperar una caída de dos y tres yinyuanes!

El señor Chao no acertaba a comprender, y como si quisiera responderse a sí mismo, bajó repetidas veces la cabeza. Su hijo ya no se encontraba allí y el pequeño foco eléctrico proyectaba su sombra solitaria en el parquet.

Pensó en la forma de enfrentar ese enorme bloque de piedra que era el déficit, como si por fin hubiera reconocido totalmente su error. Comprendía que soñar en tomar la revancha era una utopía. De súbito le vino al espíritu la idea de los muebles de madera roja de la joven dueña de casa; tenían indudablemente cierto valor. "Sírvelte a ti mismo y serás bien servido", pensó. Vacilaba, sin embargo; ¿ocurría todo según su deseo? Ignoraba en qué se ocupaba la joven dueña de casa durante el día. No sabía en qué pasaba el tiempo su segundo hijo. Pero comprendía perfectamente lo que hacía él mismo. En la Bolsa se dedicaba a "prever la baja", y una vez en casa, a apagar la luz eléctrica, aparte de otros detalles, porque no quería que en su hogar hubiera despilfarros.

Esa noche, hacia las dos de la mañana, el señor Chao volvió a su casa un poco achispado. Por casualidad, la joven dueña de casa volvió algunos minutos después que él y el señor Chao dudó de que su nueva fuera a pasar la noche en casa.

¿Quién podía asegurarlo? Lo cierto es que aprovechando esta extraordinaria ca-

sualidad, el señor Chao, excepcionalmente, habló de los asuntos de la familia con la joven.

—¿Qué hay de esa cuestión de los muebles que Lao-er quería hacer avaluar? —preguntó—. ¡No comprendo una palabra!

Hablaba en el tono de una persona que abordaba este tema como pudiera abordar cualquier otro. La joven dueña de casa pareció primero deseosa de que no se hiciera alusión al asunto. Después bajó la cabeza, se miró sus uñas barnizadas de rojo y terminó por murmurar sonriendo:

—Realmente. . . ¿En cuánto avaluaría usted mis muebles?

—En mil trescientos o mil cuatrocientos yinyuanes.

—¡Ah! Eso quiere decir que si me dieran mil quinientos no perdería. . .

—¡Qué! ¿Ya te han hecho una oferta?

—Sí, una amiga, una hermanita mía. Tiene necesidad urgente de dinero y me ha pedido que le preste esos muebles. Yo no me preocuparé de lo que ella saque: lo seguro es que me reconocerá una deuda de mil quinientos yinyuanes con interés anual de catorce por ciento, pagadera en dos años.

La joven dueña de casa había hablado con sencillez y naturalidad. Pero el señor Chao, con los ojos fuera de las órbitas, esperaba impaciente que terminara.

—¡Catorce por ciento de interés anual! ¡Es muy poco, muy poco! —exclamó—. ¡Entrégame a mí tus muebles y te daré dieciséis por ciento!

—Si usted quiere le pediré el dieciséis por ciento a mi hermanita. Pero usted debería adelantarle los mil quinientos yin-yuanes que necesita... En cuanto a los muebles, ya se los he prometido —agregó con voz tranquila y una sonrisa encantadora.

Frunciendo las cejas, el señor Chao no supo qué responder.

Nunca había pensado que el negocio tuviera muchas probabilidades de realizarse; pero fracasar hasta ese punto era aún menos imaginable.

—Enviarán por los muebles mañana o pasado mañana —agregó todavía la nuera, siempre sonriente. Dejando al señor Chao entregado a sus reflexiones, subió tranquilamente la escalera que conducía al segundo piso.

El señor Chao, muy afligido, no sabía qué hacer. El bloque que tenía aún en el corazón le parecía que aumentaba de peso. Si hubiera podido figurarse que después de la partida de los muebles la joven dueña de casa desaparecería a su vez, seguramente habría encontrado algún medio de salvar la situación. Pero tampoco podía imaginarse eso.

Por lo demás, este asunto de los mue-

bles sólo ocupó su mente un tiempo breve. Casi de inmediato recordó lo que le había dicho un amigo poco antes de regresar a casa. Ese amigo era uno de los que habían previsto la baja. Muchos de sus amigos, por lo demás, previeron la baja igual que él, e, igual que él, dieron el tropezón sin comprender por qué. ¡ Tal vez se hallaban en un año nefasto! Pero ésa no podía ser la verdadera razón. Al reunirse todos para hablar de la situación, después de beber numerosas copas, habían soltado lo que tenían en sus corazones. Y en sus palabras, algunas frases eran como para transformar en sudor el vino frío bebido: ¡ los banqueros compraron; se aguantaron, mantuvieron el mercado y la baja no experimentó cambio!

Con el rostro tenso el señor Chao reflexionaba intensamente en esa frase. Con la mano derecha muy abierta hacía el gesto de comprar y con su mano izquierda el de apretar firme. Sabía que en realidad las cosas ocurrían así y no sólo una vez. Pero no acertaba a comprender por qué los banqueros compraban ahora que los empréstitos públicos habían llegado ya al máximo.

Y entre los banqueros, ¿cuál era el que no tenía millones en su caja de fondos? ¡La pequeña especulación del señor Chao era de repercusión bien escasa! Sin embargo, él había comprado, luego man-

teniendo el mercado y cuarenta horas más tarde vino el alza vertiginosa. ¡El señor Chao no comprendía realmente a qué móviles había obedecido ni cuál fuera su cálculo!

¡No podía, por otra parte, suponer que obraban de esa manera nada más que para jugarle una mala pasada!

Pero el señor Chao prefería morir antes que reconocer su equivocación al prever la baja. La aduana no tenía ingresos; rumores de todas clases llegaban de derecha e izquierda; además la cotización de Bolsa estaba en el máximo... ¿Cómo se había podido prever el alza? Una vez uno de sus amigos previó el alza y se dedicó a comprar lo que los demás rechazaban; el resultado fue que cayó en su propia trampa.

Existía una sola explicación aceptable: "Mantener la cotización por el interés general". Pero el señor Chao no aceptaría nunca comprender esta fórmula, aunque tuviera veinte años más; ¿cómo era posible, en efecto, mantenerse, perdiendo sobre los intereses y registrar al mismo tiempo ganancias en cada balance anual?

Sonaron las tres. Toda la casa estaba silenciosa. En poco más de una hora la señora Chao se levantaría a rezar sus oraciones budistas. Abrumado de interrogantes, cayó en una especie de sueño pesado, sintiendo siempre el gran bloque de piedra

en su corazón; poco a poco dejó de sentirlo. En realidad no iba a ser agradable para él ver las cabezas de los acreedores cuando se presentaran; pero el señor Chao sabría entregarles entre suspiros, reconocimientos de deudas a plazo diferido con la firma de un fiador que no garantizaba nada. ¿Pero qué haría al vencer ese segundo plazo? No tenía para qué preocuparse de antemano. ¿Cuántas personas no se encuentran en la misma situación en los negocios bursátiles?

Cuando algunos días más tarde la joven dueña de casa desapareció de repente, el señor Chao suspiró y pidió a varios de sus amigos que la buscaran, pero de pronto dejó de pensar en el asunto.

Aparte de sus preocupaciones continuas por el derroche en la electricidad y el consumo exagerado de carbón y en la elección de tiradores de *rickshaws* que sean "viejos fumadores de opio" y otras cosas de ese tipo, el señor Chao continuará probablemente previendo "la baja" y pasará su vida entre el sopor melancólico de los que no comprenden.

Pero sería realmente una injusticia no considerar al señor Chao como un bolsista inteligente y capaz.

LA SEGUNDA GENERACION

El padre estiró su papel, tomó el pincel y se dispuso a escribir. En ese instante se abrió suavemente la puerta. Desde el lugar en que estaba sentado no podía ver la puerta, pero por el ruido de los pasos reconoció que el que entraba era su hijo.

El padre miró el reloj, colgado sobre la moldura frente a su escritorio: marcaba las once horas y doce minutos y medio.

“¡Cómo! Otra vez se atrasa”, se dijo. Dejó su pincel.

—Papá, esta tarde voy a ir a la Cámara de Comercio de la ciudad.

—¡Ah! —respondió el padre, pensando en el artículo que quería escribir. Se puso a pulir mentalmente un trozo.

Como no obtuviera otra respuesta, su hijo se volvió para marcharse.

—¡Ah! ¿Quieres ir a la Cámara de Comercio? —preguntó entonces con el pensamiento vuelto hacia su hijo, y recordó

de pronto lo que su mujer le había dicho el día anterior: "En estos últimos tiempos A-siang sale a menudo con sus camaradas. Van a pie hasta el Parque de Wenmiao, ida y vuelta, sus buenos veinte li. ¡Aunque todavía sea niño, está echándose a perder la salud!"—. Ir a la Cámara de Comercio, ¿para qué? —añadió el padre, volviéndose para mirar a su hijo.

—Para tomar parte en el mitin —contestó el hijo sin poder contener una sonrisa.

—¡Ah! . . .

El padre recordó y comprendió: ese día era el 30 de mayo. "Tú también", pensó, "has llegado a la edad de tomar parte en un *movimiento*", y conservó los ojos fijos en su hijo.

—Iremos tres compañeros del mismo curso —precisó el hijo.

No habría dado ese detalle si no hubiera temido que su padre le prohibiera ir al mitin. En realidad, de ordinario no hablaba nunca de sus asuntos.

—¿Conoces el camino? —preguntó el padre.

—Sí, o mejor dicho, mis compañeros lo conocen.

—Entonces toma el autobús de ida y de vuelta, no vayas a pie. Yo te daré dinero.

Al hablar se volvió hacia su papel y mientras su hijo abandonaba la pieza se

dedicó a agregar algunas frases para terminar un párrafo antes de almorzar.

Cogió su pincel y escribió. No oyó a su hijo buscar un libro en la biblioteca, situada en la otra pieza, y luego descender al piso bajo. Terminado el párrafo, lo releyó, movió la cabeza y dejó el pincel. Recordando entonces que había prometido dinero a su hijo, sacó dos billetes de diez céntimos de su cartera y bajó a su vez.

Encontró al muchacho sonriendo maliciosamente sentado en una silla de paja, con la expresión de los niños que creen que sus padres se preocupan demasiado de ellos.

La madre, que estaba planchando, al ver entrar a su marido le preguntó de inmediato:

—¿Es verdad que acabas de dar permiso a A-siang para que vaya al mitin de la Cámara de Comercio? Fue a hablarte primero porque sabía que no ibas a negarte. ¡Yo no quiero que vaya!

—No va a haber ningún peligro —respondió el padre, volviéndose hacia su hijo, a quien miró de nuevo fijamente. “Acaso tú también”, pensaba, “has llegado a la edad de tomar parte en un movimiento. ¿Vas por curiosidad o bien...?”

—¿Y qué dirás si te detienen? —preguntó la madre, dirigiéndose a su hijo.

—Diré que soy un curioso y que sólo

fui para ver el espectáculo —replicó el hijo, siempre con su sonrisa maliciosa.

—¿Ves? —comentó la madre, mirando ahora a su marido—. Hasta han estudiado las respuestas; por lo visto están organizados y preparados para cualquier eventualidad.

El padre no respondió, pero el hijo agregó:

—Tenemos orden de no llevar dinero, ni papel, ni siquiera un lápiz.

—¿Entonces es la escuela la que los manda? —preguntó el padre.

—¡No!

—¿Quién entonces? ¿Y cómo han sabido ustedes que va a haber un mitin en la Cámara de Comercio?

—La escuela no les ha dado la orden abiertamente —explicó la madre—; pero ella los envalentona. A los que participen en el mitin no se les marcará falta. Entre los propios profesores hay algunos que van a tomar parte.

—Los profesores irán por su lado y nosotros por el nuestro —aclaró el hijo.

—¡Ah! —dijo el padre. Lanzó una mirada a su mujer pensando que ella se hallaba en lo justo al suponer que estaban organizados y preparados para cualquier eventualidad. Pero ¿cómo no iban a estarlo en la China de 1936, dominada por el Kuomintang?

—¡Escucha! ¡No lo dejes ir! Todavía

es demasiado joven —objetó la madre. Había terminado de planchar y se disponía a guardar la plancha eléctrica.

—Prepárame pronto mi arroz salteado con huevos; tenemos que juntarnos a las doce —urgió el hijo.

—¡Cómo! ¿No son todavía las doce? —preguntó asombrado el padre, que sabía que su hijo volvía siempre a esa hora de la escuela.

—Salió de la escuela una hora antes y no lo anotarán como si hubiera faltado —explicó la madre, quien, después de guardar la plancha, se dirigía a la cocina.

El padre miró otra vez con fijeza a su hijo. Recordaba ese mismo día, once años antes. Entonces su hijo tenía apenas dos años y aprendía a andar. Era aquélla la noche de la sangrienta manifestación de la Avenida Nankín. Su mujer volvía a casa con dos amigas, de regreso del mitin monstruo que había sitiado la Cámara de Comercio exigiendo la huelga general. Aprentando a su hijo entre sus brazos, ella dijo con entusiasmo: “Un grupo de jóvenes estudiantes se hallaba en la manifestación; después de dispersar a las personas mayores que estaban en las primeras filas, la caballería se precipitó sobre esos niños y derribó a varios. Vi a uno de ellos —¡no tendría más de doce a trece años!— que rodaba bajo las patas de los caballos; felizmente nuestro servicio de enlace lo salvó. Du-

rante todo ese tiempo pensaba en nuestro A-siang y me decía que cuando él esté grande, el mundo no será ya lo que es hoy”.

A partir de entonces, la madre había repetido a menudo palabras semejantes, apretando a A-siang en sus brazos siempre que volvía de una manifestación o cada vez que había visto a niños golpeados o aplastados.

No hacía mucho, al ver las fotografías de los estudiantes heridos en Peiping, el 16 de diciembre de 1935, se las había mostrado a su hijo diciéndole.

—A-siang, mira: este que tiene una banda en el brazo no es mucho más grande que tú. ¡Qué crueldad golpear así a los niños!

Y ahora, pensó el padre, le tocaba a A-siang el turno de participar en un mitin, con la misma curiosidad y el mismo entusiasmo de aquellos que iban a la manifestación once años antes.

Aunque este pensamiento lo inquietara, experimentó al mismo tiempo una sensación reconfortante.

El hijo se daba prisa en despachar su arroz salteado con huevos, mientras sus padres lo miraban. El padre habría querido decirle algo; pero pensaba que si hablaba demasiado, su hijo no lo comprendería del todo. ¡Era tan joven todavía!

Fue la madre quien intervino.

—Pensándolo bien, A-siang —dijo—,

si después del mitin quieren proseguir la manifestación en las calles, no vayas.

El hijo continuaba tragando su arroz sin responder.

—Puedes muy bien no ir a la manifestación —terció el padre—. No olvides que acabas de curarte de tu enfermedad al pulmón; si caminas demasiado, puede hacerte mal. ¡Con mucha más razón si las filas son disueltas en el camino! ¿Qué harías para volver, puesto que ni siquiera conoces el camino?

El hijo sonrió de nuevo, siempre con malicia; en seguida, tras terminar su arroz, dijo animadamente:

—¡No tengan ningún cuidado, no tengan ningún cuidado! No conozco el camino, pero podré preguntar o tomar un *rickshaw*. —Luego de un segundo de pausa, agregó tendiendo la mano a su padre—: Dame el dinero para el autobús que me prometiste.

Después de recibir los dos billetes de diez céntimos, se fue. La madre lo acompañó hasta la puerta de atrás y lo miró un instante alejarse por la callejuela. De vuelta en la sala, se dirigió al marido:

—¡No debieras haberle dado permiso para ir a ese mitin! —dijo.

—¿Por qué negárselo? Se habría ido a escondidas.

—¡Es demasiado joven todavía! —suspiró la madre.

El padre movió la cabeza, encendió un cigarrillo y se puso a reflexionar en el artículo que aún no había terminado y que por fuerza tenía que estar listo esa misma tarde. Luego ambos almorzaron solos, sintiendo un poco su soledad. Al cabo de un instante, la madre murmuró, como hablándose a sí misma:

—Primero quería ir con él; me lo habría traído después de comenzar la manifestación. Pero pensé que seguramente me encontraría con muchos conocidos. Por lo demás no es seguro que se hubiera avenido a regresar...

—¡Pero claro! —afirmó el padre, riendo a carcajadas—. El habría seguido a la masa y no a ti, su madre.

—Pero él no sabe nada; sólo tiene entusiasmo y mucha audacia... ¡Tú deberías explicarle las cosas!

—¿Cómo explicarle? ¿Y explicarle qué? ¿Que hay que evitar los sacrificios inútiles? Es demasiado joven para comprenderlo.

Mientras hablaba, el padre reía ruidosamente; pero los nervios de su rostro estaban tensos. Luego ambos se callaron y terminaron el almuerzo sin pronunciar ya ni una sola palabra sobre el tema. El padre se levantó en seguida, encendió un cigarrillo y se puso a caminar a lo largo de la sala. Varias veces se detuvo ante su mujer para

mirarla, mientras su cara se encendía bajo el efecto de su emoción interior.

—Creo —acabó por decir— que habría que esperar que el primer hijo que tenga A-siang entre a la escuela primaria, para que las manifestaciones como la de hoy se realicen sin ningún peligro. Sí, habrá que esperar mucho tiempo. ¡La revolución china será una lucha dura y penosa durante largos años todavía!

—¡Nuestro A-siang es tan valiente! ¡Si tuviera veinte años, yo no estaría tan inquieta, pero sólo tiene trece! . . . ¡Cómo me gustaría que ahora mismo tuviera veinte años!

—Tranquilízate. . . A veces los días pasan particularmente rápidos.

El padre y la madre se echaron a reír, se miraron y sintieron humedecerse sus ojos; no por eso dejaron de seguir riendo con naturalidad y alegría. . .

La tarde pasó rápidamente; pero cuando llegaron las seis, esa buena persona que es el "tiempo" de repente se volvió muy raro: el padre y la madre encontraron que andaba con demasiada lentitud, y encontraron asimismo que marchaba demasiado aprisa. La madre pensaba ya en ir a informarse y estaba empezando a preguntarse a quién dirigirse.

Cuando pasaron las ocho, el padre, a su vez, ya no se aguantaba de inquietud.

Por ventura llegó un amigo trayendo varios de los volantes repartidos en el mitin. Al ser interrogado, dijo que todo había estado bien, lo que tranquilizó un poco a la madre. Por lo menos momentáneamente, pues como el hijo seguía ausente, la inquietud volvió a atormentarla. “¿Se habrá equivocado de camino?”, se preguntaba. “¿Lo habrá atropellado un automóvil?” En el corazón de una madre un hijo es siempre un corderito recién nacido.

El hijo sólo llegó a las nueve y cuarto.

—¿De dónde sacaron esos volantes?
—preguntó al ver sobre la mesa los que había traído el amigo. De su bolsillo sacó otros ejemplares de los mismos.

El padre y la madre se echaron a reír. Tomando a su hijo del brazo, la madre le preguntó:

—¿Cómo estuvo la manifestación? Cuéntale algo a tu madre.

—Fuimos hasta el cementerio donde están las víctimas del 30 de mayo y luego a la Estación del Norte. Allí tropezamos con una barrera de soldados que nos dispersaron. Eso es todo. Y no me duelen en absoluto los pies.

Mientras hablaba, sacó del bolsillo un papellito con jeroglíficos impresos en rojo.

—¡Son las consignas! —dijo—. ¡Y de qué manera gritamos!

Este libro se terminó de imprimir en los
talleres de la EMPRESA EDITORA NACIONAL
QUIMANTU LTDA.
Avenida Bellavista 0153.
El mes de agosto de 1971.
Edición de 50.000 ejemplares.
Hecho en Chile - Printed in Chile.



Yu Ta Fu, Lao Sheh, Lu Sin y Mao Tun, cuatro clásicos de la moderna literatura china, constituyen una avanzada crítica que surge del llamado Movimiento del 4 de Mayo de 1919. A través de sus relatos se contribuye a rechazar la visión anacrónica del mundo y a participar en una forma de gozosa elaboración que mantiene intactos los sentidos, la gracia y la fuerza de una literatura viva y vigilante.